

# Instrucciones de alto vuelo en plena oscuridad



\*\*\*\*

*Antología literaria Crea 2021*

## **Alcaldía Mayor de Bogotá**

Claudia Nayibe López  
Hernández  
*Alcaldesa Mayor de Bogotá*

## **Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte**

Nicolás Montero Domínguez  
*Secretario de Cultura, Recreación y  
Deporte*

## **Instituto Distrital de las Artes-Idartes**

Catalina Valencia Tobón  
*Directora general*

Maira Salamanca Rocha  
*Subdirectora de las Artes*

Mauricio Galeano Vargas  
*Subdirector de Equipamientos  
Culturales*

Leyla Castillo Ballén  
*Subdirectora de Formación Artística*

Adriana María Cruz Rivera  
*Subdirectora Administrativa y  
Financiera*

## **Programa Crea**

José Alberto Arroyo  
*Coordinador general del Programa  
Crea*

Alba Janeth Reyes  
*Coordinadora pedagógica del  
Programa Crea*

Melissa Andrea Gómez  
Castañeda  
*Orientadora del área Literatura Crea*

Bandada, Mesa Editorial  
*Literatura Crea*

Yolanda López Correal  
*Asesora de Publicaciones*

María Barbarita Gómez  
Rincón  
*Coordinación editorial*

Mónica Loaiza Reina  
*Diseño y diagramación*

Edgar Ordóñez Nates  
*Corrección de pruebas*

Juliana Escobar Cuéllar  
Paola Sierra  
*Ilustraciones interiores*

Juliana Escobar Cuéllar  
*Ilustración de carátula*

Buenos y Creativos S.A.S  
*Impresión*

© Instituto Distrital de las  
Artes-Idartes  
Mayo de 2022  
ISBN impreso:  
978-628-7531-33-8  
ISBN PDF:  
978-628-7531-34-5

Idartes  
contactenos@idartes.gov.co  
www.idartes.gov.co  
Conmutador (571) 379 5750  
Carrera 8 n.º 15-46  
Bogotá, D. C.  
Colombia

# Instrucciones de alto vuelo en plena oscuridad



\*\*\*\*

*Antología literaria Crea 2021*

**crea**  
Formación y creación artística

  
ALCALDE MAJOR  
DE BOGOTÁ D.C.

INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

**BOGOTÁ**  


# Contenido

10

*Presentación,*  
*Catalina*  
*Valencia*  
*Tobón*

12

*Pájaros de*  
*sombra,*  
*palabras de*  
*luz,*  
*Leyla Castillo*  
*Ballén*

16

*Sangre en un*  
*hard discount*

21

*Oscuridad*

22

*La oscuridad*  
*no muere,*  
*pero mata*

24

*Draco*

25

*El*  
*pensamiento*

26

*Sueños de*  
*samurái*

29

*Un puñado*  
*de monedas*

32

*Un amanecer*  
*cachaco*

33

*Mi realidad*  
*alterna*

34

*Disonancias*

36

*Alone you*  
*are alone*  
*(fragmento)*

40

*Confesiones*  
*en*  
*aislamiento*

42

*Mi otra cara*

46

*Gotas de*  
*tinta*

47

*La muerte*  
*más*  
*inesperada*

50

*Sin título*

52

*Niña llorona*

53

*Tinta sangre*

54

*Sorpresa en*  
*la notaría*

58

*Poema a*  
*Bogotá*

59

*Los tres*  
*cabritos*  
*Gruff*



61

*El inquilino*

64

*Penumbra*

66

*Sin querer, ni queriendo*

70

*Caligrama*

71

*Yo, ¿el primer caso?*

77

*Mi mariposa*

78

*El reflejo del desamor*

80

*Deseos aborrecidos*

85

*Sin título*

86

*Buscando salidas*

88

*Nube mariposa*

89

*Psicosis implantada*

94

*Pasaje indeleble*

96

*El viaje de mis sueños*

98

*Un día con mi perro gracioso*

99

*Sin título*

105

*La gárgola maldita*

107

*La cometa*

108

*Soneto*

109

*La pesada maleta*

113

*Crónica*

115

*La bruja*

116

*Puede ocurrir*

120

*Sin título*





127  
*Lo que  
hace la vida  
seduciendo a  
un taxista*

129  
*El reloj*

130  
*La nueva  
aventura de  
Melany*

132  
*El elefante, el  
gato, el león y  
la niña*

133  
*Desovillando  
el ayer*

138  
*Canción  
colectiva de  
rap*

141  
*Solo unas  
distracciones*

148  
*La bailarina  
cómica*

149  
*Semilla  
colectiva*

153  
*La chupqua  
de mi  
corazón*

155  
*Una vida*

157  
*Canto a la  
vida*

159  
*Diario*

161  
*Diario de  
un día en  
la playa  
despechada*

164  
*Oda al  
salchichón*

165  
*Ese infinito  
por explorar*

168  
*Cajón de la  
costura*

169  
*La  
entrevista  
de trabajo*

176  
*Un  
casquito de  
mandarina*

177  
*Carta a una  
costurera*

179  
*Al viento*

180  
*Tus ojos  
negros*

182  
*S. O. S.  
Colombia*

184  
*En busca  
del oasis*

186  
*La lora  
ocupada*



187  
*Lágrimas  
dulces*

190  
*Las  
aventuras de  
Lía y Simón*

191  
*Mariposa*

192  
*Knock out*

197  
*El niño  
extraño de  
mamá  
(이상한 유방  
아이)*

199  
*Sin título*

201  
*El cocodrilo  
y el gato*

202  
*Internal*

203  
*Sabores*

204  
*Miradas*

205  
*Cristales  
de ira*

207  
*El diseño  
del ratón*

208  
*La historia  
de las flores*

209  
*Llamada  
para el  
primer amor*

211  
*Arrugas,  
callos y canas*

213  
*Un rescate  
misterioso*

215  
*Amor*

216  
*Morita la  
traviesa*



218  
*Recuerdos  
de niñez*

221  
*Luna*

222  
*Infinito*

223  
*La muerte  
del zancudo*

227  
*¡Paren,  
paren, no  
disparen!*

229  
*La cajita  
mágica*

234  
*Un pasaje de  
mi diario*

235  
*Partida de  
ajedrez*

240  
*El universo  
desconocido  
de Joel y  
Victoria*

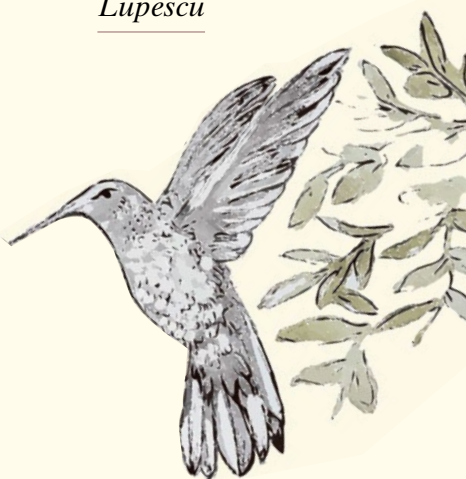
242  
*Olvido*

243  
*Destellos*

244  
*Qué culpa  
tenía él*

251  
*Melancolía*

252  
*Lupescu*







# Presentación

Catalina Valencia Tobón

Directora general

Idartes

Nos encerramos temiendo la muerte. Casi todo desapareció, dejando un vacío donde habíamos estado antes, todos y todo, a la vista de los demás. El mundo pareció parar, pero no la creatividad, no la imaginación; y aún menos esa forma de creación que puede aparecer y florecer en la más completa intimidad, que se vale de la palabra para salir de cualquier reclusión, sea material o simbólica, para escabullirse y penetrar y alcanzar el mundo y avanzar hacia donde están los otros. La escritura siempre estuvo, acá, en Bogotá, detrás de las puertas y las ventanas, para permitirnos ir más allá de la clausura y el aislamiento. Ahora ha llegado el tiempo de que se complete el proceso, de que esa escritura encuentre a sus lectores.

La escritura literaria debe pertenecernos a todos como sociedad, y este libro es una muestra de que, en efecto, puede serlo. La escritura, como todas las artes, hace parte de la experiencia humana, tan puesta al límite en estos últimos años. Son las artes, por eso, una condición indispensable para vivir plenamente; son un derecho, y con su ejercicio, todos ganamos: los que escriben al expresarse, los que leemos porque reconocemos la riqueza de la vida a nuestro alrededor.

Durante más de ocho años, el Programa Crea, del Instituto Distrital de las Artes-Idartes, ha brindado formación artística a los bogotanos en siete áreas, entre las que se cuenta la creación literaria, un poderoso medio para que niños, niñas, hombres y mujeres puedan contarnos sus universos. Este volumen es resultado de tal fermento aplicado a su inventiva y sensibilidad. Pero esta es una antología especial porque, esta vez, en este tiempo de adaptaciones urgentes, la creación se apoyó en intercambios

que fluyeron a través de la virtualidad que nos quedó como única forma de encuentro para garantizar la audaz continuidad del Programa Crea. Este volumen bellamente editado es, así, testimonio del compromiso de sus beneficiarios y de los artistas formadores que hacen realidad el Programa.

Los relatos, crónicas, cartas y poemas recogidos como *Instrucciones de alto vuelo en plena oscuridad* nos ponen frente a la vitalidad creadora de la sociedad bogotana, de los más chicos a los mayores, en toda su geografía y diversidad. Con la imaginación, la fantasía, el lenguaje y el dominio de técnicas literarias propias de la poesía y la narrativa, los beneficiarios del Programa Crea, en el área de Creación Literaria, nos entregan un puñado de piezas estéticas y reflexiones que se preguntan, desde diversas sensibilidades, por el sentido de la vida, y nos regalan una multiplicidad de visiones del mundo que son, finalmente, un impulso dado a golpe de imaginación para animarnos a seguir construyendo ese sentido desde esta Bogotá que compartimos e inventamos cada día.

# Pájaros de sombra, palabras de luz

Leyla Castillo Ballén  
Subdirectora de Formación Artística  
Idartes

*Oigo los pájaros afuera,  
otros, no los de ayer que ya perdimos,  
los nuevos silbos inocentes.  
Y no sé si son pájaros,  
si alguien que ya no soy los sigue oyendo  
a media vida bajo el sol de la tierra.  
Quizás es el deseo de retener su voz salvaje  
en la mitad de la estación  
antes que de los árboles se alejen.*

Eugenio Montejo , “Pájaros”

Podemos decir que los últimos años han sido de múltiples contrastes: aprender y desaprender, abrazar y despedir, y así, con el valor de cada cosa aprendida en este tiempo, las reflexiones sobre la vida y la muerte siguen siendo esa pregunta que nos habita.

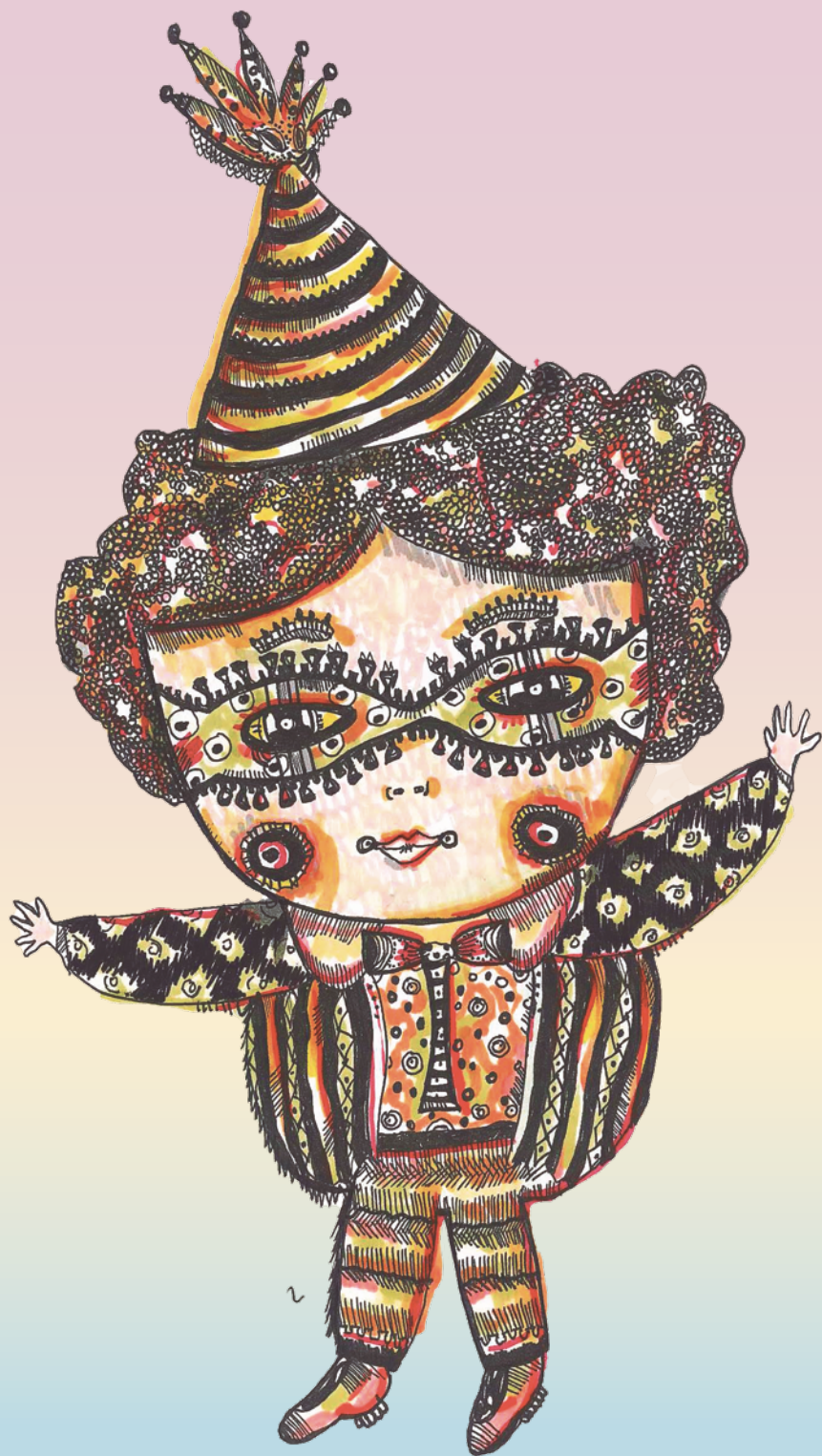
Los autores y autoras de esta antología, se debaten entre el blanco y el negro, entre la luminosidad y la oscuridad o, también, encuentran lugares de tránsito, como la vida misma en la que no hay un antes o un después definitivo, sino ese estar en permanente viaje y transformación. Con la creación de personajes y atmósferas, se arrancan miedos y se lanzan del pico de la montaña para emprender el vuelo en el oficio de la escritura.

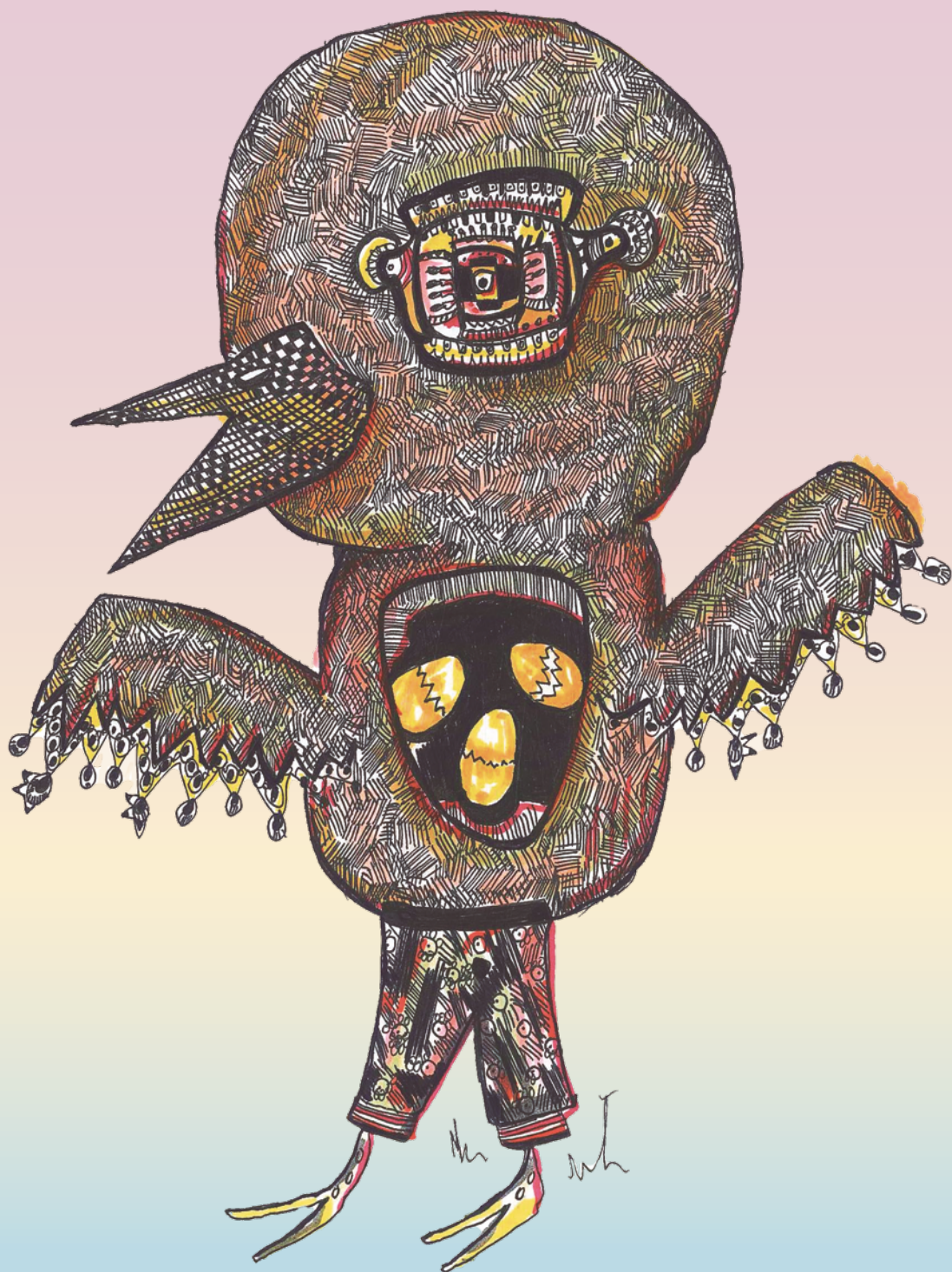
En esta antología, niños, niñas, mujeres, hombres, abuelos y abuelas con memorias y sentires diversos nos dejan ver algo de sus reflexiones, algo sobre esos mundos internos que se ven

atravesados por una realidad exterior y la imaginación, pero, sobre todo, por ese deseo de querer hacer memoria con su trabajo de creación por medio de las palabras.

Contar siempre será una necesidad para los humanos, así como volar lo es para los pájaros. Hoy me atrevo a decir que las historias que componen esta muestra convierten a nuestros autores y autoras en pájaros de sombra que vienen a ofrecernos palabras de luz, palabras como vehículos para seguir soñando, para alimentar la idea de que las artes son caminos para encontrarnos y reconocernos en el esfuerzo común por un sentido de la vida.

Citando los versos del poeta Eugenio Montejo, queremos, con este libro, retener el canto de estos pájaros salvajes antes de que se alejen.





# Sangre en un *hard discount*

Mariana Cárdenas (20 años)

Línea Impulso

Crea Suba La Campiña

Las letras rojas del letrero decían que la próxima parada era Tygua. De ahí debía caminar unos cuatro o cinco minutos, seis, en el caso de que algún semáforo se pusiera en rojo antes de lo previsto, que alguna persona apareciera pidiendo para un pan (dinero que luego se fumaría) o por si hubiera un evento, por ese estilo, que la retrasaran de llegar a su trabajo.

En su trayecto iba pensando, haciendo sumas y restas del dinero que debía tener guardado para cancelar cuentas como el arriendo, la cuota del celular, los servicios...

“Qué peye ser adulto”, me dije. De pronto me percaté de que el transmilenio en que iba ya había hecho parada en la estación y seguía su marcha. Entonces eché un madrazo para mis adentros. Esas horribles botas de punta ridículamente redonda me estaban matando; además, la camisa azul y el *jean* me ponían a transpirar como un caballo jornalero. Ahora debía caminar como un putas.

Me paré de la silla azul, ignorando al vendedor de soportes para celular. “¿Quién compra eso?”, pensé.

La franja en las puertas de vidrio de la estación decía que estaba en Tercer Milenio. ¡Estaba entrando en los sótanos del infierno!

De pronto me vi y estaba en la acera de enfrente, junto al gran local de *hard discount*, en donde hago caja desde la 1 p. m. hasta las 9 p. m. Allí había uno de esos perros chillones, de gigantes ojos y patas diminutas, cuyo pecho zumbaba al ladrar. Los chillidos de ese cerbero encendieron mi migraña. Entonces

deseé que una *trooper* le pasara por encima o quizás ponerlo en la luna de un patadón... ¡Lo que fuera para que se callara!

Al cruzar la avenida NQS, el animal empezó a ladrar sin parar, mientras me miraba la cara. Yo seguía caminando. “¿Se me ha corrido el labial?”, pensaba. Mientras tanto veía cómo sus cavidades oculares parecían desorbitarse en ese cráneo redondo, y hasta se veía pintoresco con sus quince o diecisiete centímetros de altura, las orejas echadas para atrás y los caninos expuestos al sol. Lo miré. Ladró. Me asusté y entré por la puerta automática.

Pasados diez minutos ya estaba saludando a todos los que entraban con un “Buenas tardes, bienvenido a D1”. Y a veces preguntaba cosas como “¿Tiene quinientos, para darle mil de vueltas?”, y otras cosas similares, sin mirarlos a la cara. Pese al guirigay de los compradores, el sonido de los carritos para mercar y sus sonidos metálicos, se oían ruidos bestiales provenientes de la calle. Quise mirar qué sucedía, pero los *stickers* y los afiches promocionales de la puerta automática no me lo permitían.

En medio de las voces de los transeúntes se oían los gruñidos de la pequeña bestia que estaba afuera del local; sumados a estos sonidos de demonio diminuto se alcanzaban a oír los chillones lloriqueos de un perro de buen tamaño, esos que emiten antes de una pelea.

Decidí acomodarme con mayor velocidad las botellas de gaseosa de guaraná para ir a la puerta de salida a ver qué pasaba.

¡Mierda, se cayó una! La tapa de color verde había volado, disparada como una bala tras el golpe, dejando al contenedor expulsar líquido a medida que convulsionaba rítmicamente. Ahora tenía que señalizar y limpiar.

Cuando me estaba acercando a la puerta, peleaba con mi corta estatura: “¿Por qué mierdas una es tan enana, parece? ¡Esos genes sí...!”.

Por su parte, la gente agolpada, de manera equidistante, miraba absorta dos fieras peludas, chillonas, roncadas, caninas, que se mostraban los dientes blancos y monumentales, puestos casi que sin espacios en las filas de sus rosáceas y abultadas encías.

De pronto la voz del supervisor hizo que el aire que respiraba se encerrara en mi tráquea cuando me dijo, con un aire burlesco y mientras cruzaba los brazos:

— ¿Quién se está matando?

Además, casi me muero del susto cuando tocó mi hombro con su codo, por accidente. Su risa se acentuó hasta que terminó apagándose, cuando su mirada se fijó en un perro de color cervato, de marcados y definidos pectorales, glúteos y bíceps. Este animal, con su hocico monstruoso, que parecía una caja por sus rectos límites; con terminación en una gran cabeza, coronada por dos pequeñas orejas recortadas a capricho de algún dueño.

Por su parte, el perro pequeño hinchó su pecho y ladró con potencia al pitbull; el segundo le gruñó mientras lo miraba con fuerza.

— Ese perro no le tiene miedo a nada —dijo el supervisor mientras limpiaba sus gafas con un trapito de aspecto suave, refiriéndose al pincher. Luego se las puso de nuevo.

Acto seguido se vio cómo el otro perro tomó al pincher por el cuello y le dio fuertes sacudones. En ese momento, el pequeño animal me generó un poco de compasión, al ver cómo era deformado por las fauces del cervato carnívoro.

Puedo afirmar que todos esperábamos que sucediera eso.

Una vieja con cara de Gladys gritó:

— ¡Esos perros son un peligro!

Mientras otra voz le contestó:

— ¡Peligro usted, vieja perra!

En ese momento se escucharon las risas juveniles de unos colegiales, uniformados con ridículos sacos verdes y pantalones de color vinotinto.

Las miradas estaban detenidas en la escena de carnicería. El pobre pincher gimoteó. Sacó baba por su boca. Las piernas le temblaban, luego se entumecieron y en sus saltones ojos se veía el terror. Su color negro brillaba al sol y su sangre pintaba el piso con las gotas que habían salido de su cuello y habían rodado por su pecho. Su cuerpo se deformaba en girones que emanaban líquidos espesos y violeta oscuros. El cervato lo tenía aprisionado.

Por fin alguien decidió darle fin al circo romano, propinándole una patada en el plano abdominal al pitbull de pecho colosal. El cervato lloró un poco, pero apretó más, hasta que la mandíbula sonó al romper algo. Una voz llorona pidió que le jalaran los testículos para distraerlo y salvar al pincher. Nada. El cervato robusto no se inmutó.

Al último sacudón, el cervato fue sorprendido por una botella de gaseosa que se abrió a chorro, haciéndole ahogarse con el negro, azucarado y burbujeante líquido que salió como una catarata de la botella plástica.

Yo continuaba allí parada y no había trapeado nada. Al rato lo iba a hacer. Quien había intervenido era el dueño de un taller. El hombre sudaba y su trabajo era evidente por las manchadas ropas que lucía.

La demás gente seguía mirando, el mecánico se limpiaba el sudor, y la vieja con apariencia de Gladys frunció la cara, mientras se le marcaba el oscuro bozo que le hacía sombra a la delgada boca pintada con labial color carmín. Sentí un poco de asco.

El supervisor ya estaba afuera recogiendo lo que quedaba del pincher. Su cuerpo tenía la apariencia de un salmón abierto, y la respiración se le había convertido en un tipo de estertor sonoro, al que solo se le prestaba atención si una se fijaba en el agitado movimiento del pecho del pitbull. El funcionario entregó el animal a la vieja con cara de Gladys.

Como el pequeño ser había quedado tan malherido, la vieja con cara de Gladys lo había tomado y depositado en una bolsa negra, con la que iba a esperar, al lado de un poste, la llegada del carro de la basura, lo que sucedería a las siete de la mañana del día siguiente.

Si algo se tenía por seguro era que el ver esa bolsa respirando, inhalando y exhalando con un ser viviente (o muriente) dentro, era aterrador. Era como los diástoles y sístoles de un miocardio, con la fuerza en un merme continuo. El animal ya no lloraba, gemía o ladraba. Los carroñeros del Doña Juana lo esperaban.

Los niños de sacos verdes y pantalones vinotinto tenían la razón.

Cuando todos los espectadores se fueron, el cuerpo me temblaba, la frente me sudaba y sentía cómo la sangre me golpeaba la sien. Volteé mi cuerpo para no ver la bolsa y al cervato golpeado y cansado. Con ello evitaría sentirme culpable. ¿Qué iba a ser de él? Se lo estaban llevando amarrado del cuello.

Al completar los 180 grados de mi giro, estaba parado el supervisor con una bolsa de jabón en polvo y un balde lleno de agua, y, mientras me señalaba la escoba, me dijo:

— Vaya y limpie ese mierdero que dejó ese canchoso.

# Oscuridad



Johed Victoria Collazos (9 años)

Línea Impulso

Colectivo Letras con Sueños

Crea Roma

Las sombras en el invierno funerario  
dejaron dalias negras... que mi alma oscurecieron.  
Flores que crecieron en mi jardín  
entre belleza de cristales ardiendo.  
Espejo del alma...  
que oscuras sombras en el muro dejó.  
Ruisseñor que duerme todo el día  
cansado y con sus heridas  
ata sus naufragios junto a la tierra.  
Mariposa que entre ruinas planta flores y rumores.  
Muerte que calla la nieve  
entre el cielo y el oscuro azul  
que se esconde en el amor  
que ilumina la noche.

# La oscuridad no muere, pero mata

Lindsay Sophia González Cruz (11 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado quinto, IED Manuel del Socorro Rodríguez

Crea Inglés

En un pueblo, muy lejos de la ciudad, un día se fue la luz. El pueblo no se preocupó.

Después de horas y horas no llegaba la luz, y entonces ellos se preocuparon. Todos se reunieron alrededor de una lámpara grande para resolver lo que sucedía. Revisaron los cables..., nada; revisaron los bombillos..., nada; revisaron la toma de fusibles..., nada; revisaron todo, pero nada estaba dañado. No comprendían por qué se había ido la luz.

Todos decidieron ir a sus casas y esperar hasta la mañana siguiente, excepto una pareja. Ellos querían quedarse donde su prima, en la ciudad. La verdad es que no les importaba lo lejos que quedara, porque todo lo que estaba pasando en el pueblo les parecía muy raro. Entonces se montaron en su moto y arrancaron.

De pronto, en el pueblo escucharon a una muchacha gritar, y todos se fueron a mirar. La muchacha no tenía sangre, solo tres huecos, como si la hubieran succionado. Todos salieron corriendo hacia sus casas.

En toda la noche nadie pudo dormir. Por su parte, la pareja, a toda velocidad, se dirigía hacia donde su prima. En el camino, todo estaba oscuro. Encontraban rocas como si las hubieran puesto a propósito. Sentían mucho peso, como si los estuvieran jalando y no los dejaran salir del pueblo.

Había surgido una niebla espesa, así que no podían ver bien. De repente, vieron luz y subieron la velocidad, pero la

verdad es que cada vez se sentían más pesados. Entonces comenzaron a tener miedo. De pronto la luz se movió de un lado al otro, hasta que perdieron de vista la luz. Cuando se dieron cuenta, era muy tarde... frente a ellos aparecía un barranco, y como iban a mucha velocidad, no pudieron evitarlo. Queda la pregunta: ¿será que la oscuridad fue la culpable?

Por otro lado, en el pueblo, la mayoría ya estaba en casa. Todos se escondieron y prendieron las lámparas que tenían. En los alrededores se empezaron a escuchar gritos y personas pidiendo ayuda, pero nadie salía ni se movía.

Al final, nadie se salvó en el pueblo y, por seguridad, nadie se acerca en la actualidad al lugar.

# Draco

Laura Valentina Mercado Puentes (11 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado quinto, IED Manuel del Socorro Rodríguez

Crea Inglés

Hace muchos años, los dragones poblaban la tierra. En un lugar, a orillas de un río, existió un pequeño dragón llamado Draco. Era un animal diferente a todos los de su especie, tanto, que parecía haber sido elaborado por un pincel.

# El pensamiento



Valerie López (10 años)

Línea Impulso Colectivo

Crea Roma

A veces siento que las personas me están observando,  
me siento incómoda.

Las siento en el colegio,  
en mi casa,

y siento que estarán toda mi vida.

Esto es difícil.

Si fuera posible, haría mi propio acertijo  
para dejar de tener miedo.

# Sueños de samurái

Nicolás Roy Cely (16 años)

Línea Impulso

Crea El Parque

Alejado de su campamento y sentado bajo el atardecer de esa profunda y silenciosa playa, aquel samurái dibujaba, con la punta de su sable, una asombrosa armadura sobre la húmeda arena. La imaginaba de color blanco, conformada por unas botas demasiado anchas, y en su espalda cargaba una caja rectangular muy grande, que se conectaba mediante un largo cable a la cabeza del traje, la cual tenía forma esférica y poseía un vidrio en la parte frontal.

Según imaginaba el samurái, la armadura no solo le serviría para protegerse, sino para sobrevivir fuera de su planeta y viajar a lugares remotos, más allá de los que había descubierto en las pocas notas de astronomía que habían escrito en su campamento. Lugares mejores donde la comida abundara y se respirara aire puro, no como el hogar que conoció con el nombre de Tierra, en donde los fuertes rayos del sol estaban matando lentamente los cultivos y a los hombres. Imaginó entonces, y con emoción, cómo sería su vida si tan solo esa armadura existiera.

De pronto, apareció frente a él un ser que tenía puesta, casi por completo, la misma armadura que él había dibujado. Estaba sucia y, en la cabeza del traje, el vidrio estaba completamente negro, lo cual le impedía al samurái distinguir su rostro. Maravillado, vio cómo se acercaba. Entonces el visitante le dijo:

—Hola, te vi a lo lejos y mi detector me informó que somos de la misma especie. Así que no te asustes, soy igual que tú.

De pronto el sujeto pulsó un botón de su traje e iluminó su rostro en el interior del casco. Efectivamente, era humano. Luego continuó diciendo:

—No puedo darte mi nombre; solo puedo decirte que soy un viajero interestelar y me encuentro buscando un nuevo planeta para mi civilización..., la cual se encuentra en peligro.

El samurái era incapaz de pronunciar una palabra. Entonces, el viajero prosiguió:

—Tal vez estés asustado por mi visita... un poco inesperada. Pero no te preocupes, solo vengo a hacerte una pregunta: ¿en este planeta vive más gente o eres el único?

¿Por qué contarle sobre los demás hombres del campamento?, pensó el samurái. Ya no tenía que pasar horas dibujando fantasías para dejar de pensar en que su muerte, a causa de esos rayos de sol, estaba cada vez más cerca. Solo debía descubrir cómo había llegado esa inesperada visita, sin que nadie se entrometiera.

—Eh... No, la verdad soy el único que habita este planeta —le dijo—. Pero no hay de qué preocuparse: este planeta es habitable. He vivido aquí durante largos años. —Prosiguió.

—¡Qué maravilla! ¿Te gustaría guiarme en una excursión para conocer el terreno? —le dijo el visitante.

—Eh... sí, me encantaría.

—¡Genial! Entonces, espera. Voy por mi cámara estroboscópica.

El viajero volteó para avanzar, pero antes de empezar a caminar giró hacia el samurái:

—Puedes acompañarme... si quieres.

Él no dudó en acompañarlo y, pasados unos momentos, llegaron a un pequeño conjunto de palmeras, en donde el samurái vio un enorme y extraño aparato. Lo observó con curiosidad y le preguntó:

—¿Esa es la cosa que llamas nave?

—Ah, sí, con ella llegué hasta aquí.

Aquella respuesta hizo desaparecer su inquietud de cómo había llegado.

—¡Wow! ¿Me puedes enseñar su interior?

—Sí, está bien, no hay prisa.

El viajero pulsó un botón verde de su traje, y una gran puerta dejó ver el interior de la nave.

Una vez adentro, el samurái no paraba de observar, con los ojos bien abiertos, todas las cosas que se hallaban allí. En los momentos siguientes inundó de preguntas al viajero sobre cómo había descubierto su planeta, cómo funcionaba la nave, sobre los planetas que había más allá de los que habían descubierto en las notas de astronomía y, sobre todo, acerca de su traje, en particular, aquella cosa que lo había dejado completamente encantado, además del gran parecido que tenía con su dibujo en la arena, y sobre todo, que tenía las mismas funciones imaginadas por él. Todas esas cosas hicieron que se moldeara poco a poco todo su plan.

Luego de que el viajero organizara sus implementos de exploración, salieron de la nave, y el samurái lo guio a la esquina más alejada de esa playa, para que ningún otro samurái pudiera ver lo que estaba a punto de hacer.

—¿Ves eso de allá? —preguntó el samurái.

—Sí, lo veo. ¿Qué es?

—Es una montaña. Gracias a ella tenemos suficiente agua para sobrevivir. Seguro eso le vendría bien a tu planeta —le informo el samurái.

—¡Es increíble! Hace mucho no veía una montaña en buen estado.

El viajero sacó un extraño aparato, el cual sostuvo enfrente de su rostro, y dijo:

—Esta es una cámara. En mi planeta la usamos para...

El samurái no escuchó una sola palabra más de lo que dijo: solo blandió su largo y afilado sable, para luego atravesar con él el pecho del viajero y, mientras la sangre corría por su cuerpo, el samurái lo despojó de su armadura, para usarla tal y como el viajero, que lo miraba con ojos de terror, le había explicado.

Mientras aquel viajero se desangraba lentamente, vio cómo, a lo lejos, su nave empezaba a despegar para marcharse a algún lugar del universo.

# Un puñado de monedas



Carlos Alfonso González (36 años)

Línea Converge

Crea Las Delicias

Yacía en el suelo, sentada sobre un andén, en una calle minada de baches, como muchas calles en Bogotá. Era una avenida ancha, por donde transitaban todos los medios de transporte posibles, a saber: buses, carros, motos, camiones de carga, bicicletas, vehículos de tracción animal, a más de personas discapacitadas y madres con coches... de nuevo, como en muchas calles de Bogotá.

Al fondo, una turba de gente irascible se levantaba, como un muro de hormigón, para impedir el tránsito de todo transeúnte. Ella, mientras tanto, contaba monedas por contarlas, porque sabía de sobra cuánto dinero había. Esperaba, con una fe irracional, que la protesta se disipara una vez llegara la noche.

Olía, para la mayoría de los presentes, a injusticia social, a hostilidad. Pero olía también a antipatía, a aversión, a humo, a marihuana. La verdad es que no resultaba fácil concretar emociones tan diversas cuando la fuerza motriz parecía ser, primeramente, el odio.

Aquel día esperaban por mí un par de calles más arriba, donde se podía franquear el muro, para llevarme a casa. Pero me encontré con esta mujer que, de lenguaraz y vocinglera, tenía mucho. Me ofreció bolsas negras de plástico para la basura. Compré un paquete y, no bien le había pagado, empezó a opinar sobre lo que sucedía. Tenía la facultad de expresar cuanto se le ocurriera en un santiamén. Supe así que era natural del norte del Tolima, que tenía tres hijos, el mayor de ellos, de trece; que cuidaba de los otros dos y que ayudaba con los oficios. Supe que no había padre ni abuelos por la violencia.

Le había costado conseguir aquellas monedas más que cualquier otro día, y, con los ánimos tan violentos como estaban en los últimos días, vender bolsas de plástico le resultaba una labor roñosa. Luego me contó que sus pies palpitaban. Sentí entonces que debía ser difícil permanecer en pie con aquellos zapatos que, de lejos, se sabía eran un par de tallas más pequeños de lo que ella necesitaba. Solo quería llegar a casa, pero no había cómo hacerlo. Entonces le alcancé una bolsa con pan. Hoy no llevaría leche... hoy probablemente ni siquiera llegaría a casa.



# Un amanecer cachaco

Amparo Sosa

Línea Impulso

Los Abuelos Literarios

Crea Villas del Dorado

Enmarcado con capas negras,  
pinceladas de arreboles,  
mantas blancas,  
olas grisáceas que se difunden unas con otras,  
recreando figuras claras,  
que transportan a través de la distancia  
el sentir, la mente y la vista de quien observa.

Poco a poco se desvisten los imponentes cuerpos,  
dando brillo fulguroso y canas blancas,  
que al fijar la mirada,  
te arrullan al vaivén de las tenues olas de algodón,  
las cuales, tomadas de la mano,  
circundan los cuerpos majestuosos,  
aquellos que antes los cubrían oscuras capas,  
y ahora dan espacio al imponente rey,  
quien acompaña, ilumina y calienta,  
mientras transcurre el día.

# Mi realidad alterna



Lindsay Sophia González Cruz (11 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado quinto, IED Manuel del Socorro Rodríguez

Crea Inglés

Un día normal ya no sería tan normal. Sonó un fuerte ruido que venía de fuera. Todos nos asomamos a la ventana. Era una puerta que había caído en la mitad de la calle y los autos habían parado en seco a un metro de distancia.

Mi mamá me dijo que no bajara, pero bajé. Me dirigí a la puerta, y cuando la abrí, entré a mi barrio, pero en mi mente.

Comencé a caminar y caminar. Y me dije: “Lo que se piensa, se crea”. Así que creé la Tierra con millones de personas, dos años de covid-19 y una vacuna dudosa. Esto es una enseñanza para la gente, para que no dañen la tierra. ¿Quién sabrá cuántos años más los dejaré en el planeta? ¿De pronto cincuenta? Todo para que aprendan a cuidar el mundo.

# Disonancias

Walter Rafael Azula (60 años)

Línea Converge

Crea Gustavo Restrepo

El poema es un desierto,  
un pedazo de mercurio  
atragantado entre los huesos.  
Antes del poema...  
el silencio impredecible de un disparo,  
el olvido  
en medio del asfalto.  
Más allá de tu territorio...  
la sensación de un campo minado,  
un temblor involuntario,  
un desamparo mineral.  
La palabra,  
siempre será sombra de otra palabra,  
un laberinto de adioses,  
una tarde que extravió su cielo.  
Nos ha parido el miedo...  
y lo queremos acallar con nuestros rezos.  
Somos emigrantes de un rebaño de espejos,  
de un lenguaje disfrazado de presencias,  
de máscaras oscuras al mediodía.

El barro se adhiere al rostro del enemigo,  
al duelo de los sables.  
Y, para no morir,  
es preciso estrangular a la fatalidad.

Escribir...  
es bucear por la herida,  
por la ruta que nos deja el hastío.

Nos ha parido el miedo.  
Y la palabra inaugura  
un ritual de abismos,  
una angustia que todavía carece de nombre.

Escribir...  
es acudir a la memoria,  
a la caricia que nunca alcanzó la piel.

Lejos de tu territorio...  
y de los abrazos que dibuja el lenguaje,  
solo me queda este intangible mapa de fracasos,  
este maldito aire que hoy me sobra.

# Alone you are alone

(fragmento)

Nikoll Vanessa Garzón Pantoja (14 años)

Línea Impulso

Crea Bosa San Pablo

## Capítulo 4. El bosque

Llevo algunas horas caminando y llorando. No puedo dejar de repetir la imagen de Max en mi mente. Me duele tanto, que pensar en acabar con mi vida ahora mismo sería una buena medicina.

Sin embargo, no puedo hacerlo. Solo quiero llegar al pueblo, contar lo que he visto y encontrar a mi familia. Es por ello que no puedo perder la esperanza ahora.

Tengo mucha hambre. La verdad, no he comido nada desde esos... frijoles, y cuando al fin creo entender qué es lo que le ha hecho ese tipo a mi mente, todo se nubla; entonces no queda de otra que seguir caminando. Voy en busca de alguna planta o fruta que luzca comible, pero ni siquiera hay flores; porque las flores son comestibles y contienen agua, por ello no veo que sea malo comerlas.

Finalmente, cansada, me siento en un tronco. He intentado seguir el camino por donde recuerdo haber pasado, pero no hay una carretera. Aún me siento sedienta, hambrienta, triste y asustada. Quizás ya me haya alejado lo suficiente de esa casa, pero aún siento el miedo en mi torso.

Al mirar hacia la izquierda veo unas florecitas moradas. Creo que he escuchado que esas flores sirven para el dolor... pero no lo recuerdo perfectamente. Pero, sin pensarlo más, las exprimo y saco el jugo que está en sus tallos y en sus hojas. Luego lo bebo. Sabe bien. Y pienso que, para ser una flor, no tiene un sabor desagradable; además, ha refrescado mi garganta. Las miro una vez más y como los pétalos; la verdad, no es tan agradable como esperaba, pero servirá para no morir de sed.

Luego de unos minutos creo que he alcanzado la carretera, exactamente en el lugar en donde vi el zorro... ese zorro. Aunque me pregunto si también fue obra de mi imaginación. Pienso en mirar si quizás mi teléfono sigue allí, esperando por mí, pero empiezo a ver muy borroso y a sentirme mareada. A continuación, mis pies no siguen las órdenes de mi cerebro y caigo en un montón de hojas; luego empiezo a sentirme relajada. Ya no me duele la rodilla, y ese calcetín que me puse empieza a molestar; entonces me quito la sudadera y dejo mi rodilla al aire libre. La verdad, se ve muy linda así.

Luego empiezo a sentir el olor de dulces. ¡Todo se ve tan divertido en el cielo! De repente todo me agrada y todo se ve bien.

Empiezo a hacer ángeles de hojas, riendo y carcajeando.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja. ¡Qué bonito unicornio!

No sé qué ha causado esto, pero me siento tan bien que lo disfruto. De pronto, volteo mi cabeza y veo a Max viniendo hacia mí.

—¡Hola, cachorrito! ¡Cómo te había extrañado!

Mientras se va acercando, me sigo riendo. Esta vez me siento y empiezo a lanzar hacia arriba las hojas secas que dejó el otoño. Está haciendo frío, pero no tanto. De pronto me siento en un parque de diversiones: mi mente sube y baja. ¡Los árboles rosa se ven tan bonitos!

En vez de ver a Max cerca de mí, miro una figura más grande, y pestañeo varias veces.

—¿Celeste? ¿Eres tú?

Cada vez está más cerca, pero no puedo ver bien su rostro.

—¡Ven a jugar conmigo! —le digo.

Pero no me responde, así que intento levantarme para decirle que juguemos y me acompañe a ver el unicornio que está en el cielo.

Pero antes de que lo haga, Max se lanza contra mí y me hace caer de nuevo.

—Ja, ja, ja, ja, ja. ¿Tú sí quieres jugar?

Siento cómo esa pequeña criatura empieza a lamer mi rodilla.

—¡Basta Max! ¡Me haces cosquillas!

La sombra que no logro ver bien sigue acercándose, y de pronto esa voz tan conocida dice:

— Oh, sí, quiero jugar.

En ese momento siento un dolor que debilita todo mi cuerpo y logra despertarme. Esa criatura ha mordido mi rodilla, y ya no siento cosquillas: ahora siento el dolor de mil piedras en mi rodilla. Me retuerzo de dolor, y justo cuando logro ver a los protagonistas frente a mí, detallo que ahí está el mismo zorro, el mismo que vi ayer... Aún se encuentra cubierto de sangre y vivo.

Al subir un poco más mis ojos, enfoco una figura masculina. Su gran cuerpo me hace sentir aún más débil de lo normal. Lleva un abrigo y unas grandes botas. Su rostro porta una máscara escalofriante, pero la sonrisa dibujada en ella me hace recordar que no debo darme por vencida. Siento que no seré una más de sus grabaciones, porque ahora no, no estoy sola.

Todo lo lindo que sentí hace unos minutos, se ha desvanecido totalmente.

Volteo la mirada hacia donde había caído el teléfono celular ayer... pero no hay nada.

— Oh, ¿buscas esto? — dice el tipo con mi teléfono celular en sus manos—. Creo que tus padres querían decirte algo. ¿Quieres escuchar?

Me siento y retrocedo lo más que puedo. Luego, lo que escucho me rompe el corazón en mil pedazos, y de pronto todo se vuelve negro a mi alrededor cuando lo escucho.

— ¡Tamara, por favor, sal de esa casa! Hemos llegado al pueblo, estamos a salvo, pero, por favor, busca el camino, y recuerda: no estás... ¡Nooooo! ¡Melanie! No estás sola, hija.

Suspiros, llanto, terror.

Con las pocas fuerzas que aún quedan en mi cuerpo, me levanto y levanto mi pierna herida. Después le doy una patada al psicópata que ha arruinado mi vida.

Sin más, corro por la carretera, corro y corro. Trato de salvar mi vida, porque esta vez es verdad: no estoy hipnotizada.

Ahora estoy corriendo por mi vida, mientras la oscura noche empieza a teñir el ambiente. Todo es tan silencioso, pero en este momento el silencio se ha vuelto mi peor enemigo, y no sé cuándo él pueda estar filmando mi desgracia.

Y, como si lo más feliz hubiera sido ver casas y una gran carretera, este era mi momento más feliz.

Solamente recuerda: nada nunca será a tu gusto. Y en el momento en el que vi una señal de ayuda viniendo hacia mí, toda la energía de mi cuerpo cayó, al momento de llegar al pueblo.



# Confesiones en aislamiento

Juan David Arévalo (31 años)

Línea Impulso

Crea El Parque

Los tiempos del silencio  
parecen ser los nuestros;  
cuerpos desacostumbrados  
a las paredes de una pantalla.

¿Repetir las mismas páginas?  
No te confundas  
leyendo los días  
sin el mismo aliento.

¿Regresar sin rasguños?  
una ilusión ajena,  
otra máscara  
que nos envenena.

¿Volveremos?  
¡Sí! Volveremos a las calles.  
¿Caminando como antes?  
¡No! No nos engañemos:  
solo el reloj andará como si nada.

¿Volveremos?  
¡Sí! Volveremos a encontrarnos.  
¿Olvidando la nostalgia?  
¡No! No nos apresuremos:  
los cuerpos hablarán como desconocidos.

¿Volveremos?  
No nos hemos ido:  
estamos en el mismo camino,  
unos pasos más,  
solo que queremos volver atrás.

El tiempo es el mismo,  
solo que no se siente igual.  
¡Soy un desconsiderado!,  
hablando de nosotros  
sin preguntar a los otros.

¿Qué hacer con el tiempo?  
Dejarlo quieto,  
(A pesar de que siempre se está moviendo),  
caminar más lento,  
arrebatarle una rosa,  
para que jamás se marchite en mi pecho.

# Mi otra cara

(Fragmento)

Ana Buitrago (11 años)

Línea Impulso

Colectivo Literature Imagick

Crea Bosa San Pablo

Un día de vuelta al trabajo me encontré una moneda diferente: tenía la cara de una mujer joven y era de color dorado; además tenía la palabra “Mederes” escrita en la parte frontal. Al leerla en voz alta ella apareció y me dijo lo siguiente:

—Al despertar, tu otra cara verás —y desapareció.

Seguí mi camino y no le di importancia. Luego, al llegar a casa, pensé en lo que me dijo, en qué significaría. La verdad, no lo entendí. Después de un rato me dormí.

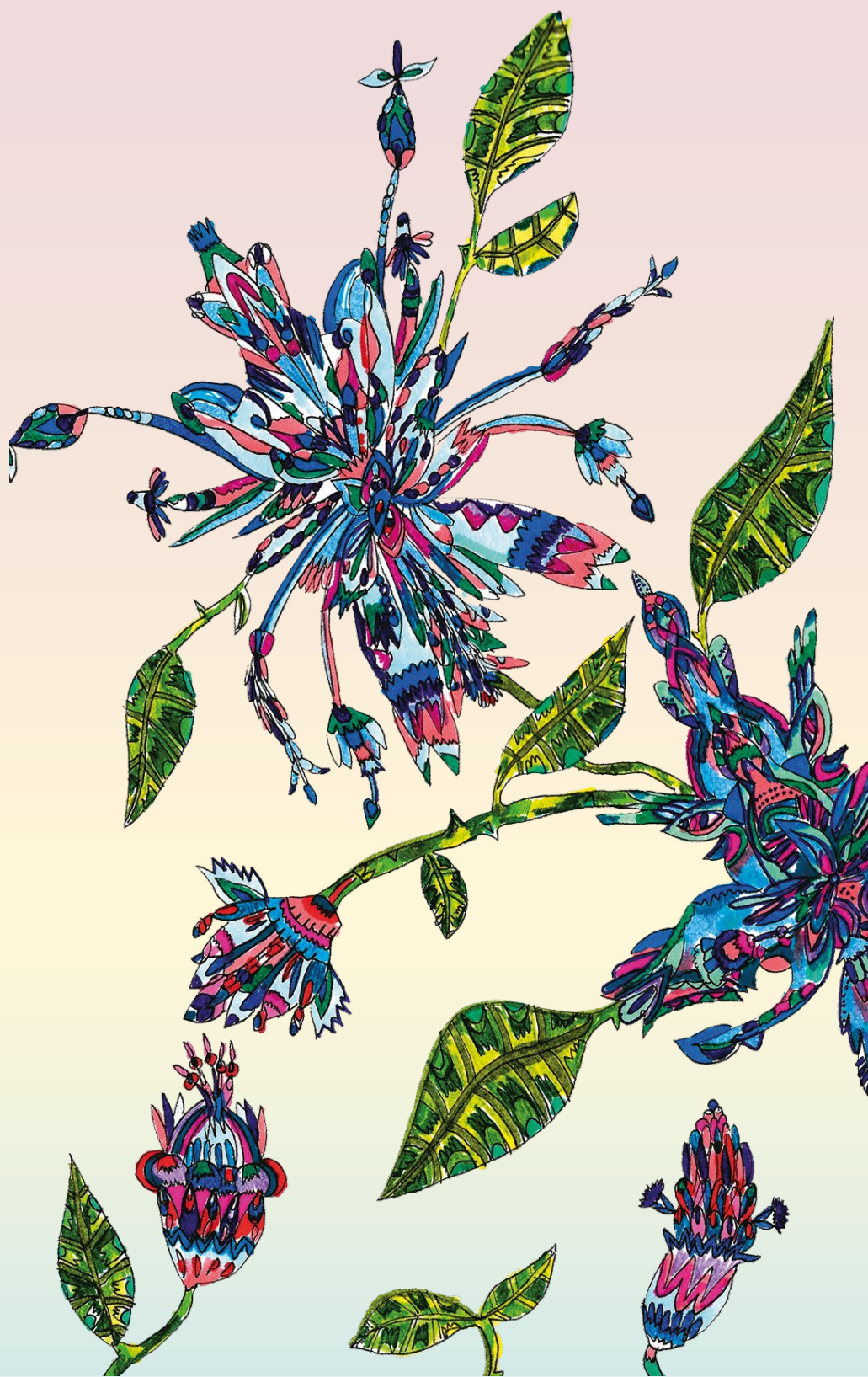
Al día siguiente mi perro y yo amanecemos y nos transformamos en monstruos horribles. Mi perro era raro: se transformó en un felino con plumas, botaba baba y tenía las plumas de un color intenso. Mientras que yo me transformé en un ser extraño: al mirarme al espejo vi cómo podía doblar las partes de mi cuerpo en formas irregulares, algo que un humano no podría hacer; también tenía un pelaje naranja con unas manchas de un azul oscuro, tenía alas de águila y unas patas de jaguar.

Al ver eso me asusté y pensé que era un sueño, pero al darme cuenta de que no lo era, traté de ingeniar una idea para poder vivir sin lastimar a la gente. Lo pensé, y luego de un tiempo decidí que me iba a disfrazar, con mi perro, de un humano y un gato, pero en ese momento reflexioné que así no podría vivir en mi antigua casa, así que fui al bosque más cercano y construí una cabaña. Mi antigua casa la uso de almacenamiento y también para arrendarla.

Al cabo de unos días me sentía rara: ya no quería ayudar a la gente, solo quería que la gente sufriera, que fueran monstruos sin corazón. Al observar mi comportamiento y el de mi

perro decidí no volver a la ciudad nunca más y quedarme en el bosque para siempre, muy lejos, donde nadie pudiera sufrir por mi maldición.

Unos días después pasó lo peor: un grupo de más o menos veinte niños que estaban de salida pedagógica llegaron a mi casa. Yo estaba muy preocupado, pero no podía contenerme más, ya no lo podía soportar, así que simplemente acepté mi destino de monstruo, así que dejé que los niños pasaran adentro de mi hogar. Estaban un poco asustados, pero igualmente siguieron. Al llegar a mi habitación, la mitad del grupo fueron atrapados por mí y mi perro; aunque algunos niños lograron escapar, los otros terminaron con un destino peor.





# Gotas de tinta

Samuel Esteban Perdomo Quiroga (9 años)

Línea Impulso

Colectivo Letras Con Sueños

Crea Roma

Gotas de tinta,  
que vibran en los cristales de un árbol velado,  
acompañadas del silencio...  
que se apodera de las selvas oscuras.  
En el trino de los astros explotaron las tinieblas en el cielo  
y los chasquidos de lluvia balbucearon  
en el invierno de las infinitas constelaciones.  
Una galería de espejos danzó  
en la oscuridad de una tierra inerte y nocturna,  
y allí cayeron inmensas gotas de tinta  
que el mar abrieron.

# La muerte más inesperada

Alejandra Molina (11 años)

Línea Impulso

Colectivo Literature Imagick

Crea Bosa San Pablo

Una noche, como cualquier otra, me acosté a dormir. Luego de unos minutos estaba tan profunda, que empecé a soñar; pero, en esta ocasión, el sueño no era tan relajado y divertido como mis otros sueños. En mis otros sueños iba a parques, vivía en una mansión y hasta una vez soñé que me tiraba de un avión en paracaídas; aunque, este último, podría interpretarse como una pesadilla. De todas formas, y sin más intriga, procederé a contar la pesadilla...

Esta empezó en mi casa... Recuerdo que estábamos en el comedor, con mi familia, mirando que tuviéramos todas las maletas bien listas, pues en unos minutos el carro de mi tía nos recogería para ir a un divertido paseo. De repente sonó el celular de mi mamá; ella rápidamente contestó, y luego de la llamada nos dijo que debíamos salir porque el carro ya nos estaba esperando en la esquina.

Salimos y nos dirigimos al lugar del encuentro. Ya dentro del carro nos demoramos treinta minutos y luego avanzamos con el paseo. A mi abuela y a mí no nos habían contado hacia dónde íbamos. Fue solo al llegar que vi un hermoso hotel muy elegante y brillante, y ¿adivina en dónde nos íbamos a quedar? ¡Pues sí, era justo un hotel cinco estrellas! ¡Eso era perfecto!

Pasamos una semana completa allí. Durante ese tiempo nos divertimos y reímos bastante. El domingo era el último día, y recuerdo que en el sueño me dijeron algo como...

—Aleja, ¿puedes ir a ver a los cuartos? Mira si se nos quedó algo.

Y yo, obviamente, dije que sí. No demoré casi nada, pues todos los cuartos estaban absolutamente vacíos. Pero el gran problema de esta historia ocurrió cuando entré al último de ellos. Era el cuarto donde dormía mi primo. Cuando ingresé allí, sentí una vibra algo rara y mala a la vez; sin embargo, esto no me importó y decidí seguir. Al entrar vi que no había nada: estaba vacío.

De repente me llegó un suave olor a muerto, y esto me intrigó, pero no sabía qué hacer, porque no encontraba de dónde venía el olor. Decidí mirar a los lados, arriba y abajo, pero allí abajo recuerdo haber visto una pequeña y oscura gota de...

¡Sangre! Sí, no escuchaste mal, es nada más y nada menos que sangre.

Entonces mi mirada subió lentamente para lograr ver de dónde venía esa sangre. Lo que encontré allí fue algo totalmente perturbador.

Ahora, si eres valiente, ¿te atreves a seguir leyendo y descubrir el triste final de esta historia?

Ok... Seguiré el relato:

Al mirar arriba encontré una mano sangrando. Estaba totalmente relajada y pálida. Rápidamente subí a mirar qué era, y me encontré algo horrible, algo que no me esperaba...

—¡Esta pesadilla, al parecer, trae algo peor, y cada suceso parece más malo que el anterior! —dije.

Luego encontré en este cajón el cuerpo del amigo de mi primo. Él había ido con nosotros al paseo, y lamentablemente estaba muerto, totalmente pálido. Tenía los labios morados y un brazo completamente cubierto de sangre. ¡Me asusté muchísimo!

Automáticamente grité y salí corriendo a contarle a mi familia. La verdad es que las palabras no me alcanzaban de lo asustaba que estaba. Creo que ni se me entendía, pero mi familia logró descubrir lo que pasaba, tan solo con escuchar las palabras:

—Encontré... Muerto...

Aún está en mi mente esa imagen de la cara de todos ellos, completamente preocupados, que, sin dudarlo, corrieron a ver qué pasaba.

Lo cierto es que no podemos decir que esta historia tuvo final feliz, pero tampoco tuvo un final triste. ¿Por qué? Lo explicaré. Primero, hubo un final extremadamente triste porque el viaje no terminó como lo esperábamos, y a los pocos días ya estaban organizando el entierro y esas cosas.

Sin embargo, el final feliz viene allí, cuando... ¡Desperté!

Sí, salí de esa horrible pesadilla. Entonces sonreí de inmediato. Luego sentí alivio. ¡¡No esperaba tener un sueño así!! Creo que esta fue una muerte totalmente inesperada.

# Sin título

José Alejandro Pérez Díaz (11 años)

Línea Impulso

Crea Bosa San Pablo

## Audio 1

8 de octubre del 2006

—Soy el paciente 21, sufro de falta de memoria a corto plazo. Nací con esta enfermedad. Los doctores no han podido encontrar una cura. Hoy es mi cumpleaños; cumplo 21, una casualidad. Esta condición me hace alejarme de las personas, pues no las voy a recordar.

—¿Vas a decir algo más?

—No.

## Audio 2

9 de octubre del 2006

—No les había contado, pero no he salido de esta habitación desde... [susurra] cinco años. Desde hace cinco años, dicen los doctores, que es por mi enfermedad; pero la verdad, no sé, a veces creo que es por esas voces que escucho en mi cabeza, y que no me dejan en paz. Me faltaba decir que me llamo Alejandro. Mucho gusto, y...

—Ya se acabó el tiempo.

—Mañana les cuento más.

## Audio 3

10 de octubre del 2006

—Hoy es un día extraño: aún tengo recuerdos de mis últimos días. Casi siempre pierdo la memoria en cuestión de horas... Y... ¿en qué estaba...?

—En su nombre.

—Ah, sí, me llamo Alejandro y tengo 21 años. He estado aquí desde hace cinco años, pero... ¡No estoy enfermo...! ¡Si alguien encuentra esto, sáquenme de aquí!

—Tranquilícese. Busquen la anestesia y apaguen eso.

#### Audio 4

11 de octubre del 2006

—Soy el paciente 21 y sufro de pérdida de memoria a corto plazo. Nací con esta enfermedad, y los doctores no han podido encontrar una cura. Estoy cerca de un árbol que tiene hojas de tonos naranja, que caen al suelo con el paso del viento. Estoy con otros hombres hablando de esto, y no recordaba que hubiera más como yo.

—Hoy no tenemos tiempo.

—¿Entonces no puedo decir lo de mi secreto?

—No.

#### Audio 5

Doce de octubre del 2006

—Hoy me van a hacer una cirugía en la cabeza, o eso creo. Fue lo que escuché mientras el doctor susurraba con la enfermera esta mañana fuera de mi habitación. No sé por qué grabo esto; creo que solo para seguir cuerdo. Siempre me esconden las grabaciones. Ya vienen, cuando salga les cuento más.

—¿Ya lo apagaste?

—Sí, eso creo.

—Bueno, sígueme. Vamos al quirófano. Esto va a durar largo tiempo; por ello necesito que se deje anestesiar.

—Como ustedes quieran...

—Se nos está complicando la cirugía y parece que nos excedimos. La anestesia está haciendo que se produzca más sangre. No podemos controlar la hemorragia. Entró en paro. Lo estamos perdiendo...

—Sujeto 21 ha fallecido.

# Niña llorona

Nikoll Vanessa Garzón Pantoja (14 años)

Línea Impulso

Crea Bosa San Pablo

Su alma de niña llorona me miraba, suplicando por verdades, pidiendo escuchar palabras que hicieran ver que ella no lo arruinó.

Las saladas lágrimas se deslizaban por su rostro, llena de marcas del pasado, un pasado que precisaba ser aclarado.

Sus labios, temblando, gritando en silencio, encontrando consuelo en mis brazos, como una niña llorona.

Sus pequeños tartamudeos dejaron ver la pureza de cada palabra y el dolor de ese corazón que había sido despedazado más de una vez.

Lo siento, no me cansaré de ver esos mismos ojos negros inquietos, llenos de recuerdos, de cómo dudabas haber querido nacer.

# Tinta sangre



Laura Mosquera (33 años)

Línea Converge

Crea Gustavo Restrepo

¿Cómo puedo no deleitarme con el sonido de tu alma al danzar?  
¿Cómo puedo no enamorarme del candor de tu espíritu sereno?  
¿Cómo puedo no bañarme con tu esencia de salitre y mar?  
¿Cómo puedo olvidar que te amé sin conocerte?  
¿Cómo no fundirme en tus brazos, cual mar y cual río?  
Tú, una lluvia de estrellas perladas y,  
en la noche, manto oscuro.  
Te elevas al cielo como halcón al vuelo  
y descendes anidándote en mis manos, que sienten tu aliento  
divino,  
mientras mi voz escucha el crepitar de tu tinta sangre.

# Sorpresa en la notaría

José Alexander Bermúdez Pineda (74 años)

Línea Converge

Crea Gustavo Restrepo

La secretaria, joven e interesante mujer, ojos color ámbar con una imperceptible desviación a la izquierda, cuerpo sinuoso, queda atrapada al verlo en el salón de audiencias; siente mariposas en los huecos poplíteos y le envía un mensaje de amor guiñándole el ojo derecho. Por su parte, Hércules Gaspar Segura cree que la chica tiene un tic.

El doctor Régulo Leyes, Notario 13, con voz imponente anuncia:

—Hoy, cumpliendo con las formalidades, los tiempos, la ley y el reglamento, iniciamos la lectura, en esta sala, del testamento que dejó escrito Fortunato Segura Plata, fallecido exactamente hace un año.

Dirigiéndose a su secretaria privada, Sevelinda Parada, le ordena leer en voz alta los folios recopilados para este fin.

Sevelinda lee:

—La notaría es fiel testigo del pueblo. Ante la presencia de los posibles herederos, todos mayores de edad: Purita Santa de Segura (ahora viuda), de 68 años, sus hijos Soledad Perpetua Segura, de 47 años, Hércules Gaspar Segura, de 40 años, Amin-ta Policarpa Segura, de 35 años, Benjamín Nicasio (Mimín) Segura, de 26 años...

“Yo, FORTUNATO SEGURA PLATA, ciudadano mayor de edad, de 80 años, 1 mes y 13 días, gozando del buen uso de mis facultades mentales, he decidido, ante Notario Público, esta declaratoria del testamento para el disfrute de todos mis bienes, una vez mi vida deje de existir...”. Y continuó leyendo: “Por consejo de mi médico particular, quien me dice que, debido a mis

problemas del colon, especialmente del sigmoide, moriré de un paro cardíaco, me siento motivado a realizar esta diligencia...”.

Aquí hay un receso. El notario decide un descanso de 30 minutos e invita a los asistentes para que vayan a la cafetería a tomar un refresco y luego se laven bien las manos, con el fin de tomar las huellas. El doctor Régulo se va a su oficina a tomar café con leche y paledonias con queso.

Sevelinda aprovecha el momento para sentarse a una mesa contigua a la de Hércules. Purita Santa, tomando avena con patacones, se reencuentra con su vida: los maltratos de su esposo, los extravagantes regalos que le hizo (por ejemplo, el del mejor burro padrote de la hacienda Machupicchu), los abortos de los gemelos cuando su hija Soledad tenía tres años, y de las gemelas cuando tenía cinco años...

Soledad Perpetua, saboreando un té con galletas, reflexiona sobre su vida, pues luego de estudiar contabilidad y un curso de *business* en Estados Unidos, durante tres años, recuerda cómo, a su regreso, su papá le preguntó:

—¿Y el diploma...?

Ella respondió a secas:

—¡Se quedó en New York!

Luego se encerró en la oficina de su casa, sin darle mayor importancia a su lenta sordera progresiva, para llevar las cuentas, negocios, acciones y movimientos bancarios de su papá. Sin embargo, en su agenda, siempre se cumplía la programación de una escapada de dos semanas, cada seis meses, al exterior.

Hércules Gaspar, tomando jugo de curuba con pan de yuca, recuerda sus estudios escolares, luego su bachillerato, y cuando se graduó de tecnólogo universitario de mecánica industrial en México D. F., para dedicarse a trabajar a tiempo completo con su papá en el manejo de las haciendas, mantenimiento, reparación de camiones, tractores, fumigadoras, empacadoras, segadoras, motobombas, motores de riego. Siempre se ha preguntado por qué, siendo tan alto, es tan flaco, y le retumba en su cabeza el comentario del profe de educación física, quien le dijo que parecía un eunuco. Nunca ha tenido novia... De pronto mira a Sevelinda y siente un impulso de ofrecerle un pan de yuca.

A Aminta Policarpa nunca le ha importado su sobrepeso ni sus cortos brazos. Toma café negro y degusta una morcilla. Recuerda su niñez y adolescencia sin ninguna huella, solo su molestia al tener excesivo vello en las patillas, el cual superó con dermocirugía en Europa. Pero añora sus años de estudio de pintura y artes plásticas en Italia y Francia. Ahora, su arte lo desarrolla en la hacienda El Arcoíris o en un apartamento en una zona exclusiva de la capital.

Mimín, por su parte, disfruta una copa de helado de borojón con hojas de hierbabuena; tiene síndrome de Asperger, retraso marcado pondoestatural, y sus manos son parecidas a las de un simio; sin embargo, sus movimientos son normales. De hecho, es capitán del equipo de microfútbol del colegio de pedagogía adscrito al Instituto de Ciencias e Investigación de las Funciones Cognitivas. Su héroe es Lio Messi...

Termina el receso y se continúa la sesión con la lectura del testamento por Sevelinda Parada, quien afirma con tono definido:

“La hacienda Lejanías para Soledad Perpetua, la hacienda Machupicchu para Hércules Gaspar, la hacienda Arcoíris para Aminta Policarpa, la hacienda Trotamundos para Benjamín Nicasio (Mimín), la finca La Casona, que está muy cerca de la capital, para doña Pura Santa (mi Purita).

”El dinero en efectivo, por cobrar, acciones, cuentas en el exterior, bonos y cuentas bancarias: el 50 % para mi Purita, el 50 % restante para los hijos en proporciones iguales.

”Las propiedades urbanas, 36 en total, quedan a cargo de Soledad Perpetua, o quien designe el señor notario por un tiempo de cuatro años, a partir de la fecha, y una vez finalizado este periodo, estas propiedades serán repartidas en proporciones iguales a cada uno de los integrantes de la familia. Sin embargo, si durante ese periodo se presentara un nieto con confirmación de ADN, todas las propiedades quedarán a su nombre”.

Un año después, Sevelinda Parada se desmaya; su jefe, el doctor Régulo Leyes, llama al médico. El galeno la examina, y luego le informa al notario:

—¡Su secretaria está embarazada! Vaya... vaya, ¡hasta dónde ha llegado la tecnología!

La paciente, ya recuperada, tiene en sus manos una certificación: es el acta notarial del casamiento.

— Yo a usted no la he casado — dice el notario.

— Sí, señor — responde ella —: lo hicimos cuando usted estaba de vacaciones. Como usted puede ver, lo firma el doctor Tancredo Barriga.



# Poema a Bogotá

Laura Sofía Gamboa Morales (10 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado quinto, IED Francisco José de Caldas

Crea La Granja

Bogotá tiene una cultura  
muy diversa y mezclada.  
Su comida típica  
es deliciosa.  
Una de las más conocidas es el ajiaco.  
Tiene mucho tráfico.  
La gente es amable,  
el clima es un poco frío  
y huele un poco a suciedad.  
Pero, a pesar de sus defectos,  
es una ciudad increíble.

# Los tres cabritos Gruff



Eimy Aparicio (9 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado cuarto, IED Francisco José de Caldas

Crea Inglés

Había tres cabritos que debían subir a la colina para comer y engordar. Su apellido era Gruff.

En la subida había un puente sobre el río, el cual tenían que cruzar, y, bajo el puente, vivía un gnomo grande y lindo, con ojos como estrellas y una nariz muy linda.

El primero en pasar fue el pequeño Gruff. Trip, trap, trip, trap, hizo el puente.

—¿Quién hace ruido en mi puente? —dijo el gnomo.

—Soy el pequeño Gruff —dijo con voz tierna.

—Pasa. Te daré agua fresca para que no te dé sed en la colina —dijo el gnomo.

—Gracias —dijo el pequeño cabrito Gruff, y se fue feliz.

Al poco rato llegó el segundo cabrito Gruff. Trip, trap, trip, trap, hizo el puente.

—¿Quién está en mi puente? —dijo el gnomo.

—Soy yo —dijo el segundo cabrito con una voz no tan débil.

—Pasa. Te daré dulces para que compartas en las colinas —dijo el gnomo.

—Gracias —dijo el segundo cabrito Gruff.

Al poco rato llegó el tercer cabrito. Trip, trap, trip, trap, hizo el puente.

—¿Quién está en mi puente? —dijo el gnomo.

—Soy el cabrito mayor —dijo con voz recia.

—Pasa, te daré mi anillo más caro —dijo el gnomo.

—¡Oh, gracias! Quiero agradecerte invitándote a ser mi amigo e ir a la colina a comer y engordar. ¿Vienes? —dijo el cabrito mayor.

—Claro que sí —dijo el gnomo.

Entonces se volvieron amigos con los otros dos cabritos.

# El inquilino



Alejandro Ángel (27 años)

Línea Impulso

Crea El Parque

Ella, 18 años. Futuro: 0. Compañía: 0. Felicidad: 2. Inocencia: 5. Soledad: 10. Incertidumbre: 7. Inquilino: 1.

¿Alguna vez han amado a alguien sin siquiera haberlo visto al menos una vez? Eso va más allá del amor a primera vista, y esto es mucho más que amor.

¿Alguna vez han amado a alguien que aún no existe? Eso fue justamente lo que ella hizo: amar... amar sobre todo y sobre todos; amar de día y de noche; amar con hambre y con sed; amar con frío o calor; amar desnuda o vestida; amar acompañada; pero sola... nunca más.

Como si de una guerrera de antaño hablásemos, luchando día a día en la selva de cemento, un día se sintió sola, ahogada en la idea del mañana, torturada por el tictac del reloj; pasada de tragos de agua de panela, sintió frío en su alma, y su juventud lloró.

4:00 a. m. Mientras todos duermen, ella debe salir a coger camino. Toma una ducha corta, por lo helada del agua que había en su agujero llamado casa, porque no es posible llamar *hogar* a ese lugar. Sale sin un pan en su estómago y sin un peso en su bolsillo. Abre y cierra la chirriante puerta de aquel lugar, tan solo motivada por su amor al inquilino desconocido.

Sabe que no puede ser más una inocente niña, se debe ahorrar el "señorita" y debe dar el paso a ser toda una mujer...

Atrás han quedado los juegos de cocina, las amigas, los días de parque, aquellos helados que refrescaron los días calurosos; atrás deja el jugar a ser mamá; hoy la ficción se vuelve realidad.

Hoy el inquilino tiene dos meses con ella. Es tan discreto que ni se nota: no pone música, no genera ningún ruido a altas

horas de la madrugada; es bastante callado; no socializa con la dueña. Sin embargo, ella sabe... sabe lo que vendrá y, como si del futuro fuese conocedora, sigue en su búsqueda de trabajo. El día de hoy, vagando por las calles, sin rumbo y sin sentido. De pronto, ha llegado a un mórbido lugar de cortes de carne. Un hombre calvo, con una barriga y barba prominente, la ve... y ve la angustia personificada:

—¡Necesitamos ayuda aquí...! —le grita.

Ella, sin dudarle, entra y toma un delantal. Les juro que jamás han visto tanta valentía en unos ojos. Además, al llegar a casa, ve los resultados del día: unas manos abolladas y laceradas por las máquinas y una bolsa con retazos de salchichas sobrantes.

Futuro: 2. Compañía: 0. Felicidad: 2. Inocencia: 5. Soledad: 10. Incertidumbre: 6. Inquilino: 1.

Hoy el inquilino tiene cuatro meses con ella. Ha dejado de ser discreto: al parecer, ha sentido cierto gusto por que lo noten. Se lo ve salir más a buscar comida y ha empezado a interactuar con ella. Como buena dueña, le pide que sea más discreto, pues en su trabajo no les gusta que las mujeres sean dueñas de residencias, y esto podría costarle su trabajo. Ahora bien, al llegar a casa luego de un turno extra, se mira las manos ensangrentadas, llora sobre ellas y ni aun la sal de sus lágrimas le hace recordar el dolor de su juventud arrebatada.

¡Ayyy, mi pequeña guerrera, qué fuerte eres...! ¡Y todo por él!

La han despedido del trabajo. El jefe se ha enterado de las continuas náuseas que presenta, pero ella le ruega y le dice que no la saque, que necesita esto más que nada. Sin embargo, el jefe sabe que, en su condición, no será eficiente. Si hubiesen podido ver esa escena, les aseguro que tendrían el corazón en dos... justo como lo tengo yo ahora.

Hoy el inquilino cumple seis meses con ella. Ya es notorio que está aquí; incluso se ha vuelto rebelde y algo insoportable. Hace unas semanas se quedó sin trabajo y le ha pedido a la dueña que lo alimente y mantenga unas semanas. Ella, aun sin tener para sí misma, acepta. Al parecer, ella comenzó a enamorarse

de él sin motivo o razón; ella ve futuro en él, confía en él y desea verlo llegar hasta la cima más alta.

En casa, mientras hace aquellas arepas de masa blanca que tan deliciosas le quedan, recibe una llamada: se necesita personal que cultive rosas. Ella sabía lo duro que era aquel empleo... qué decir empleo: aquel sacrificio. Pero en su inagotable e inexplicable amor por aquel inquilino, decide ir.

Soporta calores infernales, fríos tétricos, jornadas extras, gritos e insultos de personas que se creen mejores. En este punto puedo confesarles que jamás vi tanto amor en una mujer, tanto ímpetu, tanta fortaleza y tanto apego por alguien que no ha visto la luz del día.

Hoy el inquilino tiene ocho meses con ella, y, para resumir, en lo que se ha convertido, diremos que es un mundo encerrado dentro de una perfecta galaxia que lo cubre de todo peligro, según como ella lo ve. Ella tuvo que dejar el empleo de rosas: sentía morir en aquellas cámaras frías; sus piernas, muchas veces le dolían, de tan heladas que estaban; a veces ni siquiera podía flexionar las rodillas. En sus descansos de 20 minutos solo comía por él, solo pensaba en él, y por esto mismo tuvo que irse.

Consiguió a los pocos días un empleo como guardia de seguridad, y con lágrimas les digo que la escena de aquella dueña y su inquilino caminando por un viejo riel de ferrocarril a las 2 a. m., para llegar a su guardia de las 5 a. m., es la escena más grande de amor que me han contado.

Hoy, el inquilino descarado ha decidido dar la cara... Ya era hora, ¿no creen? Por desgracia, no puede hablar, caminar o siquiera abrir sus ojos. Aun así... ella lo ve con amor. Irreal, ¿no creen? Pero estoy seguro de que aquel inquilino saltaría a sus brazos, la besaría y le gritaría “Gracias, mamá, gracias por ver en mí lo que nadie vio; gracias por mantener mi escuálido cuerpo en formación, en tu perfecto recinto; gracias y mil gracias por no verme como aquel inquilino que fui”.

P.D.: Inquilino: 21 años. Futuro: 7. Compañía: 10. Felicidad: 210. Inocencia: 5. Soledad: 0. Incertidumbre: 2.

# Penumbra

Karol Elianis Fonseca Mora (8 años)

Línea Impulso

Colectivo Letras con Sueños

Crea Roma

Tras la oscuridad de una soledad de despedida,  
los ojos ausentes  
se encontraron con el amanecer de los cristales vacíos.  
El dulce olor de las rosas  
iluminó el espejo de una noche sin vida,  
entre infinitas estatuas rotas  
que se ocultaron bajo las llamas ardientes  
de las siluetas deshabitadas por la luz de la penumbra.



# Sin querer, ni queriendo

Marco Sarmiento (67 años)

Línea Impulso

Colectivo Dato Escondido

Crea Villemar

Se llaman Marcelino y Edelmira. Son un matrimonio joven que nos puede sugerir una historia de amor, sin que en este se carezca del dolor, o de una mezcla de ambos, como en la de Abelardo y Eloísa, donde él era un profesor aventajado que, en vez de instruir a su alumna en los secretos de la filosofía, intercambiaba con ella, según lo proclama en su autobiografía, “más besos que ideas sabias”, y continuaba diciendo: “Mis manos se dirigían más a sus senos que a los libros”, aventura que le costó a él su castración y a ella su reclusión en un convento, donde se lavaban los pecados de la carne... o al menos se embolataban en el, para nosotros, lejano siglo XI.

Pero a estos Marcelino y Edelmira, de mediados del siglo XX, nadie se les atravesó en el camino. No hubo tíos vengadores ni religiones hipócritas. No tuvieron que huir para salvarse del castigo, ni expiar su pecado por toda la vida. Lo cierto es que no hubo necesidad, porque el enemigo lo llevaban dentro y, por ello, el “te amaré toda la vida” de la canción popular no tuvo cabida, para desencanto nuestro.

Golpes, vejaciones, miseria, dolor a destajo y ni una brizna de alegría, conformaron su vida. O por lo menos Humberto Salamanca Alba, siguiendo el sumario judicial, es lo que nos cuenta en *Historia de un matrimonio campesino*.

El relato asquea, por supuesto y, permítanme decirlo, ahí reside su áspero encanto. No hay flores de por medio, ni un Abelardo, seducido por la alumna virginal, descubriendo en los vericuetos del amor los secretos de la filosofía terrenal, sin importar que lo pudiesen perder todo, conformando así la

perfecta historia de amor con final infeliz. Pero ni siquiera eso. Con su denuncia, Edelmira rompe, de entrada, la complicidad con el lector, plantando la desolación como su marca de agua. El deseo íntimo de que se sobrepongan a sus tribulaciones o que al menos no las hubieran tenido por siempre, es reemplazado por la indignación y el asombro que, en nuestro tiempo, el horror siga siendo cotidiano.

Una amiga con quien compartí la historia me dijo que este bruto—en realidad, el calificativo fue más fuerte—, no era sino el producto deformado de una familia que nunca le enseñó a querer. Y así lo hubieran hecho, no tenía tiempo de aprender, le repliqué. Enzarzado entre una sembrera “rajada de grietas y arroyos secos”, como diría Rulfo, y el alquiler diario de sus brazos por un salario desmirriado, apenas le quedaban fuerzas cada día para quitarse de encima la humillación de valer menos que un canasto de frutas, golpeando con saña a su mujer, única propiedad que tenía en este mundo.

Pero si he de fungir como abogado del diablo, Edelmira tampoco tenía mucho para darle. Cuando nació, ocupando un lugar en la larga lista de sus hermanos, el desconuelo fue tan grande para el hombre al que llamó papá, que siempre que podía la llenaba de verdugones por no haber nacido hombre. Eso fue antes de que la única vaca que tenían, para disimular su pobreza, le diera una coz que primero lo mandó al hospital y luego a la invalidez, porque, según dijo el médico, el animal tuvo la precisión quirúrgica de acertar en el único sitio donde las piernas quedan reducidas a un mero espejismo.

Edelmira lo vio aquel día regresar en brazos de Libardo, su hermano mayor, tan indefenso que daba lástima, aunque nunca se atrevió a acercarse por miedo a que el Señor de la Cruz le hiciera el milagro de la resurrección y lo pusiera a caminar de nuevo. Sus hermanos pensaban igual cuando lo veían restregar-se las piernas con espinas, cada que llegaba la Semana Santa, encomendándose al que todo lo puede, salvo acordarse de los pobres, como lo dijo entre dientes la propia Edelmira, harta de los lamentos del inválido.

Lo cierto es que la bofetada de su madre por esta herejía le quedó doliendo por muchos días, incluso después de que el

moretón le sanó, porque una cosa era que su padre le pegara y otra que su madre, tan estrujada como ella, ahora le diera por convertirse en el macho de la casa, revoltijo que Edelmira se negó a aceptar, y por ello siguió a Marcelino cuando un día le dijo que el orden de las cosas era que se fuera con él a tener hijos propios, en vez de soportar golpes ajenos.

Cuando empacó sus trapos remendados, nadie le dijo nada, ni siquiera la piltrafa en la que se había convertido su padre, que apenas pudo emitir un ronquido sin que nadie supiera si fue de rechazo o de alegría, por deshacerse de un ser tan inútil como lo era él mismo, tirado en un rincón, en espera de que alguien se acordara de darle de comer y limpiara sus porquerías.

Apenas Jesusita, la menor de sus hermanas, la acompañó un trecho, haciéndole prometer que cuando fuera más grande se la llevaría lejos de allí. Edelmira solo le acarició la cabeza, gastándose en aquel gesto la poca ternura que le quedaba.

— ¡Apúrele, pues, que nos va a coger la noche! —fue el primer grito que recibió de Marcelino, que ya iba adelante, en el sinuoso camino veredal. Jesusita miró espantada al colérico hombre y no quiso soltar a su hermana hasta reafirmar su promesa de que algún día vivirían solas, sin nadie que les torciera la existencia.

Mientras reparaba en su flacura de cuerpo y de alma, entrando al juzgado en busca de la justicia humana, me pregunté si, al menos en la primera noche con Marcelino, no habría recibido algo de cariño. Quizás un beso torpe o un abrazo de compañía.

Lo cierto es que en esa época la felicidad no estaba de moda, me dijo un compañero de la facultad, cuando estudiábamos su caso para la cátedra de Derecho Penal. Tal vez si hubieran nacido en estos tiempos, y visto una telenovela, se habrían podido fabricar una felicidad pantallera. El sarcasmo no te va bien, le riposté con desagrado.

Recuerdo que, incapaz de calcular su sufrimiento con la métrica de los incisos y los párrafos, eché a volar la imaginación en busca de un resquicio de amor, pero sus voces se me fueron diluyendo en la algarabía de los “hubiera”... premio de consolación para las frustraciones.

Sin embargo, me dije, tal vez podrían tener una oportunidad, no en su mundo desigual y caótico, sino en el de la ficción,

cuyas historias, si bien deben estar adobadas con su cuota de realismo, pueden ser adecuadas a nuestro antojo, pues existe la patente de corso para eso. ¿Qué tal un Marcelino arrepentido, tratando de desandar su violencia, y una Edelmira altiva, persiguiendo sus sueños?

Alguna vez alguien dijo que la literatura es el parto de los posibles, porque la vida es eso: un mar de incertidumbres que la literatura recrea para darles un rumbo seguro. Marcelino y Edelmira tienen todo el derecho de existir en ella, porque en el mundo del “podría ser”, el horror está permitido, como cualquier otra pasión. La diferencia es que se le amolda para que encuentre acomodo en las certezas de las que poblamos nuestros relatos. Pero tiene sus límites, como todo lo humano.

Es cierto que la imaginación es “libre y soberana”, al decir de Juan Gabriel Vásquez, pero no es el mundo “completo e inviolable” que imagina Banville. No somos los dioses de un universo propio que, con soberbia ingenuidad, pregonan los ofi-ciantes de estos mundos singulares. La traición está permitida en ellos, pero jamás entre el autor y sus personajes. Y para el caso, Marcelino y Edelmira son un buen ejemplo.

La suma de sus tribulaciones permite que avance el relato, pero hay algo que nos tienta: el amor. Marcelino la escogió como se hace con una gallina en el mercado, o hubo algo: ¿una mirada, una sonrisa, la coquetería de siempre? Quizás. Pero su historia queda pendiendo de un hilo, el de la falsedad, y abatidos nos entregamos a su propio destino, el de la miseria y el abandono, donde el amor no puede existir, no tiene cómo.

No olvidemos, como lo dijo Lucas Corso, el inolvidable protagonista de *El Club Dumas*: “Si en la realidad hay muchas cosas que suceden por azar, en la ficción casi todo discurre según reglas lógicas”. De ahí que no importa el universo donde se cuente, con matices incluidos, porque para su infortunio, Marcelino y Edelmira no tienen otra salida que seguir dando tum-bos por la vida, porque no hubo nada que les enseñara a querer, y eso, ni la mejor fabulación lo puede cambiar. ¿O sí?

# Caligrama

Dayan Alejandra González (10 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado quinto, IED Técnico Internacional

Crea Villemar

Invítame a un mundo que tú ya conoces.

Donde dices

que existe el amor.

Donde cada noche

iluminas con tu luz mi corazón.

Abre las puertas del cielo

y verás que podré...

iluminarte,

mi estrella...

fugaz.

# Yo, ¿el primer caso?



Juan Monroy (14 años)

Línea Impulso

Crea Villemar

El día antes del viaje era monótono, como cualquier otro día de vacaciones. Recuerdo que me avisaron algo menos de una semana antes del suceso. No había un plan, o por lo menos, yo no tenía uno. Era la penúltima semana antes del regreso a clases. Alistaba mi maleta, o lo que quedaba por encajar, que era más bien poco. No me molesté en revisar a dónde iríamos una vez que estuviéramos en Panamá. Íbamos solo mi madre, mi padre y yo. Era tarde. En la noche, cuando terminé de alistar maletas para salir al día siguiente, estaba emocionado por el viaje. Aunque no lo demostrara, estaba cansado de la rutina. Una vez estuvimos listos para salir, tomamos el carro, y mi padre condujo hasta el aeropuerto.

Una gran fila de carros mostraba a cientos de personas queriendo regresar a Bogotá. Por suerte, era solo de salida del aeropuerto. Nosotros entramos al parqueadero, donde dejamos el carro, para que después mi tío lo recogiera y llevara al apartamento, como se acordó. No pude evitar pensar en el día en el que saqué mi pasaporte: fue bastante aburrido, aunque en la espera completé un juego en el cual había pasado varias horas y, por alguna razón, eso lo hizo memorable.

Una vez pasamos la mayor parte de controles, tuve la opción de comprar algo de comer o tomar. Decidí que no sería necesario, pero me arrepentiría después, cuando en el avión tuve una inmensa sed. Seguimos a la sala de espera. Pasé el tiempo que quedaba en mi celular.

Luego, una vez llamaron a abordar, estaba muy ansioso, porque jamás había salido del país. Entré al avión y me senté en el asiento cercano a la ventana. Estábamos cerca del ala, y

durante el vuelo pude apreciar las maniobras que tomaba el piloto en el ala, moviéndola como una verdadera maravilla mecánica. Incluso, en un momento dado, llegué a contemplar el evento de un accidente, pero rápidamente pasó cuando comenzó a darme sueño. Allí fue cuando me atacó una incontrollable sed; no pude dormir por eso; sin embargo, preferí ignorarlo y comenzar a tocar todos los botones de la pantalla del asiento de enfrente.

Había unos cuantos juegos, películas que no me interesaban y series, todas accesibles solo hasta la primera temporada. Una vez me aburrí con todo lo del avión, miré hacia la ventana y pude ver el mar entre las espesas nubes sobre las que estábamos. Estaba bastante bien, pues ya lo había visto antes.

Pero todo cambió cuando llegamos a Panamá: primero, las playas, todas desiertas (imagino que no pasamos por playas abiertas al público); luego, la ciudad inmensa, pero el diseño la hacía ver con una magia que no podía replicarse. Lo cierto es que todas las ciudades tienen su propia magia, pero esta se veía como un *collage* de casas y edificios altos y bajos que hacían contraste, como si trataran de pelear y expandirse: una mancha de casas por allí y otra de edificios enormes por allá... ¡increíble!

Llegamos al aeropuerto. No había mucho para ver allí. Nos dirigimos a la salida. Había muchos taxistas ofreciendo llevar a los turistas por un “gran precio”, más o menos cinco veces lo que ofrecía alguien en el centro de la ciudad, así que optamos por usar un bus para llegar al sistema de metro, y de allí llegar al centro, para tomar un taxi o bus más barato que nos acercara al hotel; de todas maneras, teníamos bastante tiempo antes de que nos entregaran la habitación.

Así lo hicimos: sacamos una tarjeta del sistema de buses, algo parecido al SITP en Bogotá, fuimos al sistema de metro y tomamos el primero, que nos llevó al centro, pero algo más por el lado donde estaba el hotel. Era concurrido, bastante concurrido. Mi madre fue la única que pudo ir sentada; aun así, era muy calmado: ni siquiera se sentía cuando empezaba o terminaba el recorrido.

Comenzaba a sentir el calor, aunque no era que no lo sintiera antes: lo que pasaba es que ahora estaba exhausto, pues no

había tomado nada desde el viaje. Luego fuimos a la primera tienda que encontramos y compré el agua más familiar posible. Estaba lleno de marcas que no había visto antes, pero eso era obvio. Cuando terminamos de explorar la ciudad, fuimos al hotel. No recuerdo qué tomamos para llegar, pero llegamos a un complejo increíble, con varias torres gigantescas llenas de plantas y decoraciones.

El piso cambiaba con cierto patrón y había un pequeño “zoológico” compuesto por aves en jaulas grandes; la que más me llamó la atención fue un tucán con pico de colores (lástima que no le tomé fotos). Había una plaza en la que celebraban eventos, y al lado, el restaurante. La piscina estaba rodeada por los edificios, y en la recepción había una barra de bebidas, de la que tomé varias veces cócteles sin alcohol.

Pedimos nuestra habitación, y nos dieron la llave, pero antes de ello, toda la recepción estaba llena, por lo que mi padre tuvo que hacer fila mientras yo exploraba el amplio hotel. Después llevamos las maletas y nos dirigimos a ver qué más había allí, y me sorprendí cuando vi que el hotel tenía playa privada, así que una arena blanca y un mar azul me esperaban, pero fui consciente de que moriría quemado si me acercaba a la playa sin protector solar.

Luego llegamos al almuerzo. Afortunadamente no había mucha fila, aunque sabíamos que habría mucha, pues era bufet. Entonces tomamos la comida, pero varios platos ya no estaban en el menú. Nos sentamos. El restaurante era lo bastante grande para atender a muchas personas al mismo tiempo, pero no lo suficiente, por lo que estaría lleno, y una cuarta parte de las personas tendrían que esperar. Era tarde y estábamos hambrientos. No recuerdo qué comí en varios días, pero la verdad, siempre lo disfruté.

Tratamos de ir a la piscina después, pero gracias a los intentos de mi padre de “integrarme” a los chicos de mi edad, y que solo terminó en un chico muy avergonzado, preferí ir a la playa. Me parecía sorprendente que la playa siempre estuviera menos llena que la piscina, así que aproveché cada momento caminando descalzo sobre la arena mojada o nadando en el agua salada, con las olas, mientras la brisa calmaba el calor.

Recuerdo que una vez me salí, cansado como nunca, y de pronto hubo una brisa enorme que parecía disparar pequeños proyectiles de arena contra mí. Después de ello entramos a la habitación, que no era para nada pequeña, y me recosté, descansé y hasta alcancé a dormir un rato.

En la noche salimos a comer. La música que se escuchaba eran remixes de canciones populares y de los años ochenta. La verdad, no me quejaba, pero en la tarde pasaban reguetón, y me gustaba más.

El segundo día desayuné *omelettes*. Estaban bien, pero para repetir preferí unos huevos fritos corrientes. Luego seguí con la rutina y fui a la piscina, esta vez a la parte que estaba al lado de la playa. Había otra barra de bebidas dentro de la piscina, y con mi padre pedimos tres de ellas. Después me dispuse a nadar. Había bastante gente, pero mi vista se posó en unas personas orientales; era un grupo de más o menos doce personas que estaban sentadas en pleno sol, con las piernas en la piscina y traje de baño; un par de ellos estaban tan rojos que hasta me parecía que se les caería la piel. Un rato después, una especie de animador llegó a proponer una serie de ejercicios, en los que mi madre participó activamente, y fue demasiado conocida para mi gusto, así que ni siquiera presté atención. Ella incluso trató de arrastrarme a los ejercicios, pero le dejé en claro que no los haría.

La tarde pasó otra vez en la playa. El día siguiente fue igual, aunque el mismo animador organizó un evento de arrojar dardos, en el que participé, y aunque no gané, estuve cerca. Lo cierto es que ya parecía un pez de tanto tiempo que pasaba en el mar, y me quemé un poco la espalda. Por la noche, luego de la cena, el animador y varios de sus compañeros armaron una obra para que el público participara. Por supuesto, mis padres estarían allí. Yo quería irme, pero sin acceso a la llave de la habitación, solo me quedaba rogar porque no hicieran el ridículo ni me incluyeran en ello.

La verdad es que lo primero nunca fue negociable, pero afortunadamente no me incluyeron. La obra fue una extraña combinación de *Romeo y Julieta* con bandas criminales y mafia, y mi madre era una vecina. Desafortunadamente, mi padre...

fue el protagonista. Con poca fortuna corrió el chico de la segunda fila, tercer puesto de izquierda a derecha, pues una vez que la obra terminó, hicieron competencias de actuación, creatividad, nombres, etc., en las que tuvo que participar.

Ya estaba cansado, así que pedí la llave y me fui directo a mi habitación a dormir; resulta que mi padre ganó casi todos los concursos, y ahora todos conocían su nombre y, claro, todos lo saludaban y constantemente le hacían chistes y bromeaban; él respondía a la broma o al chiste, se reían y seguían su camino; yo odiaba la atención que recibía, incluso muchos preguntaban por mí, y yo no tenía otra opción que hablar, o más bien, tartamudear las respuestas a sus preguntas.

Lo cierto es que la atención se detuvo al día siguiente, o por lo menos disminuyó. Luego pasaron los días y mi rutina no cambió mucho. Todos los días tenía que estar en la playa, y todos los días tenía que tomar un cóctel de cereza que me encantaba, así hasta un par de días antes de que nos fuéramos, cuando un agente del hotel, o de la cadena de apartamentos y hoteles, nos condujo a ver un hermoso apartamento con vista al mar, playa privada (para el conjunto) y campos de tenis.

La verdad, estaba asombrado; aunque el apartamento no era la gran cosa, pero era lindo. Después nos dirigimos a la oficina, donde mi padre le dijo que no estaba interesado, y nos ofrecieron una cantidad de cosas más. A mí, personalmente, me gustó el paseo que nos dieron en un camión jeep y la vista, pero le daba la razón a mi padre, porque era bastante caro y no estaríamos ahí ni siquiera la mitad del tiempo que pasó haciendo deporte (que es, básicamente, cero horas).

Regresamos a la habitación y nos relajamos un poco, porque la vuelta nos había costado toda la mañana y teníamos que almorzar, así que fuimos al restaurante y después a la playa. Al día siguiente dimos una vuelta por toda la ciudad, vimos centros comerciales, parques y el canal de Panamá. Mi madre terminó enojada porque, pese a que acordamos que nos llevarían hasta el aeropuerto, decidieron que tenían mejores cosas que hacer. Sin embargo, mi padre llamó, y con una muy civilizada conversación los convenció de que nos recogieran. Mi madre siguió enojada, y mientras mi padre la calmaba, yo me sentía

terrible: sentía que estaba muriendo, con dolor general, fiebre, tos y todos los síntomas del covid-19.

Así seguí en el aeropuerto, y varios días después de que llegamos a Bogotá recordé a los orientales, y los pocos anuncios que había del covid-19 en ese entonces. Lo cierto del caso es que no había forma, para mí, de saber qué era. Mis padres, por su parte, no parecían preocupados; yo sí estaba algo paranoico, y pensé que me había contagiado del virus, pero una vez me pasó, estuve bien y dejé de preocuparme.

Mi padre también se sintió mal en los días siguientes, pero no estaba preocupado. Luego se mejoró y seguimos viviendo común y corriente, hasta un mes después, cuando se declaró la pandemia. La verdad es que siempre pienso que pude haber sido yo quien llevó este virus a Colombia... Ups.

# Mi mariposa



Laura Isabella Quiroga Melo (12 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado quinto, Colegio La Amistad

Crea Las Delicias

Mi mariposa

se posa en una rosa.

Ella es tan hermosa...

Vuela, vuela sin parar,  
que al sol llegará.

# El reflejo del desamor

Alisson Toro (15 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado octavo, J. T., Colegio San Pablo

Crea San Pablo

—Eres lo que reflejas —dijo mi mamá, frase que recordé la noche que te lloré. En ese momento lo entendí: no puedo ofrecer de mí más de lo que recibí.

Justamente un nueve de mayo, cuando creí que nuestra historia estaba despegando, no fui lo que quisiste, ni tampoco lo que pediste. Y ¿cómo pensar que esto iba a prosperar?

Lo supe el día que sentí tus besos ajenos, besos que no me correspondían, ni tampoco merecía. Mi alma queda en vela contigo, porque me enseñaste que puedes ser novio, confidente y mejor amigo.

No pedí tu partida tan de prisa, cuando prometiste estar, pero bien sabías que algún día tendrías que marcharte. Ese día entendí la frase de mamá, pero ¿cómo puedo dar lo que reflejo, cuando me veo al espejo y lo único que veo es... un rostro perplejo?



# Deseos aborrecidos

## Capítulo 1

### Creación colectiva (cadáver exquisito)

Entre 37 y 61 años

Línea Converge

Crea La Pepita

Es una noche borrascosa, plomiza y muy lluviosa. El invierno prolongado y despiadado rememoraba los actos crueles de hombres sin alma, cuando salían entre las sombras a capturar sueños e ideales humanos en las esquinas céntricas de la ciudad. El estridente trueno rompe con la tranquilidad de la noche e ilumina el cuarto sombrío de una antigua casa, repleta de recuerdos. La nube pasajera da paso a la luna llena, que muy callada alumbra, aunque su resplandor no es el de otras noches, pues ahora tiene un tinte rojizo y sanguinolento, que presagia historias funestas y siniestras.

En la casa hallábase Mario, sobrino de Ruth, con su semblante pálido y ojeroso de siempre y su apariencia descuidada, que lo caracterizaba como un joven enigmático y retraído, tímido y asustadizo, nervioso y obsesivo, enamorado de Ruth.

Ella, una mujer de 40 años que, a pesar de su edad, conservaba la sensualidad en su suave piel de terciopelo, dulce como la miel, era una mujer atractiva y cautivadora, que se encontraba entregada a un sueño reparador. La imagen de aquella mujer siempre acompañaba a Mario en su soledad, sobre todo desde aquel día que la vio salir del baño, con la toalla cual turbante en la cabeza, mientras algunas gotas de agua todavía caían suavemente por su voluptuoso cuerpo. La vio pararse frente al azogado espejo, para esparcir una crema blanca sobre él, acariciando y masajeando sus senos, y luego retorciéndose y contorsionándose, mientras lentamente llevaba sus manos en medio de sus piernas, gozosa de pasión, quejumbrosa y muy

feliz, extasiada en orgiástico deleite. Después de aquel momento, Mario nunca olvidaría esa mueca de satisfacción de su tía.

El corazón de Mario no palpita: galopa. Temeroso pero decidido, se desplaza muy despacio. Sopla un frío viento, que abre bruscamente la ventana. Se agitan las cortinas. Ondeada por la brisa, la manta se levanta, descubriendo aquellos pechos ocultos tras la bata transparente de seda fina, los senos firmes y excitantes, con pezones coronados, de púrpura encendidos. Sus cabellos en desorden, dorados como el trigo, bajan por el vientre, donde reposa aquel oasis apacible de su pubis. Escondidas tras la manta, acaneladas piernas que ostentan y vigilan su tesoro. Mudos testigos la rodean en un silencio cómplice.

Un monástico perfume a sándalo oriental aromatiza el ambiente. El florero de fino Baccarat, en donde se hallaban, inmóviles, cartuchos blancos nacarados. A su lado, sobre la mesita de noche, se hallaba el portarretrato, enmarcado en plata alemana, de una reveladora foto del día de su boda, en la que se los veía felices y sonrientes a Ruth y su esposo. En el cajón guardaba un hermoso, antiguo y lujoso revólver Smith & Wesson, 38 largo, definitivamente una pieza de colección.

El refuerzo del cañón la hacía un arma exclusiva, diseñada para detonar varias cargas sin sufrir desajustes o imprecisiones que pudieran generarse por el calor del estallido. Series como esta fueron de una producción muy limitada y solo para conocedores selectivos y exclusivos. Su fina cache, elaborada en marfil labrado de figuras del oeste americano, tiene una terminación muy detallada, lo que indudablemente incrementaba su valor. El alza de mira sobresale de la superficie, pavonada por su color niquelado, lo que genera un punto de referencia para lograr mayor precisión al ser disparada.

La aguja percutora, milimétricamente graduada, es la encargada de propiciar alcance, con su golpe seco, certero, que permite el efecto explosivo de la pólvora, propiciando la luminosidad del fogonazo; sus estrías definidas a lo largo del cañón dan al plomo un efecto circular, como un taladro. Aquel gatillo ergonómico es del mismo color plateado de la aguja percutora, que ante la más sutil caricia o el mínimo roce, cumple su función.

El tambor, con su movimiento pausado pero exacto, con capacidad de seis cartuchos o balas, que encajan perfectamente en cada rotación, está siempre en posición y listo para otra descarga. A su lado, y aún sin estrenar, la caja con cincuenta tiros, las temibles dum-dum o balas explosivas de fragmentación que, al entrar en el cuerpo, explotan en su interior, fraccionándose y cercenando arterias, venas, músculos y tejidos. Además, en su punto de salida, la piel queda floreada con un orificio tan grande como un melón.

Mario, sigiloso y cauteloso, ingresa en la habitación, con temor a ser descubierto por su osadía. Con paso firme se desplaza y sorprendentemente cruje la madera del entablado piso, pero sin despertar a la sensual dama, vacilante sigue su misión. De repente, se ve sorprendido por una mirada inquisitiva y penetrante: ignoraba que Sam, el gato de ojos electrizantes, observaba cada movimiento, acomodado en la mecedora de mimbre, estático y misterioso. Por un momento paraliza a Mario, y justo en ese momento, de forma intempestiva, el teléfono suena: ring... ring... ring. La dama, somnolienta, contesta:

—Aló... aló... aló...

Pero al otro lado de la línea nadie responde. Mario queda estupefacto, inmóvil, cuando ve que su tía lo contempla con miradas insinuantes y sonrisa seductora. Un recuerdo se adueña de su mente y evoca al hermano de Mario que, en tiempos ya lejanos, calmaba con caricias, besos y pasión sus horas de soledad y desconsuelo. El mismo al que ella le enseñó el placer de hacerse hombre, mientras sostenía una relación prohibida. Pensaba, mientras observaba a Mario, en cómo lo extrañaba y en cómo lo añoraba desde que partió en búsqueda de un mejor futuro a la gran ciudad.

Ahora ella, la experimentada institutriz, tenía enfrente a su nuevo aprendiz. Lentamente quita su mano de su vientre y la dirige a aquel intruso. Entre tanto, él da dos pasos y vacilante alarga su mano temblorosa, intentando tocar la de su hermosa tía. Sus manos no alcanzan a tocarse cuando nuevamente suena el teléfono: ring... ring... ring... ring... ring... Ella contesta sobresaltada:

—Alooo...

Con voz grave y colérica, y en tono de reclamo, el marido pregunta:

— ¿Por qué no contestas?

Ruth, disimulando su nerviosismo, con voz entrecortada, le contesta a su marido que estaba durmiendo y algo indispuesta por un fuerte dolor de cabeza. Del otro lado del teléfono solo se escuchan insultos e improperios. Ruth quiere interrumpir la conversación, pero el marido insiste en hablar con ella, y con un tono beligerante y áspero le indica que le pase a Mario, al mismo tiempo que le dice a Ruth:

— ¡Me colmas la paciencia!

Entonces Ruth le extiende la bocina a Mario, quien, dubitativo, pálido e inseguro, toma la bocina entre sus manos temblorosas. Comienza una conversación con Mario, quien responde con monosílabos y siempre de manera afirmativa. Ruth lo escruta con la mirada, como queriendo adivinar la conversación. Mario, circunspecto, vacilante y nervioso, cuelga de súbito [tas]; luego mira a Ruth y le dice:

— Tu marido dice que no lo esperes a cenar.

Ruth sonríe con malicia, mientras sus ojos brillan fulgurantes y radiantes, y piensa que esta es la ocasión perfecta para cumplir sus planes. Su maquiavélica mente, en un segundo, ha imaginado la escena, se cree dueña de la situación, se cree ganadora y portadora del as bajo la manga. Ignoraba que el destino era incierto.

Mario la mira con anhelo, recorre una a una las curvas excitantes que deja ver el traje ajustado de su tía. Los senos se asoman, parecen querer liberarse de las ataduras de la blusa; los rizos caen sobre sus hombros y los acarician tenuemente. Mientras tanto, él contempla las caderas y esas piernas portentosas y ardientes. Además, espera el momento de acariciar el cuerpo y sentir esa piel bajo sus dedos. Entre tanto, Ruth mira con atención cómo el miembro de Mario aprieta cada vez más la pretina del pantalón y se yergue lentamente. Al lado asoma la Smith & Wesson calibre 38 y deja ver la cachea con decorado del Oeste. Sin entender, Ruth mira a Mario con espanto. Afuera, la lluvia arrecia, y los truenos, que se escuchan de tanto en tanto, retumban dentro de la casa, acompañados de unos destellos rojizos

que se confunden con la miraba de Max, el gato que hace rato contempla la escena, tan deseoso como Mario de saciar su sed.

De la trompetilla de acero pavonado sale raudo el plomo, atravesando el espacio. El golpe seco, certero del ardiente plomo, hace retroceder a Mario. El estallido de la pólvora impregna el ambiente después del fogonazo. El sonido de los truenos hace eco en el espacio. El disparo logra su objetivo: se incrusta en el pecho ardiente y palpitante de la voluptuosa mujer, que deja salir un grito lastimero y agónico, mientras es arrojada bruscamente al piso y sangre a borbotones sale de su espalda, a la altura del omoplato.

Investigaciones posteriores evidenciarían que, por la trayectoria de la ojiva del proyectil, el disparo fue ejecutado paralelo a la posición del tendido, pues el orificio de entrada sobre la humanidad de la candente mujer señala que el recorrido ocurrió de forma transversal. Y el proyectil, al ingresar, se fragmentó en letales direcciones, por ser de la familia de las dum.

Su cabeza hueca capturó el aire antes de llegar al cuerpo de la voluptuosa mujer, cuya talla 38 no fue suficiente para impedir que el proyectil ingresara a la altura del corazón, que estalló como lo hace una supernova. La blusa transparente se fue tornando rojiza, hasta confundirse con los destellos de luz que entraban por la ventana y los ojos enrojecidos del gato, que miraban el cuerpo mientras se relamía.

Sin contenerse, el animal saltó del sofá; olisqueó el cuerpo inerte de la mujer y luego bebió a grandes sorbos la sangre, aún caliente, que corría por el suelo, pero detuvo su salvaje festín al escuchar el chirrido de una puerta que se abría allá afuera, y soltó un aullido espectral y siniestro. Se escucharon carcajadas, y el ambiente enrarecido, con olor a pólvora azufrada, se impulsó, dando al lugar un dantesco aspecto. El gato, con los bigotes ensangrentados, al ver aquel espectro, saltó por la ventana y desapareció emitiendo un maullido de ultratumba.

Risas y truenos se escuchan en la habitación.

# Sin título



Ester García Pinto (12 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado quinto, Colegio La Amistad

Crea Las Delicias

El huracán va detrás de mí.  
Sálvame, sálvame, ay, Dios mío.  
Huracán de temor,  
qué horror, qué horror.  
Mi corazón pide ayuda a gritos;  
tiemblan que tiemblan mis cabellitos.  
Me desmayaré,  
me desvaneceré.  
Tiemblo que tiemblo,  
si voy me enfrento,  
pero no moriré en el intento.

# Buscando salidas

Natalia Camacho Leguizamón (12 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado octavo, IED Rafael Bernal Jiménez

Crea Doce de Octubre

No importa mi descendencia, tampoco mi edad; lo importante es lo que sucede. Hoy en día los humanos buscan desesperadamente la entrada a Agartha: quieren un refugio en donde esconder el miedo, el odio y el caos.

Soy parte de esa sociedad en la cual todos tenemos miedo a lo desconocido, aun cuando sabemos que los externos no pueden entrar a Agartha y, además, podemos ser considerados un virus por los que viven bajo la superficie. La verdad es que hemos muerto y quedamos pocos: quienes somos considerados prisioneros de la muerte...

Una fría mañana, Natalia Camacho despertó como una pequeña y casi invisible pulga. Ella se preguntó: “¿Cómo pudo suceder esto?”. Luego hizo un esfuerzo por recordar, pero su intento falló, así que saltó de la cama con sus diminutas patas y empezó a explorar su casa desde la vista de una pulga, aunque sin salir de ella, porque sabía que correría peligro afuera. Después se metió debajo de la cama, de allí pasó al armario, luego visitó la cocina y el baño. Con el paso del tiempo se dio cuenta de que le divertía ser una pulga y, ya cerca del final del día, recordó por qué despertó así.

*Flashback del día anterior*

Ella se acostó con miedo y, durante la noche, soñó que era diminuta, y eso de alguna forma la perturbaba.

*Fin del flashback*

“Ahora que superé mi miedo, volveré a ser humana”, se dijo.  
Y así, volviendo a su forma original, las aventuras de la pequeña pulga Natalia concluyeron.

De esta manera aprendió a enfrentar sus miedos, a ser auténtica con cada paso, por lo que hay que recorrer.



# Nube mariposa

Creación colectiva de niños y niñas de 11 años

Grado quinto, Colegio La amistad

Crea Las Delicias

La nube mariposa.  
A ella le dicen diosa.  
Ella es como oro,  
por eso yo la adoro.  
Ella decora el sol,  
dejando sus colores amarillo, azul y marrón.  
Yo la miro desde el cielo, comiendo chicharrón.

# Psicosis implantada



Andrés Borbón (20 años)

Línea Impulso

Crea Suba La Campiña

## Capítulo 4. ¡Wake up! ¡Wake up!

### Bastían

#### 1

Miré a todos los lados del cuarto; no encontré ningún bisturí y ninguna barriga abierta. Tan solo estaba con mi yo interior, luchando por escapar de ese mal sueño en el que me encontraba: estaba exhausto, esa era la palabra. Así me encontraba, atormentado de cómo, después de que ese pequeño me lanzó su dinosaurio al rostro, todo se tornó tan vil y sanguinario a mi alrededor.

Me levanté bastante pasmado de la impresión. Además, sentía dolor y náuseas. No podía seguir creyendo que esa pequeña clínica me estaba ayudando, porque no era así. En realidad, me estaba volviendo loco, me estaba poniendo peor. Y ese mal sueño... no parecía un sueño. Quiero decir, lo que sea que haya ocurrido, mientras estaba revolcándome de cólera por lo ocurrido, no fue algo bueno. Incluso ahora era de noche y no encontraba razón para todo esto. Primero, los estruendos; luego, los pacientes dementes, el niño, y no olvidemos a Philips... Él había dicho que había visto algo. ¡Y por supuesto, no debo olvidar lo que acaba de pasar! ¡Tenía la puta panza abierta!

Sin darme cuenta, estaba mirando con los ojos bien abiertos y los pelos de punta hacia la pared. Debía parecer algo ansioso. Aunque para entonces ya estaba perdiendo la conciencia de mi propia cordura. No sabría cómo describir el lugar. Era algo hostil; no parecía solitario, pero la gente te hacía sentir lejano

a lo que se ve a diario relativamente, porque tanto para ellos como para los otros pacientes y el personal de clínica, ver gente en estados de crisis muy graves es algo del día a día. Pero para mí era algo más como... como un retiro entre cuatro paredes y sin pastor ni hermanos: solo demonios que, poco a poco, iban arrancándome de a un pelito de la cabeza; lentamente estaba perdiendo la calma.

No pude evitar pensar en que debía salir de allí de una vez por todas.

Apreté de improviso la colchoneta en la que me encontraba, y entonces fue que hablé:

—Psttt.

Para poder de una vez voltear la cara, me aguanté, torturándome con la imaginación, preguntándome: “ahora qué va a pasarme”. Ya no sabía qué hacer ni en quién confiar. Y entonces, continuó:

—Sí, tú... *Bestien Torres* —hizo con su mano un “venga acá, joven, está con su fiel amigo, el loco”.

Entonces, por fin lo miré a la pupila, con ojos de un gatito sobre el tejado a horas de la noche, y casi no podía articular palabra, pero pude finalmente decir, titubeando:

—¿Qué?

—Parpadea. No pasa nada. Adivina, adivinador... Tuviste un mal sueño, ¿eh?

Mientras lo decía se rascaba la nariz y levantó las cejas esperando a que yo le respondiera, o que hiciera algo. Pero entendiéndanlo, me era imposible: ¿cómo después de verte en dos vas a poder emitir palabra alguna?

—Sí.

—Bueno, ya deja esa güevonada y ponte firme. No estás nada erguido, y eso no me gusta. ¿Acaso tus padres no te han enseñado lo que son modales, joven? —Estaba gritando, pero a modo de susurro.

Se le notaba, por la cara, que no había logrado conciliar el sueño, y si mi reloj biológico no funcionaba mal, eran como las 12 a. m.

Empezó a hacer frío. El cuarto parecía una hielera, como esa en la que mi tía Karen vendía sus helados, enfrente del parque de mi casa. Pasaba, por lo general, los jueves a las dos de la tarde.

—Sí, tengo modales. Es... la clínica. Me tiene algo agitado, la verdad. —Exhalé y miré la ventanilla del cuarto de nuevo.

—¡Esa es la actitud, pelado!

Aunque no lo quería hacer para nada, sonreí y di pie a crear esa empatía que terminó por hacer más familiar el ambiente.

—¿Qué horas serán?

—Si se lo digo, no me va a creer.

Esa maldita sonrisa, esa sonrisita de *tengo un as bajo la manga*, me descompensó el ánimo de una vez por todas.

—Suelte, a ver.

—Déjese de estupideces, joven. Usted y yo sabemos que todo lo que ocurre aquí no es porque una divinidad nos haya traído para vivir en campos de alegría y paz... Aquí hay algo más. Por qué no me acompaña, más bien... Lo que quiere usted es salir de acá, ¿o no?

Me debí ver peor de güevón: la cara se me puso lo más contenta posible. Parecía un conejo al que le hubieran inyectado una gran dosis de heroína, puesto que había empezado desvariar.

Entonces cedí y le dije que sí con la cabeza.

## 2

Salir del cuarto fue algo duro. No sabía qué me esperaba afuera. Solo me quedaba esperar y ser valiente. Y así lo hice.

—Es usted una gallina muy valiente, joven —me susurró al oído. Apenas pude sentir ese olor a pollo masticado que salía de esa bocota de viejo de por lo menos 38 años, y fumador de tabaco a morir.

—¿Qué edad tiene usted?

—Ya se lo dije... No se ponga con estupideces. Tanto usted como yo queremos salir de este maldito encierro, así que camine y quédese callado, que callado se ve más bonito.

Ya estaba empezando a odiar a ese jodido viejo, o lo que fuese, porque, la verdad, se veía joven, pero por el modo como hablaba y actuaba parecía un anciano de 62 años que hubiera tenido una mierda de vida.

—Joven, este es el ascensor. Solo debemos bajar hasta el primer piso y salir por la puerta grande, como los verdaderos caballeros que somos, ¿eh? Así que, no se diga más... ¡Muévase!

Entonces, antes de llegar, pude divisar ese comedor en el que el tal Cole me había dicho que esto era una clínica de salud mental, y el otro, ese tal... Luciano, se había exaltado. Aunque no había visto ese ascensor en ese momento. Lucía intacto, como si fuera nuevo; podría hasta decir que fue instalado ese mismo día. Todo en él parecía nuevo, hasta su color, su forma y el aura que desprendía. Esto hacía de ese objeto movable algo bueno para estrenar.

Y, acto seguido, tocó el botón y comenzó el ascensor a subir, dado que, cuando entramos en él, estaba en el primer piso, cabe aclarar.

—*Bestien*, los enfermeros están en cambio de turno, así que no te preocupes. Podremos salir en cuanto este cosito nos mande al primer piso. —Entonces empezó a reírse solo y se tapó la boca con la mano para no hacer tanto ruido. Luego dijo—: Arriba, unos monos lo están jalando con cuerdas bastante gruesas, para que podamos tomarlo. No lo olvides, este es el segundo piso, y ni se te ocurra saltar por la ventana: al caer te volverás mierda los tobillos. —Entonces tuvo un cambio emocional bastante abrupto. Ya no reía. Ahora estaba completamente serio.

Se abrieron las puertas de par en par y así, al fin, se pudo ver de qué estaba hecho aquello que soltaba un aroma tan fresco y, a la vez, un halo de acero un tanto corroído por la humedad.

Salí del ascensor y vi que allí había paz. Literalmente se me nubló la vista de lo hermoso que era el sentimiento de libertad, por lo que se me aguó el ojo y los mocos se me aflojaron.

Después recordé a mi madre y a mi padre, que con tanto amor me habían criado, y yo, aun así, la había cagado...

Busqué en lo más recóndito de mi corazón y comencé a tomar recuerdo por recuerdo. Luego los uní de a pocos, hasta que una bola gigante de nieve empezó a rodar, y así logré lo que al final fue un llanto desgarrador. También sentí que las piernas ya

no me daban y que comenzaba a perder el equilibrio, e incluso mi sano juicio.

Tomé al señor del hombro y le dije suavemente, pero con una voz desgarrada:

—Extraño mi casa... extraño mi casa...

—¿Y a usted qué güevonada le está dando? —Me empujó por los hombros e hizo cara de extrañeza y de pesar hacía mí.

—Son mis padres... Los amo mucho... —Entonces empecé a irme hacía atrás, y esa bola de nieve se hizo cada vez más grande, y finalmente chocó y estalló. Caí de frente, por lo que el señor me sostuvo y dijo:

—Joven, todos aquí extrañamos a nuestros seres queridos. No se crea tan afortunado de ser el único que se siente así. —Lo dijo con una cara de tranquilidad, que consiguió tranquilizarme.

Para entonces ya estábamos abajo, y cuando se abrieron las puertas, di un paso al frente y divisé los torniquetes por los que entraba y salía la gente de aquella clínica.

Entonces pregunté:

—Y ahora, ¿a dónde voy? —Ya se me estaba pasando la maluquera.

—A casa... joven.

La imagen de la cara del señor se empezó a enroscar, como se enroscan las camisetas a las que se les echa tinta para que queden con un combinado perfecto. Entonces le dije, rápido, para que, antes de que el momento pasara y yo me fuera de mí, él tuviera tiempo de responderme:

—¿Cómo es su nombre? —Y respondió:

—Stephen Malverde, joven.

### 3

Cuando desperté vi a Louisa sacando mi ropa de la maleta con la cual iba a hacer deporte los fines de semana. Stephen se encontraba en el cuarto de enfrente. Me hacía señas con el dedo en la boca, dándome a entender que me quedara callado. Entonces sonrió y me guiñó el ojo.

# Pasaje indeleble

Nicolás Ballesteros Reina (24 años)

Línea Impulso

Crea Doce de Octubre

El tire del perro, que jadeaba con inquietud, me hacía acelerar el paso y, mientras tanto, atrás mis amigos caminaban a otro ritmo, en medio de una conversación que me suscitaba interés. Entonces, para unirme a ellos, solté la cadena del perro, que salió a toda velocidad por el parque, a buscar juego con otros de su especie. No hubo necesidad de seguir caminando, así que nos quedamos en una esquina del parque, sumergiéndonos más y más en la conversación. Miré el reloj, como en un acto rutinario. Nada fuera de lo común. Un taxi arribó para dejar a una pareja y, después de dar el cambio, emprendió la marcha.

El cielo, cada vez se tornaba más morado, pasando por toda una gama de naranjas. Nos abrazaba el final del ocaso, dando paso a la entrada de la noche. En pocos minutos la oscuridad se encontraba en su cenit y el tiempo transcurría a medida que avanzábamos en la charla. Cuando el perro volvió, lo sujeté con la cadena. Ya había pasado mucho tiempo, porque él regresaba cuando ya estaba muy cansado, algo nada fácil de conseguir.

Volví a revisar el reloj y, en un clic, el ocaso no se había consumado: apenas empezaba. El taxi frenaba lentamente en la esquina. El perro ya no estaba cansado; es más, ni siquiera estaba a mi lado: lo traía mi hermano, que se acercaba a unos cuantos metros. En ese momento comprendí que nunca tuve la correa entre mis manos. No pude soltar ni una palabra, pues la boca se me había convertido en una zona árida. Miré los ojos de mis compañeros, con el afán de hallar alguna explicación, pero no encontré nada, ni un atisbo de que comprendieran mi situación. A duras penas pude articular una despedida y me alejé.

Caminé con premura, huyendo entre las ramas y raíces, que solo podían percibirse con el tacto, buscando por donde transitar al borde del peñasco. El claro de la luna no lograba penetrar tales profundidades, ubicadas a miles de kilómetros de Orión, quien, con un susurro al oído, advertía sobre los peligros de continuar por ese sendero. Un chispazo y un paso a la vez. El arrullo del agua despistaba el camino hacia el descenso. Poco después me hallaba en medio de la cuenca, subiendo y bajando rocas gigantescas, avanzando bajo la tenue luz de la consciencia, sin percatarme de que me fundía aún más con ella, como la hoja y la arena, que son arrastradas y copulan hasta depositarse en el lecho de los cultivos.



# El viaje de mis sueños

Paula Andrea Cabrera Cartagena (9 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado cuarto, J. T., Colegio La Chucua

Crea Castilla

Sueño con un viaje feliz,  
con la panza llena de amor,  
conociendo el verde y no el gris,  
respirando suavemente y ligero,  
al son del bonito calor  
y con el paisaje,  
que para mí será eterno y pasajero.



# Un día con mi perro gracioso

Paula Andrea Cabrera Cartagena (9 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado cuarto, J. T., Colegio La Chucua

Crea Castilla

Mi perro gracioso, es muy amoroso,  
y a veces es muy fastidioso,  
con ojos café, y muy hermosos,  
me lleva a mundos maravillosos.  
Es un perro asombroso,  
con un pelaje blanco, como un tigre albino,  
corre y corre sin cesar;  
a veces no lo puedo atrapar ni alcanzar.  
Él me hace feliz tal y como es.  
Mi alegría la lleva él,  
Y, no lo voy a negar, es mi perro ideal,  
y jamás lo voy a dejar.

# Sin título

Miguel Ángel Villarraga (19 años)

Línea Impulso

Crea Suba La Campiña

Deseaba verlo, contemplarlo con mis propios ojos, y romper la barrera que me separaba de aquellos hechos de la historia, que apenas se hacían tangibles, pero ni cercanamente podía, de alguna manera, dimensionar cómo había sido aquella realidad. Por eso me dispuse a verlo. Construí aquella máquina a lo largo de diez años, de manera clandestina, pues, como bien sabemos, si alguien la descubre, podría usarla para alcanzar sus fines y, en el camino, resquebrajar la realidad; pero estoy seguro que ni eso les importaría: crearían la suya propia, hermética, como ha sido siempre.

Y allí me hallaba, en un viaje a los confines de aquella realidad oscura, viendo cómo esta se reconfiguraba y se volvía a configurar. Sé que no podría cambiar nada, pero tal vez podría entender, de una vez por todas, en dónde radica el origen profundo de la maldad humana.

En un momento, todos los colores se hicieron tenues y caí en un profundo sueño.

Cuando desperté, me hallaba en aquel camión, rodeado por otros soldados, y tardé unos momentos en admitir aquella situación, pues todos me parecían figuras extrañas, y solo veía inconsistencia, mezcla de olor a tierra y plomo, junto al sudor de mi cuerpo, que hacía que mi uniforme se me pegara al pecho, y el silencio penetrante y recalcitrante, solo opacado un poco por el ruido del motor de aquel camión.

No sabía si aquella locura que había visto hace algunos momentos, sobre una tal máquina del tiempo, eran ciertos, y ahora me hallaba en el cuerpo de algún soldado de la Primera Guerra Mundial, rumbo a las trincheras, o si solo era un producto de mi

mente, como un intento desesperado de escapar de la realidad. Ni siquiera sabía quién era yo, pero, al fin de cuentas, ya no era un hombre, ni mi voluntad, ni las ensoñaciones importaban, porque ahora solo era carne de cañón, ahora solo quedaba esperar mi propia muerte, o quizá un destino peor.

Después recuerdo la agitación de cavar y cavar, y la humedad y el olor mohoso en mi cuerpo. Después intenté dormir, y solo podía oír los lamentos de los otros soldados, el olor a sangre y plomo, así como el absurdo de la situación revoloteando en mi mente, pero esto simplemente era una antesala a todo lo que vendría. Me levanté por un golpe brusco en el estómago, seguido de estas palabras:

— ¡Levántese, soldado! ¡Es hora de pelear por su patria!

Los ruidos de disparos ensordecían mis sentidos, y era casi imposible la concentración. La noción del yo quedaba diluida, porque ahora solo importaba sobrevivir, ahora solo importaba pelear por mi patria... pero ¿cuál patria?

Ni siquiera recordaba a qué patria pertenecía, aunque la verdad, podría ser una tal Alemania, pero ni siquiera importaba, porque pensábamos que la guerra duraría poco. Sin embargo, parecía que llevábamos así toda una vida, con las ideas de vanguardia, como el futurismo, que pensaba que las máquinas potenciarán la capacidad del hombre, pero la idea del progreso había quedado relegada a la nada, y seguíamos ahora en esa lucha interminable por llegar a un supuesto mejor futuro, más próspero, más libre, con nuestra nación, nuestra identidad sobresaliendo sobre todas las otras, aunque lo único que sobresalía era la crueldad humana, y lo único que habían logrado las máquinas y las nuevas tecnologías era potenciarla, convertirnos en seres de cobre y plomo, fusionarnos con una máquina voraz que lo único que buscaba era la grandeza de los egos, y era increíble ver, al punto de la risa nerviosa, cómo se contrastaban los más grandes logros de la humanidad con las mayores atrocidades que ella podía llegar a perpetrar contra sí misma, y que estaba a punto de presenciar.

Los gases mostaza fueron lanzados hacia nuestra trinchera, a unos diez metros de mí, e inmediatamente corrí, lo más rápido que pude, a pesar de la lluvia y el lodo, para que uno de

mis compañeros me pasara rápidamente una máscara para no inhalar el gas... Simplemente corrí con algo de suerte, simplemente fue el azar, los hilos invisibles.

En aquel momento volteé hacia donde había caído el gas, y quedé perplejo al ver cómo a otros les carcomía la carne, cómo esta se derretía desfigurándoles el rostro, mientras sus cuerpos se contraían por el dolor. Hasta sus terminaciones nerviosas eran corroídas, y a pesar de las máscaras, el olor a azufre y a carne podrida se sentía en el aire.

En ese momento sentí un punzón profundo en mi mano derecha, que incrementó en cuestión de segundos, hasta sentir que mi mano hacía ebullición, hasta sentir las interacciones subatómicas entre mi cuerpo y el gas. De pronto sentí dolor en las fibras más profundas de mi cuerpo, que ni sabía que existían. Entonces pude ver cómo mi cuerpo se descomponía, y en un momento, debido al dolor, mi mente pudo separarse brevemente de él, de esa máquina de carne tan frágil, tan voraz, tan hermosa, tan corrompible, configurada y transfigurada por voluntades mayores a esta...

Dios, patria, libertad... deshago mi cuerpo en busca de ideales que quizá nunca van a llegar; entrego mi corazón en vano a una causa que no existe, que solo encubre la mórbida comodidad de seres más parecidos a demonios que a cualquier otra cosa... ¿Soy un mártir? Quizá, quizá solo una endeble línea en la lucha absurda de la historia. Escucho los gritos de los demás soldados, gritos tan ensordecedores que todo se convierte en diferentes amalgamas de ruido, ruido que sale desde lo más profundo de esos seres que configuran diferentes modalidades de ese ruido: el ruido de la escopeta, el ruido de los pasos encharcados, y los ruidos de dolor, los gritos profundos, resquebrajados, que muestran cómo se quiebran sus mentes, como en un intento desesperado de exhalar sus almas, de escapar de sus máquinas blandas y corroídas, así como de sentir la libertad.

Esos gritos casi logran quebrarme, porque pude ver en sus ojos, casi a punto de derretirse, en lo más profundo de sus almas, sus almas apagándose, y pensé que el grito humano es lo más cercano a la libertad, al alma intentado escapar, o capaz de expresar la más profunda alegría o el más profundo dolor, y

estos gritos quebrados, casi animales, exhalaban pus y bilis, y me mostraron el contraste, la dicotomía presente entre el intento de lo divino y la imposible negación de lo animal, que desencadena el intento de lo humano. Todo esto ocurrió muy rápido, y a la vez muy lento, porque el tiempo en esos lugares transcurría de manera distinta.

Después yo solo corría, corría y corría. Me asomaba a las trincheras y disparaba, y podía oír los gritos secos y fulminantes de los soldados que morían por un disparo. Un soldado a mi lado se quebró, soltó su arma y empezó a gritar:

— ¡Paren, deténganse! ¡No puedo continuar! ¡Dios, sálvanos!

Implorando piedad, de manera casi inaudible, porque la maldad humana lo había abrumado, había inundado su ser, como un parásito o como el moho que lo ha ido pudriendo, por lo que su ser no pudo más. El infinito dolor y sufrimiento humano recubrió su pensamiento como un conocimiento fáustico, otorgado por alguna divinidad oscura, como un demonio, pero un demonio del espíritu humano, que se apoderó de su cuerpo y empezó a hacer movimientos erráticos y turbulentos, inconsistentes, y sus ojos se pusieron en negro.

Aquel ser dejó de existir, se fue, se reclusó en lo más profundo del espacio negro de su mente, encogiéndose sobre sí mismo, destruyendo su ego, su dignidad, su humanidad, por completo, volviéndose un ser diminuto, sobrepasado por su propia fragilidad; un fallo sistémico, pero, a la vez, un intento desesperado por salir de allá y traspasarse a otra realidad... No creo que lo consiguiera; más bien, había dejado de existir, de haber un “yo” para él. Ahora solo era una serie de sensaciones oscuras y pútridas, una entidad paralizada en un momento del tiempo, atrapada, aplastada por el peso de la locura humana, sin la suficiente fuerza en su alma o, más bien, sin la suficiente crueldad y crudeza en su alma para soportar lo que estaba pasando. Por eso se quebró, por eso temblaba epilépticamente: porque su alma se rehusaba a habitar por más tiempo aquella asquerosa realidad, aquel desecho y maltrecho cuerpo... Pobre cuerpo, él no merecía esto, ninguno lo merecía...

Después, varios soldados de un rango mayor empezaron a golpearlo, pero eso no haría de ninguna manera que reaccionara: ya no había camino de regreso para aquel pobre hombre. Los sujetos empezaron a gritarle:

— ¡Levántate, maldito! ¿Cómo osas traicionar a tu patria, hijo de puta? ¡Levántate y pelea, asqueroso! Te haremos consejo de guerra.

Yo me quedé paralizado viéndolos, y uno de ellos se acercó a mí y me reclamó, golpeándome la cabeza, exigiendo que mirara al frente y que disparara al enemigo... En ese momento, un tiro fulminante golpeó el cráneo de aquel sujeto, causándole una hermosa muerte instantánea, pero no tuve ni tiempo de procesar las palabras de aquel hombre cuando un tiro impactó mi brazo bueno. Caí, y todo se volvió borroso. Luego solo pude escuchar, antes de desmayarme:

— Llegaron los yanquis con sus helicópteros. ¡Resguárdense todos!

Y aunque curiosamente ellos buscaban reducir la barbarie con sus métodos, solo lograron, irónicamente, crear la peor barbarie que se había visto hasta entonces. En ese momento solo podía sentir el calor infernal que impedía respirar y los zumbidos en mis oídos, causados por las explosiones. ¿Cuántas formas tenían esos malditos de deshabilitar nuestros sentidos, uno por uno, hasta hacernos una máquina de carne inerte? En aquel momento saqué fuerzas, no sé de dónde, para posar el cadáver de mi superior sobre mí y así resguardarme brevemente, y allí, dando mi último esfuerzo, me desmayé.

Después pude percibir una especie de calma, como la que sientes cuando estás a punto de ahogarte, pero aún tienes agua en los pulmones, y te reposas en la fría playa, esperando no morir, después de haber sobrevivido a un titán acuático. Fui llevado al espacio asignado a enfermería, junto con los otros heridos, entre los que había desfigurados, amputados, con heridas profundas de bala y supervivientes de gas mostaza. Ahí pude ver a uno de los sujetos que recibieron el primer impacto de esta clase. Estaba cubierto de vendas, su cabeza había perdido toda forma humana —era esquelética— y sus extremidades aún olían a azufre... y a carne podrida.

Su respiración era profundamente ahogada, y respirar cerca de él era insoportable, porque se sentía cómo las partículas de sus órganos putrefactos entraban en mis pulmones, y luego verlo a los ojos y ver cómo se hallaba en un limbo, cómo a la vez no estaba ni vivo ni muerto... Luego voltee a ver hacia un costado, y allí se encontraba el sujeto que había colapsado antes de que me dispararan. Seguía dando movimientos erráticos, con espasmos por todo el cuerpo, sin detenerse. De pronto, en aquel momento, una vertiginosa sensación me invadió y por fin pude gritar.

Y entonces grité y grité, y caí en un ataque de llanto. Nadie me veía siquiera: nadie podía. Todos sentían lo mismo, pero quizá no tenían la fuerza para expresarlo. Allí permanecí. Después, para no morir, me adentré en mis ensoñaciones, y creé arte en mi cabeza, porque cuanto más cruel se vuelve el mundo, más abstracto se vuelve el arte, y yo hacía y deshacía melodías e imágenes, así como historias sin forma, y allí, por un tiempo, permanecí en trance.

Epílogo: Tratado de Versalles (pendiente).

# La gárgola maldita



Allison Lesmes Amaya (11 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado sexto, J. T., IED Francisco Javier Matiz

Crea Gustavo Restrepo

Había una vez un bosque muy tenebroso, donde había muchas tumbas, y ninguna persona se atrevía a entrar. Al lado de ese bosque vivía un niño como de diez u once años.

Una vez estaba jugando con su pelota en la calle. Esa pelota se la había dado su papá, antes de que se fuera del mundo. Un día la pelota cayó dentro de ese bosque, y el niño no se atrevió a entrar y tampoco a decirle a su mamá. Solo esperó hasta la noche, luego cogió una linterna y salió de su casa sin hacer ruido. Seguidamente entró al bosque, buscó y buscó, y se encontró una casa. Entró, siguió buscando y se asustó cuando vio una gárgola grande con su pelota. La estatua estaba dormida, pero tenía sangre en las manos. El niño, muy asustado, se quería ir rápido pero también quería su pelota, así que trató de tomarla muy cuidadosamente, y en ese momento la gárgola se despertó. El niño salió a correr, pero la puerta de esa casa se cerró.

El niño estaba muy asustado. Las cosas de la casa se movían solas; pasaban muchas cosas paranormales, y la gárgola se acercaba al niño. Él no sabía qué hacer. En algún momento volteó la cabeza y vio cuerpos en una habitación. El niño entró en pánico y buscó algo con qué defenderse. Encontró un cuchillo, así que esperó a que la gárgola se acercara más, y cuando se encontraba a punto de comerse al niño, este la apuñaló con el cuchillo. En ese momento el niño pensó: “¿Qué hice?, ¿qué hice?”.

Se puso a correr y correr, hasta que salió del bosque. Su mamá lo estaba buscando con la policía. Él explicó todo lo que pasó, pero

cuando los policías entraron al bosque, ya no estaban la gárgola ni los cuerpos. El niño estaba muy asustado, pero no hicieron nada.

Luego el niño se mudó a otro lado y se olvidó de todo lo que había pasado, aunque en su recuerdo sabía que la gárgola estaba viva.

# La cometa



Edward Alonso Díaz Rodríguez (8 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado segundo, J. M., IED OEA

Crea Castilla

Yo tenía una linda cometa de hermosos colores: tenía verde, azul, amarillo... Un día fuimos al parque y comencé a volar mi cometa. De repente, se fue alejando poco a poco en el cielo, hasta que desapareció. Se fue a otros países: se fue a África y vio muchos grandes elefantes; luego se fue a China, donde pasó por la Muralla, y después a Estados Unidos, y cayó en la estatua de la Libertad.

# Soneto

Daniel Mayorga (55 años)

Línea Converge, Cedid PV

Crea La Pepita

Por desgracia, ya se me agotan las palabras  
para expresarte lo que te he querido decir.  
Que los relojes se detengan para predecir,  
que caiga todo alrededor con danzas macabras.

Nunca dejen de evitar que los perros ladren;  
silencien a todos los grandes agudos pianos  
y anuncien siempre grandes tambores lejanos,  
para que ya saquen el ataúd y lo taladren.

Ya es la hora de que vengan los dolientes.  
Que los aviones, con gemidos, sobrevuelen  
y brillen escribiendo en el cielo: “Ha muerto”.

Pongan palomas a volar hacia los orientes,  
que guardias se pongan guantes, que se conduzcan.  
Era mi norte, mi sur, mi tierra y mi huerto.

# La pesada maleta

Sonia Liévano (58 años)

Línea Impulso

Colectivo Dato Escondido

Crea Villemar

Me dolía el alma, me oprimía un remolino de emociones que pesaban cruelmente sobre mi desgarrado corazón. Brotaban recuerdos en pesadillas alucinantes, retratando las escenas de esa mañana de soleada oscuridad.

Observé, en un rincón de la habitación, la maleta desvenecijada de cuero café, cubierta de calcomanías redondas, cuadradas, de diferentes colores y con varios parches blancos con la huella del tiempo que evidenciaban que en esos lugares hubo algo; eran pequeños rastros de bordes asimétricos, raspados, que oponían resistencia para no despegarse totalmente. Su contenido pesaba aproximadamente diez kilos. Durante cerca de tres años no la había abierto.

Viajé varias horas por el agreste río, sintiendo la cálida brisa mañanera. Se inundaron con ahínco mis sentidos y observé absorto el paisaje verde, frondoso, de la selva tropical. Entonces cerré los ojos y por un instante me imaginé en esa fresca penumbra que oculta variadas formas de vida, observando la luz del sol como bellas pinceladas; luego sentí mi pequeñez ante la inmensidad de las raíces de los frondosos y gigantes árboles, de los cuales me era imposible divisar la cima. Sentí el olor de la hojarasca húmeda, y como en un sublime sueño, escuché la sinfónica algarabía de sus habitantes.

Desembarqué y me aproximé al camino de tierra empinado, convertido en un sendero de barro. Caminé lento, escuchando el sonido de mis botas hundiéndose en el lodo pegajoso y gris con destellos platinados. Al llegar a la cima del camino me detuve, bajé la valija y saqué un pañuelo blanco del pantalón. En ese

momento me vi las botas salpicadas de grises parches de lodo. Levanté ligeramente mi cachucha beige. Pegada a la espalda, en mi camisa blanca se dibujaba una mancha gris de sudor. Observé con pasmosa tranquilidad, respiré profundamente y recordé cómo era nuestra vida tres años atrás.

Soy un hombre de tez oscura, de negros y grandes ojos, de nariz prominente, de cabello negro rizado e iluminado por blancas nubes, la frente despejada y el ceño fruncido, los labios carnosos y rodeados de una barba blanca. De 1.80 metros de estatura.

De mi vida recuerdo que vivíamos con mi esposa y mis dos hijos el día a día, como se vive a la orilla del río, y pescábamos doncella, mojarra, quicharro y bocachico; además, conseguíamos plátano fresco, yuca y las exquisitas frutas silvestres propias del bosque húmedo tropical: lulo, chontaduro, marañón, aguacate, sin olvidar la magnífica y exótica fruta de los siete sabores, o manzana de terciopelo, de colores caqui y dorado, que se tornan de color naranja cuando maduran.

Mi esposa, una bella mujer de tez morena y finas facciones, de resplandecientes ojos color miel, cautivadora, de dentadura de marfil, alta (1.70 metros de estatura), caminaba con la gracia y elegancia de una gacela. Cosía todo el tiempo prendas para las mujeres y niños del pueblo.

Nuestros hijos, gemelos de siete años de edad, hermosos niños de mirada chispeante, ¡ah!, y esa sincera sonrisa que dejaba ver su hermosa dentadura. Lo cierto es que los dos habían heredado las finas facciones de su madre. Eran, además, inteligentes, y, ante todo, niños felices que disfrutaban su infancia.

Tres años atrás, una noche sombría de mayo, observaba el río que, en sus aguas de visos trasparentes, grises y rojizos, reflejaba la tensa calma de unos nubarrones espesos abarrotados de colores marrón oscuro y violetas en degradé, hasta llegar a visos de amarillo claro. El susurro atronador del viento presagiaba los próximos acontecimientos.

A la derecha de la ribera se divisaba el pueblo, ubicado en las zonas altas. La mayoría de las casas estaban construidas, con maderas de la región, sobre pilares. Al frente de la entrada había un corredor y unas escaleras de madera. En este corredor

se ubicaban sillas y bancos, donde nos sentábamos a disfrutar de una agradable charla con los vecinos, o simplemente a descansar y no hacer nada, por las pocas posibilidades de empleo en la región. Las ropas de los pobladores contrastaban alegremente con las fachadas pintadas con llamativos colores: azules, amarillos y rosas. La calle era un área imprescindible en los acontecimientos cotidianos y el espacio lúdico por excelencia para niños y jóvenes, donde los pequeños jugaban con pelotas de bolsas de arroz.

La única construcción de concreto era la iglesia de San Pablo Apóstol, lugar sagrado para la población. La fachada principal era lisa, de colores ocre y blanco, y la puerta era de madera, de dos hojas, en arco de medio punto; en su máxima altura, que marcaba el inicio de la cubierta, estaba expuesta la cruz. La planta de la iglesia era un rectángulo con piso de adoquín. La cubierta tenía un manto de teja de zinc a dos aguas, con algunos tragaluces. En las paredes, pintadas de amarillo, con zócalo color magenta, había ventanas en arco. El presbiterio mostraba el Cristo expuesto. El altar, el ambón, la silla del sacerdote y la hilera de bancas a lado y lado, estaban elaborados en madera oscura.

La madrugada del 2 de mayo se escucharon ráfagas de tiros. El pueblo estaba inundado por el desbordamiento del río. Para protegernos de las balas nos refugiamos en la iglesia, único lugar seco y de construcción fuerte. Estábamos sitiados: por un lado estaban los paramilitares, y por el otro, la guerrilla. Por eso esperamos allí hasta que finalizara el combate. Éramos trescientas personas.

A las diez de la mañana, mi esposa le colaboraba al sacerdote repartiendo avena y pan. A las diez y cuarenta salió de la capilla y llamó a mis hijos para que entraran; dos minutos después ocurrió un estallido ensordecedor, como una ola inmensa de un mar embravecido. La muerte vino por ellos. La onda explosiva se difundió como una nube espesa de polvo gris y negro impenetrable que, con energía aterradora, atravesó cuerpos y objetos, que volaron en pedazos. Varios se transformaron en trozos de piel irreconocible, como parches desiguales de carne cruda adheridos a la pared; se veían piernas desmembradas y

ensangrentadas, manos de niños y adultos; bebés que aún estaban en el vientre materno finalmente quedaron como estampas deformes en la pared, varios incluso lucían amputaciones. Por todo lado había sangre, mucha sangre, lamentos, olor a humedad, pólvora y metal. Los sobrevivientes, como muertos en vida, estábamos horrorizados por las escenas que veíamos, verdaderas pesadillas infernales. Fue un ataque indiscriminado con esos artefactos que destruyen todo a su paso.

Durante el ataque, el techo desapareció. Algunas vigas se cayeron, así como algunos bloques de estructura magenta, que quedaron dispersos en varias partes. Algunas de las bancas de la iglesia volaron convertidas en trozos de madera.

La verdad, no sé cuánto demoré en recuperarme. Aún aturcido, me levanté del piso. Estaba mareado y los oídos me silbaban. Me dediqué a buscar a mis hijos y a mi esposa; no recuerdo cuánto tardé en encontrar sus cuerpos inertes y medio destruidos, junto al torso mutilado de un cristo de yeso, testigo mudo de la barbarie. Lancé entonces un grito desgarrador, caí de rodillas y con las manos cubrí mi rostro, sin poder controlar los gritos y lamentos. No escuchaba nada: solo observaba con horror los restos de los cuerpos de quienes habían sido los amores de mi vida.

Hundido en la desesperación, cumplí aquella cita ineludible con el terror. Las piernas me temblaban y escuchaba el latido acelerado de mi corazón como si se me fuera a salir del pecho, ansiando entrar en una especie de amnesia. No recuerdo nada más.

Unas semanas después, parientes lejanos me trasladaron a la capital, cuidaron de mí, me cobijaron con afecto y paciencia, hasta que salí del mutismo en que me encontraba.

Hoy, después de tres años, para cerrar el duelo, traigo la maleta y dejo su pesado contenido en el nuevo templo, construido en memoria del anterior. Devuelvo el Cristo mutilado para que la memoria de un pueblo, avasallado por la violencia, jamás se olvide.

# Crónica



Argemira Barrer (57 años)  
Colectivo Tunjuelitas Informativas  
Línea Converge  
Crea Inglés

Corría el año 2008, época en que mi municipio, Onzaga Santander, todavía no figuraba en el mapa de Colombia. Estábamos olvidados por el Gobierno, viviendo las costumbres ancestrales que marcaban un destino parecido para todos; ahí estábamos, para vivir ese momento, los pobres y los ricos, godos y liberales, civilizados y tontos, con un solo deseo en común: tener derecho a la paz.

Nuestras condiciones eran pésimas: era un lugar desértico donde no había luz —nos valíamos de velas, con las que intentábamos prender la leña para cocinar—, no había agua, no teníamos acceso a la educación, los alimentos eran escasos y no había médicos en ningún lado, por lo que la muerte frecuentaba el lugar.

La enseñanza dictaba que las mujeres debían realizar todas las labores domésticas y ser entregadas en matrimonio al mejor postor, al que brindara una ayuda para salir de tal pobreza. Así, el hombre era el líder, el encargado de trabajar, quien araba la tierra para poder comer. Los fines de semana, las familias buscábamos los pozos, ubicados en las quebradas, para limpiarnos la mugre, matar las pulgas y los piojos; además, el lavado de la ropa no podía faltar.

Cómo olvidar ese sábado 24 de noviembre, cuando a nuestra tierra llegaron caminantes desconocidos que dijeron que venían a ayudarnos. Pasados algunos días, nos convocaron para presentarse. Luego nos comentaron: “Somos del ELN. Colaboren con nosotros, que venimos a apoyarlos y a reclamarle al gobierno sus derechos vulnerados. ¡LOS RICOS SON UNOS POCOS, Y

LOS POBRES SON ESCLAVOS!” Pero un par de meses después ese discurso se lo llevó el viento.

Sus intenciones eran malvadas. Comenzaron las ejecuciones. Los muchachos fueron reclutados en sus filas y comenzaron a entrenar. Buscaron a las chicas más bonitas para abusar de ellas. También entraron a nuestras casas y vivieron con nosotros; tuvimos que compartir con ellos nuestro espacio, la cocina, los dormitorios, el baño y lo poco que teníamos. Luego nos cogieron a quemarropa, deshuasaron los carros y se llevaron sus partes. Con el tiempo sus incursiones se volvieron costumbre, y el Gobierno nunca llegó.

En medio de esta tragedia, le pude avisar a uno al que, cuando todo está muy mal, todos nombran Jesucristo el Rey del Mundo. Él me pudo librar y sacar del infierno en el que estaba viviendo.

Así, Bogotá nos recibió para empezar una nueva etapa de nuestra vida, con mucha dificultad y sin ayuda del Estado. Trabajando en lo que se pudiera, poco a poco pudimos superar todas aquellas tragedias de tiempos pasados. Así, el rancho —en el que amábamos vivir, a pesar de todo— quedó abandonado. Onzaga, Santander, sigue siendo un municipio más del que pocos saben.

# La bruja



Zhaira Giselle Artunduaga Camacho (8 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado segundo, J. M., IED OEA

Crea Castilla

En uno de los paseos de la bruja por la ciudad, llegó a la playa y encontró una cámara. Ella quería saber qué había debajo del agua, así que, con un hechizo, pudo ver las fotos del aparato. Una de ellas era una foto de un collar de perlas muy grande y bonito, otra foto mostraba una estatua de un hombre nadando, y otra foto era de unos caballitos de mar haciendo una carrera.

# Puede ocurrir

Lili García y Arturo Martínez (24 y 25 años)

Línea Impulso  
Crea La Campiña

Puede ocurrir que, en este preciso instante,  
el frío de la noche desaparezca,  
para dar paso al calor de mis cobijas,  
y la compañía de una bella historia.

Puede ocurrir que las cobijas  
no den el calor suficiente para el sueño,  
y que el sabor amargo de un café  
me transporte a nuevas latitudes.

Puede ocurrir  
que el refugio cálido y cotidiano,  
cualquier noche de helada,  
se congele y se destruya  
con el empujón rojizo del horizonte.

Puede ocurrir  
que el miedo pegajoso  
decida seguir de largo  
y no se aferre como las motas importunas.

Puede ocurrir  
que el camino se despeje,  
el suelo pare de temblar  
y la dicha al fin deje ver su rostro.

Puede ocurrir, también,  
que ese o este sea el día

en que se descubra el pincel,  
la hoja, el instrumento  
que nos trajo aquí.







# Sin título

Daiana Barrera (14 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado noveno, IED Ramón de Zubiría

Crea La Campiña

He tenido siempre la obsesión de maltratar o de que me maltraten. Me encanta sentir aquello, es una sensación muy llamativa. Mis padres me llevaron a varios psicólogos cuando era pequeña, pero todos ellos, cuando les conté sobre el tema, cómo me sentía y lo que pensaba, me veían de forma peculiar y pensaban que había sufrido algún trauma o tenía alguna enfermedad mental. Mis padres nunca quisieron aceptar eso, y yo, mucho menos. Lo que yo pensaba y pienso al respecto es que es algo normal, así como a ciertas personas les gustan los animales o cocinar. Es por ello que, en realidad, dejé de confiar en las personas.

Lo cierto es que he vivido mi vida como alguien normal. Aunque ciertamente soy normal, pero con una clase de pensamientos diferentes a los de los demás. Actualmente vivo sola, ejerciendo la carrera de fisioterapia y trabajando en una librería.

Me levanté como todos los días y me fui a la universidad, y, después de estudiar, fui a la librería. Todo iba normal, como siempre, hasta que ocurrió algo muy curioso para mí: a la librería entró un muchacho de aspecto físico muy lindo, a mi parecer: era alto y fornido, como si entrenara en el gimnasio, de piel morena, de ojos color café oscuro y cejas muy gruesas y perfectamente detalladas.

Cuando me di cuenta, estaba enfrente de mí.

— Buenas tardes, señorita. Quería preguntar si de casualidad tienen el libro *El psicoanalista*, de John Katzenbach.

Yo estaba pasmada y cegada por esa voz grave. La verdad es que no tenía ningún otro pensamiento que no fuera este muchacho que acababa de ver.

—Señorita, ¿se encuentra bien? Se ve como ida por algo...  
—continuó.

—Por supuesto que estoy bien. Dígame en qué le puedo colaborar.

—Eh... ¿Tienen el libro *El psicoanalista*, de John Katzenbach?

—Sí, claro. Ya se lo traigo.

Fui a buscar el libro, y mientras avanzaba, no podía creer lo cegada que había quedado por él, porque tenía todo lo que me gustaba, o, bueno, me acabo de enterar de que me gusta. Lo cierto es que nunca había tenido esa sensación de sentir atracción por alguien, porque lo único que había sentido en mi vida era el gusto de ver sufrir a alguien.

—Mira, este es el libro. Tiene un costo de 72000 pesos.  
¿Deseas llevarlo?

—Sí, por supuesto. Toma. Muchas gracias.

—Qué pena la pregunta: ¿cuál es tu nombre?

—Eh... Edwin.

No podía creer aquella sensación tan extraña por un desconocido de quien lo único que sabía es que se llamaba Edwin. Él me miraba de forma extraña, aunque tal vez solo fuera como me miraban los demás, que no aceptan mi forma de pensar y ver el mundo, porque no solo es ese deseo de maltratar, sino el disgusto por vivir en un mundo donde muchas cosas están mal, donde nuestros gobernantes se aprovechan de los más pobres, donde se maltrata a los animales, que no tienen forma de defenderse.

Pienso que en vez de hacer esto último, deberían maltratar a todas esas personas corrompidas que existen. Si en algún momento me pusieran a elegir entre salvar a un animal o a una persona, elegiría mil veces al animal.

Lo único que a veces me llena de consuelo es que la gente me mire y piense que estoy loca, y que en la sociedad a todos nos juzgarán por algo. A muchos los juzgan por su religión o por sus creencias, a otros, porque son revolucionarios; incluso, a muchas mujeres las juzgan por querer derrocar el patriarcado de la sociedad y, de alguna forma, crear igualdad, pero lo que pienso de todo esto... es que es una mierda.

Ahora, cuando abro los ojos y me doy cuenta de que, a simple vista, el día está muy lindo y ofrece expectativas... me digo que lo mejor que puedo hacer es ir a bañarme.

Más tarde, llegando a la universidad, veo a un tipo tratando de forma muy grosera a su novia, y me pregunto: “Ella, ¿qué hace con él?”. Entonces me entra ese dichoso deseo de verlo sufrir, de torturarlo y verlo gritar, de hacerlo sentir emocionalmente mal, como en este momento se siente ella; que sepa que no tiene ninguna clase de derecho sobre su novia.

Ahora, todas las personas saben que me causa satisfacción el dolor. Lo que no saben es que no ansío ver el dolor de todo el mundo, sino solo el dolor de los que actúan de forma incorrecta y no pagan nada por ello.

Cuando voy entrando a clase de Bioquímica veo una cara conocida. Es Edwin.

—Hola, ¿cómo estás? No me dijiste tu nombre —me dice.

—Hummm... Hola. Me llamo Alice.

—Qué lindo nombre. No pensé que estudiaras en mi misma universidad.

—Opino lo mismo. ¿Cómo te ha ido con el libro?

—Muy bien. Tiene una trama muy buena.

—Chicos, ya se pueden retirar.

—Adiós. Que te vaya bien.

—Igual.

No podía creer que él me hubiera hablado. Fue algo raro para mí, la verdad.

Luego, iba camino a la librería cuando me encontré a un señor gritando y pateando un perro. “¿Qué le pasa a ese hombre?”, me pregunté. “Debería respetar al perro: es un ser vivo como todos nosotros”. Me provocó maltratarlo a él de la misma forma: humillarlo y patearlo hasta dejarlo casi al borde de la muerte, sin nadie que lo pueda ayudar, muriendo lentamente de dolor.

Cuando llegué a la librería me encontré con que estaba Edwin, así que le pregunté:

—¿Qué haces acá? ¿Te puedo ayudar?

—Ehh... lo que pasa es que quería saber si cuando acabes acá podríamos salir a tomar algo. La verdad, me pareciste alguien a quien quisiera conocer.

No entendía lo que pasaba... ¿O sea que él quería salir conmigo?

—Pues sí, dale, no hay problema. Salgo a las siete.

Fue pasando el tiempo y, sin darme cuenta, ya eran las siete, y Edwin iba entrando.

—¿Vamos a comer algo? O ¿qué quieres hacer?

—Sí, dale —le respondí.

Salimos juntos y llegamos al restaurante, donde se podía apreciar un ambiente muy agradable. Sin embargo, no sabía cómo romper el hielo: no tenía ningún tema de conversación.

De pronto él me preguntó:

—¿Y siempre has vivido aquí?

—No, vivía en otro lugar, pero por la universidad me vine a vivir a Bogotá.

—Ah, qué bueno.

—¿Y tú?

—No, siempre he vivido aquí.

—Qué bueno. ¿Por qué me invitaste a salir?

—No sé, tal vez porque me pareces una chica muy linda.

—Gracias por el halago.

Todo transcurrió muy bien. Nos conocimos un poco y supe que le gustan los gatos y tiene dos; que le gustaría mucho viajar a Alemania y que, desde que tiene quince, ha entrenado (por eso el cuerpo tan lindo). Además, me dijo que tiene dos hermanas, las dos menores, entre muchos datos curiosos. Sin embargo, algo que me llamó la atención fue que en ningún momento nombró a sus padres, pero bueno, me pareció alguien con quien podría formar alguna clase de vínculo.

Llegando a casa me encontré con mi perturbador vecino Ángel, quien en verdad me cae muy mal, porque es una persona que tiene todo lo que no me gusta, y por lo que he visto, vive humillando a su esposa y no la deja trabajar. Incluso ha matado tres gatos que solían orinarse en su terraza, en sus plantas. Entiendo su disgusto, pero no es la forma de resolverlo, porque hay alternativas: pudo haber hablado con los dueños o algo parecido.

También tiene un perro, o bueno, ha tenido varios, pero los utiliza de mala forma y sé que los entrena para peleas callejeras,

así que al final siempre mueren, y por culpa de él, porque es demasiado inhumano, además de ser un hombre machista, sin ninguna clase de remordimiento por el maltrato animal, y de que gana dinero gracias a animales indefensos.

Este personaje una vez me amenazó con hacerle daño a mi gato: me dijo que si era de los que se metían a su terraza, tendría el mismo destino que los otros. Desde entonces trato de que Manchas no suba tanto, porque no me gustaría que lo mataran, pues lo tengo hace varios años y lo crie desde pequeño.

Transcurrieron los días y todo iba igual que siempre. Salí dos veces más con Edwin y lo conocí un poco más a fondo. Es una persona que vive el hoy y no trata de pensar mucho en el futuro, porque dice que en cualquier momento alguna dificultad podría interferir o hacerle cambiar sus planes. También le gusta la naturaleza y, de forma muy llamativa, busca no contaminar y reciclar lo más que pueda. Incluso me ha contado que ha plantado algunos árboles. La verdad es que siento un gusto muy grande por él, pero yo no he sido del todo sincera, y tengo muchas cosas sobre mí muy guardadas en el fondo, las cuales sé que a ninguna persona le gustarían.

Cuando llegué a casa e iba a alimentar a Manchas, me di cuenta de que no estaba. Se me hizo extraño, porque la mayoría de las veces está en el apartamento, pues sale muy poco. Lo cierto es que no le presté mucha atención y me acosté a dormir. Al día siguiente, cuando me levanté, Manchas seguía sin llegar, así que salí a comprar lo de mi desayuno y, de paso, a mirar si estaba por ahí, pero al abrir la puerta me encontré con una escena muy triste y desagradable: Manchas estaba tirado en el suelo, como si estuviera dormido, pero no hacía ningún tipo de movimiento. Lo levanté y lo llevé a la veterinaria; lastimosamente para mí, había muerto envenenado.

Esto me causó un daño terrible, porque lo quise muchísimo. Entonces, después de haber llorado con la veterinaria por los detalles sobre la muerte de mi gato, me devolví a casa. Cuando iba entrando encontré una nota que decía: “Le dije que no quería ver a ese gato en mi casa”. En ese momento supe quién había causado la muerte de Manchas. Furiosa, me prometí que haría sufrir a ese hombre.

Sabía que él era una persona que se iba a dejar seducir fácilmente. Justamente me lo encontré en la noche y le dije:

—Hola vecino, ¿no le gustaría venir esta noche para aclarar algunos temas?

—No tengo que aclarar ninguna clase de temas con usted —me respondió.

En ese momento supe que él sabía que hablaba sobre mi gato, así que decidí ofrecérmelo de forma muy directa. Entonces me destapé el escote, lo miré a los ojos y luego a la boca, y me mordí el labio.

—No hablo de lo que tú crees, solo creía que podríamos charlar y ver que más sucede. ¿Seguro que quieres desaprovechar esta oportunidad?

Él me miró con su cara de cerdo y pervertido, luego me agarró de la cintura y me dijo:

—Abre esa puerta y haremos todo lo que quieras.

Al entrar le ofrecí una copa de vino, y él se lo empezó a tomar, pues no sabía que contenía un calmante que lo debilitaría hasta dejarlo dormido por una hora o menos. Como, mientras terminaba de tomarse el vino, tenía que seguirle la corriente, lo besé. Sentí un asco muy profundo. Minutos después lo vi muy débil, así que empecé a proceder con mi tortura: lo llevé hacia una cama que tenía en el sótano, y lo amarré. Lo dejé así mientras recuperaba la conciencia. Cuanto despertó, quedó muy sorprendido y me dijo:

—¿Qué está pasando aquí?

—Te arrepentirás de haber envenenado a mi gato y de haber hecho sufrir a todos esos animales —le respondí.

—¿Qué le pasa? Está loca, no es capaz de hacer nada, suélteme más bien.

—¿Seguro...?

En ese momento procedí y le quité la primera uña del pie. Él pegó un grito que me dio satisfacción, así que seguí con los otros dedos, uno por uno.

—¿Qué le pasa? Suélteme, solo era un gato...

No le dirigí la palabra. Para mí era más que un gato, así que sin ningún cargo de conciencia le quité dos dedos del pie, mientras veía como sangraba y gritaba de dolor. En medio de

ello por fin me sentí feliz. Eso era lo que me gustaba y lo que siempre había querido hacer.

Luego empecé a golpearle la planta de los pies con una vara, varias veces, viendo cómo se arqueaba del dolor. Decidí dejarlo respirar un minuto, mientras prendía un cigarro. Luego se lo inserté en una fosa nasal, donde lo dejé un buen rato. Después lo quité y esparcí pimienta en la herida, para causarle más dolor. Acto seguido continué quitándole las uñas de las manos.

(Continuará...).

# Lo que hace la vida seduciendo a un taxista

Laura Muñoz (22 años)

Línea Converge

Casa de la Juventud Antonio Nariño

Crea Inglés

No sé la hora ni el día, pero no fue de noche, porque mi papá de noche no saca el taxi. Él apenas está incursionando en este oficio, así que le da miedo.

El caso es que mi papá, un creyente, casado por veintialgo de años y conocido por muchos como *don Carlitos*, no *don Carlos* o *Carlos*, salió a trabajar en el taxi, al que apodamos *Pequeñín*, porque es pequeño.

Cuando estaba en su recorrido, un muchacho le hizo la parada. No era tan muchacho, porque parecía de treinta, pero hay que tener en cuenta que todos son “muchachos” para alguien de más de cincuenta. Entonces, mi papá describió al hombre como simpático, tanto físicamente como por su personalidad tan accesible, y dijo que, por la pinta, podría tratarse del dueño de un local o un ejecutivo.

Este se subió y lo saludó:

— ¿Qué tal?, ¿cómo está?

Y de una quedó claro que era costeño — eso dice mi papá, pero es malo con los acentos. La verdad es que hasta santandereano podría ser—. Lo cierto es que el señor era simpático. En la conversación que tuvieron, el hombre se quejaba de lo mal que le había ido en las relaciones. Para mí, y para cualquiera que conociera a don Carlitos, no era difícil imaginar cómo le llevaba la idea, haciéndolo sentir escuchado.

De hecho, lo escuchó con tanta atención que hasta se le grabaron partecitas, como que todos solo buscan vivir el

momento, y que él, aunque buscaba algo serio, opinaba que lo hermoso del amor es vivirlo; y bueno, luego pasó a mencionar que el amor, el deseo sexual y la atracción son como los colores: muchos, amplios, diversos, hermosos, infinitos, diferentes... Ahí el joven, argumentando más su lógica, le dijo que uno debe permitirse sentir, y se aventuró a preguntarle a mi papá qué sentiría si le tocara un hombro, la mano... —nótese cómo va subiendo el rigor—, el mentón o... el pene. Le dijo:

—¿Usted qué sentiría?, ¿qué pensaría?

—No, pues no me gustaría, no sentiría nada, porque me gustan... pues sí, las mujeres —le respondió mi papá con un titubeo —eso imagino— delicioso, y que por lo mismo lamento no haber presenciado. Haciendo un último intento, el pasajero le dijo que se permitiera sentir, que tenía ojos bonitos y que a él le gustaban así, ya señores, y hasta lo empezó a llamar por el nombre. La cosa terminó en que, ante las negativas titubeantes, incómodas y respetuosas de mi papá, el señor simpático y evidentemente gay, no solo por lo relatado, sino porque así se describió, le dijo que lo que pasaba era que no se permitía explorar, y con la misma decepción con que le pidió que parara, le pagó y se bajó.

# El reloj



Daniela Rojas Bernal (9 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado segundo, J. M., IED OEA

Crea Castilla

Había una vez una joven que quería volar. Hizo muchos inventos para lograrlo, pero siempre falló.

La mamá le dijo:

—Vamos a la playa para que descanses.

Y fueron las dos a la playa. Mientras estaba caminando empezó a pensar en sus inventos, hasta que encontró una cámara, la recogió y luego esta se convirtió en un reloj que le permitió volar.

Parecía algo increíble, pero era verdad. Voló hasta que ella comenzó a extrañar a sus seres queridos. Después se quitó el reloj y se fueron a la casa las dos, y entendió que ya no necesitaba hacer sus inventos para volar, porque se podía movilizar con sus piernas.

# La nueva aventura de Melany

María Fernanda Fonseca Sanabria (8 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado segundo, J. M, IED OEA

Crea Castilla

Melany se encontró una cámara. No sabía qué hacer con ella, así que se tomó una foto y se emocionó por ello. Luego se fue a tomar muchas fotos, prácticamente a todo lo que tenía a su alrededor, a sus papás, a los árboles...

Después Melany corrió y corrió hasta el mar, a seguir tomando fotos, y se sorprendió porque con esa cámara podía tomar fotos también debajo del agua.

Sorprendida y muy emocionada, tomó miles de fotos a los peces y también a una hermosa sirena.



# El elefante, el gato, el león y la niña

Emily Estefanía Devia Gómez (8 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado segundo, J. M., IED OEA

Crea Castilla

Una niña se encontró tres animales: un elefante, un gato y un león. Los cuatro se fueron al parque y se divirtieron mucho. Luego fueron a la casa, durmieron, y al siguiente día, los animales se tenían que ir. Entonces la niña les preguntó si podía ir con ellos, y le respondieron que sí, y juntos se fueron.

# Desovillando el ayer



Yolanda Camacho (69 años)

Línea Impulso

Colectivo Dato Escondido

Crea Villemar

Sentada e inquieta, frente a la ventana, una tarde recordaba hechos ya pasados, y en lo más profundo de la memoria fui atrapando aquellos lugares, olores, sabores y sonidos ya lejanos...

En el antejardín de mi casa siempre hay aroma de primavera, margaritas, rosas, gladiolos, jazmines, claveles y dalias, todas ellas fundidas en un embriagador perfume, sobre las cuales danzaban alegres y multicolores mariposas, y en medio de ellas la hermosa María Auxiliadora, rodeada por dos enormes palmeras que albergaban en su frondoso follaje, nidos de pájaros, que cada despertar del alba daban la bienvenida al nuevo día, con sus trinos que invitaban a saltar de la cama para ir al colegio con enorme alegría.

Había un gran concierto con el canto de los gallos, el cacareo y el cloquear de las gallinas, el ladrido de Tony, el perro pastor, fiel guardián en ausencia de mis padres, el graznar de los patos corriendo presurosos al llamado del río, pero que en realidad era una limpia zanja o vallado, como le decía la señora que ayudaba en la lavada a mi madre. Era un cristal que bordeaba mi acogedor hogar, donde se escuchaba de cuando en cuando el croar de las ranas, saltando alegremente al túnel refugio de juegos y de sueños donde, acurrucados con mi inseparable hermano, y habiendo llevado a rastras a la bebé, mi hermanita, envuelta en un montón de cobijas, escuchábamos sobre nosotros el estrepitoso ruido de carros, buses y camiones que, aceleradamente y haciendo estremecer la tierra, pasaban por el polvoriento, pero acogedor pueblo.

Aflora también en mi mente el olor que despedía la cocina, sitio de reunión en las frías pero calurosas noches familiares, donde degustábamos las delicias que las manos laboriosas de mi madre hacían, con aquel harinoso fruto, proveniente de nuestros ancestros indígenas, el maíz: arepas, envueltos, mazamorra, coladas y hasta aquella bebida embriagante, la chicha, censurada de apariencia por las autoridades.

Además, el exquisito arequipe, acompañado del agridulce de mora y adornado con ponche, obtenido de la clara de huevo batida, y que parecía una corona de algodón, formaban el famoso “matrimonio”, para algunas fechas especiales como Semana Santa y Navidad, junto con el exquisito e inigualable mute boyacense, que era cocinado durante quince horas, y cuyos ingredientes eran mazorca tierna, pata y mano de res, chozuela, fríjoles y ahuyama, y se servía con cilantro y cebollita picada. Los succulentos asados, con carne, chunchullo, plátano, mazorca, papa salada, el ají con aguacate y el refajo, que nunca podía faltar cada primero de enero.

Las deliciosas e incomparables tortas o mantecadas, hechas con mantequilla y elaboradas en casa con la nata extraída de la cremosa leche de cantina, comprada donde doña Lucrecia, y que día a día mi madre extraía, soñando con la celebración de cada uno de los cumpleaños de sus seis hijos, frutos del enorme amor que se profesaban mis padres.

La cocina —¡que maravilloso lugar!—, en donde, aparte de las exquisiteces culinarias, llegan a mis oídos las cálidas voces de mis abuelas, mis tías y mis padres, contando aquellas fascinantes historias, cuentos, leyendas del pasado y de esta hermosa tierra colombiana, relatos con los cuales viajamos imaginariamente a sitios desconocidos, que nos hacían reír y temblar de miedo algunas veces. Cuando la historia llegaba a su clímax, alguien timbraba o se acordaba de algo que alguno de los mayores se había olvidado, y nos enviaban a los pequeños a traerlo. Yo corría como si aquellos fantasmas, espíritus o monstruos de las historias me fueran a atrapar; luego me acomodaba en el centro, buscando protección... je, je, je, je. Lo cierto es que eran divertidas aquellas reuniones celebradas en torno a las voces de los mayores.

También recuerdo el sabor de la “pega” comprada en la microempresa de arequipe de la familia Velandia, también llamados cariñosamente *los Pega*, y que hacían el séptimo día de la semana, el día de descanso, que siempre estaban acompañados del ding, dong, dang del carro de helados que llegaba al pueblo, ese y único día de la semana, refrescantes y cremosos conos que mi padre folclóricamente compraba y descontaba de los veinte centavos que nos daba para el descanso dominguero, y nosotros los degustábamos en un abrir y cerrar de ojos, yendo rumbo al catecismo, actividad que se realizaba para las niñas en el colegio de las religiosas, donde alegrábamos la tarde con cantos celestiales, en latín, español y hasta francés, para finalizar asistiendo al lugar donde los seminaristas se reunían con los niños: el oratorio, colindante con nuestra hermosa iglesia. Allí asistíamos niños, niñas, religiosas, seminaristas y sacerdotes a la película, que se proyectaba como premio al juicioso aprendizaje de las oraciones y relatos bíblicos.

Las semanas transcurrían yendo a la escuela de lunes a viernes, todo el día, comenzando muy temprano, con el tañer de las campanas que llamaban a misa cada mañana (aunque el domingo se diferenciaba por sonar tres veces). Mientras tanto, mi padre prendía la radio, a las cinco de la mañana, donde se escuchaba la voz de don Efrén Yepes Lalinde, en Radio Santa Fe, teniendo de fondo la melodía *Esperanza*, quien anunciaba: “Al que madruga, Dios le ayuda”, frase que siempre, a las 6:45, hora de irse a estudiar, iba acompañada de una marcha marinera y una frase de saludo para la Flota Mercante Grancolombiana que decía: “Marineros de Colombia, buen viento y buena mar”.

Por otro lado, estaba la voz de mis maestras, Leticia, Nelsa, Rosita y Delia, quienes, durante cinco años, gustosas me impartieron sus enseñanzas, con las cuales gocé en las tardes deportivas de los viernes, que siempre estaban acompañadas de las rubias, dulces, esponjosas y de sin igual aroma melcochas, elaboradas por sus afanosas manos, y que luego eran repartidas entre todas sus alumnas, labor que muchas de nosotras aprendimos.

El woouuu... woouuu... woouuu... chucu-chucu-chucuchá, con saludo y despedida del tren, cerca de la escuela, que pasaba a diferentes horas del día —las nueve de la mañana, el mediodía, las tres y las cinco de la tarde—, del que se apeaban,

en un ir y venir, personas de las poblaciones vecinas y lejanas. De igual forma, era también todo un espectáculo ver un día por semana el Expreso del Sol, que cantaba alegremente y albergaba en sus entrañas a paseantes con rumbo a Santa Marta, ciudad a orillas del Caribe, a la cual soñé que viajaba con mis padres y mis hermanos.

También se desprende del ovillo, así como el olor de la hierba rodando por el suelo, cada vez que jugaba con mi hermano, al que cariñosamente llamaba Luistanque. Además, frente a la casa, recuerdo un hermoso prado, o cuando íbamos de paseo a los cerros circundantes, donde era todo un deleite: el aroma y el sabor de los higos, tunas, frutos de aquellos cautos que nacían fuertes, vigorosos, en las arenosas laderas, además de las uchuvras, duraznos y cerezas encontradas al borde del camino, así como el mugir de las vacas, el bramar de los toros de casta y el olor a boñiga en las verdes praderas de las fincas circundantes. También estaba el trotar de los caballos, montados por desconocidos jinetes, guapos gitanos que una vez al año llegaban al pueblo para engalanar con sus coloridas carpas y esbeltas mujeres, las gitanas que presagiaban el futuro leyendo la mano de los confiados y soñadores pobladores.

A mi recuerdo llega el sabor de la leche que mi madre extraía cada mañana del manantial inagotable de la vaca Muñeca, y que me remonta al inigualable sabor de la leche materna, semiazucarada, suave y refrescante, que fue un deleite saborearla cada vez que nació uno de mis hermanos. Cabe aclarar que somos seis, con quienes compartí mi tierna infancia muy feliz.

Circundando el sitio de ordeño, recuerdo con asombro cómo se encontraban aquellas llamativas y espigadas flores cuyos pétalos rojos, parecidos al papel seda, cubrían una verde carita que tenía encima una flecada cabellera. Con ellas elaboraba preciosos y fantásticos personajes africanos, pinchándolas con un delgado y puntiagudo palito; también aparecían los ojos, la nariz y la boca, acompañados de una lágrima lechosa, inocente en ese entonces. Hoy, con angustia veo que esa inocencia se ha transformado en un monstruo que azota el mundo: la heroína, droga que acabó con la tranquilidad de mi amada Colombia.

Hoy, esas hermosas flores, las amapolas, no cercan los jardines  
y, por si fuera poco, es llevado preso quien las tenga.

Olvidados	Lindos	Silenciosos	Sonoros
Lejanos	Únicos	Aromáticos	Orquestales
Oportunos	Geniales	Burbujeantes	Nítidos
Recordados	Amorosos	Olfativos	Intrépidos
Extrañados	Recreativos	Refulgentes	Distantes
Soñados	Extasiados	Exquisitos	Ondulantes
Sublimes	Sensitivos	Susurrantes	

Todos los recuerdos vuelven a la madeja para ser guardados en el cajoncito del ayer.

*Yolanda, desde una ventana, al mundo y a los sueños.*

# Canción colectiva de rap

Grupo Faimy B. G.  
Línea Converge  
Fundación Mamá Yolanda  
Crea Las Delicias

## **Reexistiendo Guerra de paz**

Cogí una salida exagerada para mí,  
tuve malas mañas y acabé con mi vivir.

Es mi vida una manía,  
o es el odio de los días,  
que me ahogan y me dominan,  
y siento mucha ira.

Mi vida es una manía:  
cada día que se respira,  
la verdad me siento un poco loco.  
Ya no sé ni qué hacer,  
ya no me puedo ni defender,  
porque ya nadie quiere,  
y por eso lloro.

Vida,  
me fui a tomar una bebida.  
Me cayó la parca y emprendí la huida.  
Pensé en una sola salida,  
y era camino en contravía.

Una persona puede soltar,  
la vida con emociones atrapar,  
pero nuestra vida debe inspirar  
todo lo que nos pueda hacer soñar.

Cuando camino en el cemento,  
Cuando te vi me puse contento,  
pero al hablarte perdí el aliento.

Caminando por el cemento,  
con mi *flow* violento,  
que se expande con el viento.  
Buena energía en mi pensamiento.

Yo vengo de Venezuela,  
pero no estoy contento,  
porque me quitaron todo:  
la salud y el alimento.

En el albergue encontré mucha gente,  
que me intentó hacer muy rebelde,  
pero no tuve miedo y me les paré de frente,  
y al cliente le saqué un diente.  
Entendí que el rencor no vale la pena,  
por llevar una vida aventurera:  
es mi alma la que se envenena.  
He perdido la cordura plena.

(Coro)

Qué se siente ser valiente  
ante la mirada de la gente.  
Qué se siente ser más fuerte:

aunque haya enfrentado al león,  
le rompí los dientes.

Qué se siente ser valiente  
en la oscuridad.  
Qué se siente ser más fuerte  
en la soledad.  
(bis)

# Solo unas distracciones

(Fragmento de novela)



Nicolás Muñoz (24 años)

Línea Converge

Casa de la Juventud Antonio Nariño

Crea Inglés

Era comienzos de año. Aquellos momentos bellos y felices en los que conoces cómo va a ser tu año escolar. Y esta no era la excepción para los muchachos, quienes, para ese momento, ya llevaban dos semanas de escuela en octavo grado.

—¿Y tú crees en la astrología? —Milán le preguntó a Valentina, en espera de una respuesta.

—Los astros son astros, pero más allá de eso, no hay pruebas de que afecten aspectos de nuestra vida —se apresuró Valentina a responder con velocidad.

—Frank, el nuevo, no se ve tan mal. ¿Ustedes qué piensan? —Aunque no era totalmente nuevo para él, pues lo había visto besándose con su amiga, y no quería arruinar la experiencia.

—No... no está mal... —Y aunque parecía tranquila, cualquiera notaba que había algo extraño.

—Y la suerte, ¿no creen que la suerte es algo especial? —En el fondo, Karol le hablaba a David.

—No es nada real. Si tiras un dado, algo te tendrá que salir, y eso es la suerte, y nada más. —David estaba mirando algo en su cuaderno.

Al final de la jornada escolar se encontraron Sebastián, Milán y Julián.

—Oigan, ¿quieren ir a comer algo? —Milán aprovechó la oportunidad.

—Claro que sí —se apresuró a responder Julián apenas lo oyó.

—Vamos a Calor Mañanero. ¿Qué les parece? —A Sebastián le encantaba ese lugar.

—Entonces nos vamos —dijo Julián, empezando a caminar.

Aunque la velocidad de caminata a la que iban era lenta y tranquila, el trayecto se sintió como algo rápido.

—Una empanada de carne sin arroz, por favor —Milán se estaba acomodando en la silla.

—Una empanada de carne con arroz, por favor —Julián enfatizó la palabra *con*.

—Una empanada de pollo, por favor —Sebastián estaba mirando un arbusto cercano.

—Y ¿cómo va Valentina con Frank? ¿Le contaron a ella o a él que vieron lo que pasó, desde el techo de la casa de David? —Julián no podía contenerse para preguntar.

—No, la verdad es que no le dijimos, ni le vamos a decir, pues así será mejor. Sé lo suficiente como para estar seguro de eso. —Sebastián miró directamente a Julián a los ojos cuando respondió.

—Esperar a que ella nos lo diga, o a que él nos diga..., una de dos —complementó Milán.

Cuando terminaron de hablar y de comerse las empanadas, se levantaron, pagaron y salieron del lugar.

—Oigan, ¿y si vamos al árbol de la sabiduría, ya saben, para quemar estas calorías? —propuso Sebastián con un tono de emoción.

—La naturaleza es natural, ¡vamos! —Ahora el tono de emoción lo tenía Milán.

Cuando llegaron, se recostaron en el pasto mirando las nubes, relajados y pensativos. Se la pasaron así por algo más de veinte minutos, hasta que una ardilla pasó corriendo, llevando un maní, lo que interrumpió su paz.

—Hablando sobre correr, ¿y si hacemos una carrera para ver quién es capaz de darle la vuelta más rápido al bosque? —La ardilla ya había desaparecido de la vista de los tres cuando Julián dijo esto.

—Yo la modero: no soy muy veloz. Voy a verificar quién llega primero —dijo Milán cuando apenas Julián terminó de hablar.

Los tres se pararon, y Julián y Sebastián se pusieron en posición de salida, mientras Milán hacía una pequeña línea en el suelo, a modo de línea de meta. La carrera era sencilla: los dos participantes tenían que correr en un círculo alrededor del punto central, que era el árbol, y había que estar al menos a dos kilómetros de distancia del este. El primero que volviese a pasar por la línea marcada que había hecho Milán sería considerado el más rápido.

—En sus marcas..., listos..., ¡Fuera! —grito Milán lo más fuerte que pudo, mientras Julián y Sebastián dejaban solo polvo a su paso. Dada la naturaleza del bosque, había muchos obstáculos y muchos caminos que se podían tomar. Por esto, los dos corredores se separaron antes de siquiera correr cien metros.

“Muy bien, mis conocimientos son suficientes: llegaré allí más rápido de lo que canta un gallo”, pensaba Sebastián mirando a todos lados. “Solo debo ir por aquí... No, es por aquí... ¿o por acá? No estoy seguro”. Entonces se detuvo y se dedicó solo a mirar. “Creo que me perdí”. Entonces se puso a observar las ramas y las hojas que había en el piso. “¿Y ahora qué hago? No sé adónde hay que ir. Podría empezar a correr hacia una dirección muy rápido, pero correría el riesgo de ir en la dirección equivocada. Por el contrario, podría empezar a estudiar el lugar para descubrir hacia qué dirección hay que ir, pero haciendo eso perdería tiempo, y tal vez no ganaría la carrera. El árbol está muy lejos, así que no tengo un punto de referencia. Lo único que me queda es moverme por estos lugares para ver si encuentro algo útil”.

Sebastián había andado por muy poco tiempo, cuando se encontró un cartel que decía “No molestar” clavado en el suelo con una estaca.

“Debe haber alguien por aquí, dado que se encuentra este cartel. Si logro encontrar a ese alguien, podría preguntarle la dirección del árbol, y así guiarme para ganar”, pensó ágilmente Sebastián mientras pasaba cerca del cartel.

Lo que encontró a unos pocos pasos fue nada más y nada menos que a Frank, quien estaba medio dormido y tenía algo que parecía una hoja de papel debajo de él. Estaba recostado en un árbol...

“Mejor lo despierto suavemente, le pido que me dé indicaciones y lo dejo”. Apenas terminó de decir esto, le puso una mano en el hombro y empezó por decir su nombre:

— Frank..., Fraaank..., ¡Frank! — Finalmente se despertó de su no muy profunda siesta.

— ¿Eh? ¡Sebastián! Me alegra verte por aquí. ¿Qué te trae por estos lugares? — A pesar de haber sido despertado arbitrariamente, estaba feliz de encontrarse con Sebastián.

— Estoy en una carrera con Julián, que consiste en darle la vuelta al parque. ¿Me puedes decir hacia dónde está el árbol de la sabiduría, para así guiarme y saber hacia dónde debo ir?

— Claro, el árbol está hacia allá — señaló hacia su izquierda —, así que debes correr así — y esta vez con el brazo hizo un círculo alrededor de la dirección donde estaba el árbol.

— Muchas gracias, Frank, y ahora, si me disculpas, me voy a correr para no perder.

Sebastián dio un paso, pero fue detenido por la voz de Frank:

— ¡Espera! — Frank estiró la mano en la que tenía el pedazo de papel que estaba debajo de él, y que era, en realidad, una carta escrita en ese mismo lugar—. Toma esto y lléveselo a Valentina, por favor, y no lo abras, por favor: son asuntos que solo nos involucran a mí y a Valentina.

— Se la entregaré y prometo que no la leeré. ¡Adiós! — Sebastián se fue mirando a Frank, que poco a poco desaparecía.

— ¡Adiós! — le respondió Frank, aunque Sebastián no lo oyó, pues ya había salido a correr.

“Es obvio de lo que trata esta carta, pero no la leeré: se lo prometí. Además, sé que son novios; no tengo que verificar algo que ya sé”, pensaba Sebastián mientras corría hacia la línea de meta.

Julián, que era bastante atlético, empezó a correr, y su velocidad natural era más rápida que la velocidad natural de Sebastián. Por esto, Julián estaba confiado y sabía que no tenía que esforzarse mucho para ganar.

“Esto sí que va a ser fácil”, pensaba Julián mientras dirigía la mirada hacia el frente. “Ya verán que soy el más rápido”.

Julián corrió, corrió y corrió, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo, pues se encontró con un árbol que tenía un mensaje escrito con marcador en la copa. Dado que el árbol era más alto que los que lo rodeaban, y que el sol no brillaba mucho ese día, era imposible ver lo que decía allí sin subir a la copa del árbol.

“Creo que puedo tomarme un tiempo para intentar ver lo que dice allí. Si está escrito en la copa, es porque debe ser algo importante, ¿no?”. Julián estaba mirando las hojas del árbol y pensando una forma de subir. “Intentaré subir por las ramas”, se decía. Lo intentó, pero la suerte no estaba de su lado, dado que no había ramas lo suficientemente cerca del piso como para subir a ellas.

“¡Demonios!”, expresó Julián. “¿Y ahora qué puedo hacer? Debo encontrar una manera de llegar a alguna rama”. Esto demostraba que estaba verdaderamente decidido a subir allí para leer el mensaje escrito.

Mientras Julián pensaba, fue interrumpido por una voz familiar:

— Julián, ¿cómo estás? — dijo la voz acercándose a Julián.

— ¿Frank? ¡Cómo estás! — Julián estaba sorprendido.

— Bien, ¿y tú?

— Estoy bien también, y qué bueno que te encuentre aquí, pues necesito tu ayuda. Quiero llegar a la copa de este árbol, y para eso debo alcanzar alguna rama, pero eso es imposible, porque no hay una rama cercana al suelo. ¿Me podrías ayudar a llegar allí, y rápido? Estoy en una carrera con alguien — Julián lo dijo todo de manera muy breve.

— Estás corriendo con Sebastián, ¿no? Me lo encontré a él también hace poco.

“Eso significa que está más adelante que yo”, pensó Julián un poco preocupado por perder.

— Entonces, sube a mis hombros y te ayudo — dijo Frank acercándose al árbol y acomodándose para que Julián subiese a él.

— Eso es — Julián se subió a los hombros de Frank para luego saltar y llegar a una de las ramas del árbol.

— Al fin puedo ver lo que dice ahí — Aunque no lo pareciese, Julián estaba emocionado—. Vamos a ver. Dice:

“¡Felicidades! ¡Eres muy habilidoso como para llegar a leer esto! ¡Sigue así!”. ¡¿Qué?! ¿Hice todo esto y me retrasé en la carrera solo para leer algo tan simple? —Julián estaba molesto y a la vez halagado, pues supuso que al menos alguien reconocía el esfuerzo de alguien atlético. Luego bajó rápidamente de allí.

— ¡Adiós, Frank! — se despidió Julián preparado para salir a correr.

— Adiós y que tengas lindo día — le respondió Frank.

Luego de lo que pasó, Julián salió corriendo hacia la línea de meta, pues para él, perder no era una opción, y ya había gastado suficiente tiempo con ese árbol.

“Apuesto a que Julián llega primero: ese chico sí que es rápido”, pensaba Milán, quien se había recostado en el suelo otra vez y esperaba a que Julián o Sebastián pasasen por la línea de meta. Sin embargo, esto no pasaba por alguna razón.

“Debe de ser que se han cansado, o que justamente a los dos les ha pasado algo”, pensaba Milán mientras descansaba. “Siendo ese el caso, creo que puedo pasear un poco por estos lugares”. Entonces Milán se paró, deteniendo su descanso, y empezó a caminar. Estaba relajado, hasta que un extraño ruido, como de metales chocando, lo intrigó.

“¿De dónde vendrá ese ruido? Eso no es normal. Lo mejor es que lo siga, y así me quito la duda de la cabeza”. Milán se empezó a acercar lentamente al ruido, hasta llegar a un lugar con muchas ramas rotas y rocas pequeñas, por el que era muy fácil caminar. “¿De dónde habrá venido ese ruido? ¿Y esto?”, se dijo mirando al suelo, pues había visto unas ramas más grandes que las otras, que llevaban a un lugar lejano. Luego, cuando Milán se acercó un poco al lugar, vio una silueta negra, que se desvaneció rápidamente, pues salió a correr...

“¿Eh? Esto es cada vez más extraño. Debí haber sorprendido a la persona que estaba allí. Voy a donde estaba, a ver si encuentro algo interesante”. Sin embargo, cuando llegó al lugar, hubo más intriga que respuestas: “¿Y esto qué es? Parece una tabla. En ella hay algo con forma de estrella y tiene el dibujo de una gota de agua. ¿Qué habrá sido esa silueta y por qué no se habrá llevado esto?”. Milán empezó a mirar al cielo y dijo:

“Mejor me lo llevo y me devuelvo a la línea de meta, para así asegurarme de ver quién ganó”.

Milán volvió a la línea de meta justo a tiempo para ver cómo, no tan sorprendentemente, Julián llegaba primero, y, no mucho después, Sebastián pasaba por la línea de meta. Milán les preguntó:

— ¿Por qué se tardaron tanto?

— Me perdí — dijo Sebastián de manera simple y neutra.

— Tuve... percances — dijo Julián de manera lenta y entonada.

— Bueno, queda claro que eres el mejor. — Sebastián, reconociendo que había perdido, le ofreció la mano a Julián.

— ¡Gran carrera! — Julián amablemente aceptó la mano de Sebastián. Los dos se dieron la mano y empezaron a caminar para llegar a sus respectivas casas, pues tenían tareas que hacer.

“¿Qué será aquello...? ¿Será que le doy mucha importancia?”, pensaba Milán sobre el extraño trozo de madera que encontró. “Lo investigaré, para así saber qué es cuando se lo muestre a alguien”.

De esa manera, la travesía de ese día había terminado, ¡pero aún quedaban más días por vivir!, y uno nunca sabe lo que le puede pasarle a uno en la escuela.

# La bailarina cósmica

Yamid Hurtado (46 años)

Línea Converge

Crea La Pepita

En la isla de la fantasía, la bailarina cósmica da un paseo con su marmota mecánica. Las acompaña el sol. Ella va con sus anhelos a cuestas. Está a punto de abordar la nave de los sueños y embarcarse en una aventura sin límites hacia el mundo de la historia sin fin.

# Semilla colectiva

## Primer antidecálogo sumerceísta



Creación colectiva (13 a 25 años): Salomé Quintero, Mila Libertad, Daniel Coronado, Isis Daniela Sánchez, Óscar David Forero, Yuliana Camila Galvis, Lorena Díaz, Juan Camilo Osma, Paula Contreras, Óscar Javier Castañeda Parra.

Impulso Colectivo  
Crea La Campiña

### Sumercé. Términos y condiciones (Parte 1)

- El/la sumerceísta será semilla.
- Evitará hacer un decálogo para escritores(as) sumerceístas, y si lo intenta hacer, trabajará con entrega y pasión para fracasar en grande.
- Confiará en la pluma, confiará en la tinta, confiará en ese pensamiento liberador.
- Sentirá desde las tripas las letras para vomitar pura poesía.
- Sentirá diarrea mental y dejará salir todo por las manos.
- Escribirá, no con el propósito banal de poner letras sobre una hoja en blanco, sino con el fin de plasmar los sentires que la/lo transportan.
- La Susurradora de Poesía será cómplice de su viaje (máquina para detonar poesía [software]).
- Será llevado(a) de la mano por lo misterioso de la muerte, o si no, ella poseerá su alma.
- Escribirá sin miedo a la censura pasajera y con la fe puesta en detonar a sus lectores.
- Arderá constantemente en sus propias palabras.
- Su egoteca personal será de público conocimiento para poder preguntarle, refutarla/o y aclamarlo/a con claridad.

Además, se le podrán hacer bromas de alto calibre y sabrá siempre que, de la poesía y de la risa, es difícil salir bien librado.

- La pandemia será su fiel amante y su primera asesina.
- Deberá, de todas formas, ser un(a) lector(a) recurrente de la vida, de sus pares, de su tiempo y su contexto. Incluso leerá los ingredientes de una crema dental impresos al revés de su envoltura. Eso no será tema recurrente en los encuentros poéticos, pero identificará con mayor precisión sus propias contraindicaciones.
- Amará.
- Les escribirá a los miedos, los desgarros, a los pesares, al sentir y al amor; así ellos se asustarán.
- O al escribirles, ellos la/o asustarán.
- Aquí, en el sumerceísmo, rodará todo, dentro y fuera del cuerpo. Sumercé rodará y se moverá. Pondrá a rodar la palabra, y su cuerpo será una bici ruedas arriba.
- Se dejará llevar por el viento de la escritura.
- Al leer, imaginará; al escribir se preocupará por las deudas, pues el amor se encuentra ahí.
- Hilará cada letra para que surjan tejidos de palabras en tomsa, espiral, espiral y espiral de sentires.
- La escritura es un instrumento social, por lo que una de sus funciones es hacer conscientes a sus lectores de su propia libertad. Por ello, se deberá dudar de todo: de los contextos, de las reglas y hasta de sumercé mismo, pero no en pro de apuñalarse el alma, sino para buscar la verdad dentro de sí, como lo haría un navegante con su catalejo.
- Se sentirá extasiado por escribir cada palabra, pero tan hambriento como para componer todo un párrafo.
- Nunca será lo suficientemente buen poeta como para que le rindan pleitesía, o como para que merezca ser leído al mundo.
- Llamará a sus linajes desde pquyquy (pqueque): corazón, pensamiento y valentía; porque pa' escribir se conectará con la tierra y su historia.
- En cada frase, palabra y letra habrá un ritmo y un sonido. En cada poema, libro o cuento habrá una canción.

- Todos los cuerpos de sumercé serán parte indispensable y colaboradores de cada texto.
- El inconformismo constante evocará la revolución de la palabra. El amor como engranaje motivará nuestras luchas.
- Parirá con placer. Cada vez que escriba será un acto de crear vidas. Parirá siempre en esta pocilga.
- O sin placer, solo porque toca, o el feto de la poesía en sus vientres convulsionará.
- El lápiz, la hoja, la guitarra y el artista serán sumerceístas.
- Endulzará la palabra siempre con chicha.
- Y como con el vino, el chirrinchi, la polanski y el guaroski, echará chisme cada que escriba. ¡Brinde, sumercé!



# La chupqua de mi corazón

María Paula Contreras y María Camila Orjuela  
(25 y 24 años)

Línea Impulso  
Crea La Campiña

Cuando camino, la chupqua (el humedal),  
mi corazón se adormece,  
entra en una especie de letargo cálido y húmedo,  
que me hace adentrarme en la tomsa (espiral) de mi pensamiento.

En la tomsa (espiral) del universo,  
que se extiende con cada paso que doy,  
el camino hecho de uba (semilla)  
me hace sentir como un fruto más en el tiempo,  
un fruto más en fibra (el viento).

En este largo viaje de mi conciencia  
está la chupqua (el humedal)  
calentando la memoria de mis ancestros y mi materia,  
abrigando mi corazón hacia saia (la maestra),  
hacia el más allá.

Las palabras sentidas.  
De repente llega la tomsa (espiral),  
justo cuando creí que estaba perdida,  
nadando entre incógnitas y vidas ajenas.  
Aunque quiera huir de muyso (la serpiente),  
me alcanza, sin dar tregua.  
Quise controlarla,

quise moldearla,  
pero no sabía que todo estaba arreglado.

De repente me convertí en una guaya (madre),  
una madre que daba fiba (aire)  
a un ser inofensivo  
que llegó al mundo  
en medio de tanta locura desconocida.

Y entendí entonces  
que este era mi fruto.  
Siempre fue mi uva semilla.  
En un comienzo parecía una injusticia,  
pero no me di cuenta de que estaba siendo narcisista,  
¡ah!, bella palabra que ahora parece lejana.

De repente vuelvo a mí,  
regreso a ser quien siempre quise ser,  
libre...  
y ahora guía de este perfecto ser.

# Una vida



Natalia Díaz Cortés (29 años)

Línea Impulso  
Crea El Parque

El 8 de octubre de 1992 nació Natalia en la ciudad de Bogotá. El padre de Natalia es pensionado y se llama Pedro Díaz. A él le molestan los refunfuños y le gusta pasar horas en su casa, sintiendo la tranquilidad. La madre de Natalia también es pensionada y se llama Ana. A ella le molesta la monotonía y le gusta mantenerse activa durante el día.

Por su parte, Natalia creció viendo y aprendiendo del esfuerzo y dedicación de sus padres para mantener una familia de seis integrantes. Sin embargo, se preguntarán por los demás... Natalia tiene tres hermanos: su hermana mayor, Sandra, es una figura del éxito y la lucha; su hermano mayor es Jorge, una alegoría de la descomplicación; y, finalmente, su hermano menor, Sergio, es la representación de la libertad.

Natalia tuvo una infancia tranquila, pero no recuerda muchas cosas. Cuentan sus padres que cuando estaba aprendiendo a gatear, en el patio de la casa, agarró una pequeña serpiente de colores con sus manos; tal vez era la hermana perdida de Hércules, o los dioses querían enviarle una señal; estas son posibilidades que aún hoy le rondan la cabeza. Además, dicen que a los dos años le gustaba sentarse en el quiosco de la casa a fingir que leía mientras pasaba las páginas de los libros.

Luego, su primer año en el colegio fue complicado, tanto como el golpazo con el borrador de tablero que le dio su profesora, quien pretendía callar con esa acción a un niño que estaba enfrente de ella, pero por suerte para él y mala para ella, el estudiante logró esquivarlo ágilmente.

Además, allí conoció a la que aún es su amiga, Margarita, quien siempre fue la más pila de su clase. A veces piensa que desde siempre quiso ser veterinaria, porque le encantaban los animales y le habría gustado vivir en el campo.

Vivió su adolescencia como cualquier otro ser de su edad, llena de melancolía y soledad, pues sus padres trabajaban todo el día, sus hermanos tenían jornadas de estudio más largas que las de ella, y a ello se sumaba que no se llevaba muy bien con ninguno de sus compañeros del colegio.

Puede decirse que por aquellos tiempos su única compañía fue su mascota Luna, una labradora dorada hermosa. Andaban juntas por todas partes y forjaron una relación tan fuerte, que aun después de su muerte, de solo recordarla se le llenan los ojos de lágrimas a Natalia.

De esta manera se debatía Natalia entre el frío distanciamiento del mundo, refugiándose en sus estudios y logrando buenos resultados en el colegio. Incluso el día de su grado, sus compañeras lloraban intensamente por la despedida, y ella, por el contrario, no se hallaba de la dicha, al poder comenzar otra etapa y dejar a un lado todas las dificultades pasadas que la habían llenado de inseguridades y miedos.

Su etapa universitaria, por otro lado, la cuenta como la mejor que ha tenido en su vida, pues en ella logró explorar y conocer muchos elementos de su personalidad, forjar fuertes amistades y aprender muchas cosas, entre ellas, a encaminar su vida por lo que realmente quiere. Además, en esa época, llegaron sus cuatro sobrinos, quienes llenaron de colores su vida.

Al final, en su formación académica decidió enfocarse en la enseñanza; de esta manera logró graduarse como licenciada en Lengua Castellana, y realizó una maestría en Educación para la Paz, apostándole a cambiar el mundo desde el trabajo dentro del aula (aunque, para ser sinceros, es más lo que cambia ella).

Todo esto resume la vida de Natalia, Naty o Nata, a quien le encantan los pequeños detalles, estar sola, los dulces, ver el sol a través de los árboles y pasar horas caminando. Además, no le gusta que le hablen con un tono fuerte e imponente, mojarse los pies en los días de lluvia y ni llorar en público.

# Canto a la vida



David Flórez (40 años)

Línea Converge, Ceditid pv

Crea La Pepita

Cantan ávidas criaturas.  
El canto de un pájaro enamorado.  
Esta manía de saberme ángel,  
aunque fuere de sonrisas,  
como lava del infierno,  
en mi silencio abandonado.

Bellos ángeles con plumas de fuego,  
vagando sobre el siniestro delirio del infierno,  
que me acompañan sin piedad,  
sobre mis frágiles huesos.  
Veo cómo me acompaña la muerte,  
aquí, en este, mi aposento.

Ruinosa cama de grandes pasiones,  
donde florece el amoroso delirio  
de una sombra nocturna  
que conoce el bello encuentro,  
como fugitivos que se devoran hasta el amanecer.

Vagando en la noche, cribada de estrellas,  
los cantos y danzas de la muerte,  
para el asombro de las noches lunosas,  
este caballero vuelve y aparece.

La luna agita el agua.  
Acaso altere las mareas  
que habitan la piel en fuga de los hombres.  
De ahí que escuchemos el desbordar  
del cuerpo en luna llena.

# Diario



Carmen Rubio (35 años)

Línea Converge

Proceso Secretaría de la Mujer

Crea Doce de Octubre

Con los ojos pegados por las pestañas escarchadas de mis lágrimas secas, despierto entre una claridad pomarrosa. Me levanto con prisa para leer la posición del sol, y de esta manera, con los consejos de los mayas y mi poca experticia astronómica, defino que son las 5.30 a. m.

No tengo reloj, así que cuento de sesenta en sesenta para saber cuánto pasa entre una acción y otra. Ahora, a sacar corriendo las posibles criaturas que me acompañan en el cuarto. Veo una araña y grito (ella, también); nos polarizamos por cien años, o eso pienso al verla. Ella se aleja sin quitarme sus ocho ojos de mis movimientos. Me visto, y de repente me despido del clóset parlanchín, de la cama diabólica y de la araña gritona.

Abriendo la puerta veo el cielo de frente. Las nubes están saludándome y van por una carretera en tremendo trancón. De pronto, una de ellas me dice:

—Son las doce del mediodía, ya es hora de almorzar.

Voy a la cocina, que está al lado de la mesa de noche.

El menú: espaguetis temblorosos con salsa fétida. ¡Qué delicioso!

Ahora tengo ganas de ir al baño, pero no puedo alcanzarlo: está en el techo. Por eso mojo mis pantalones.

¿Qué hora será? Creo que las cinco de la tarde. Ya los pájaros están durmiendo, en mi jardín de flores carnívoras, para que los insectos no los picoteen.

Intento salir, pero la puerta no tiene chapa: es solo un cuadrado perfectamente emparejado con el marco.

Veo que la noche llega. Me pongo la pijama, mojada por la orina turbia, olorosa y helada.

— Buenas noches — dijo una voz lejana.

Entonces volví a respirar, desperté y estaba en la cama, atada con las correas apretadas y marcadas de mi cama diabólica.

# Diario de un día en la playa despechada

Anónimo

Línea Converge

Proceso Secretaría de la Mujer

Crea Doce de Octubre

## Al Despertar y comenzar el día (22-10-2021)

6:00 a. m. Aún no me levanto, solo miro el ventilador girar sobre mí. Bruuuu..., bruuu..., es el único sonido que hay por toda la habitación.

8:00 a. m. Salgo a trotar alrededor de la playa, con el chingue morado que me hizo mi mamá, y que con tanto amor y cuidado se tomó la tarea de coser y bordar, así como lo hizo con cada uno de mis vestidos.

10:00 a. m. No me despierto, todo ha sido solo un sueño. No me levanto, y mi mamá tampoco. Ella se tomaba la tarea de coser, pero no de bordar mis vestidos. Además, no estaba enterada de que estoy a orillas del mar, en Atacames, una playa en la costa ecuatoriana.

12:00 m. Grito de pereza y veo el mar por mi ventana, pero me pesan las piernas; tengo que pedirle permiso a un pie para mover el otro.

2:00 p. m. Al fin la ansiedad lo puede más que todo, finalmente me levanto y me baño. Enciendo un cigarrillo y me lo fumo lentamente; luego converso con mi cigarrillo al ver el humo que se volatizaba por el cuarto; lo cierto es que me quedé entre suspiros y le conté tantas cosas que creía olvidadas, se las conté todas, todas mientras me lo fumaba.

4:00 p. m. Voy por una pola, pero mis tripas chillan de hambre; será comer entonces, pues mis tripas no comprenden mi

duelo. Tocó alimentarme, así que me como un picadito de plátano y ceviche, y entonces siento cómo el mar empieza a sanar el dolor tan profundo que me aqueja.

7:00 p. m. Hora de dormir... pero estoy más prendida que un arbolito de navidad. ¡Que empiece el baile! Estoy descalza. Con una botella de vino me embriago. Luego bailo y celebro mi valentía, mi cobardía y mi coraje... ¡Güepajé!

9:00 p. m. Ven por mí, mi único y especial amigo. Ya basta, será mejor que me acompañes y platiquemos, porque le conversé de ti, de mis añoranzas; incluso le conté de mis sueños y de mis esperanzas, así como de tu olvido, de mis lágrimas tontas, de aquello que vivimos y que hoy se ha vuelto nada.

12:00 a. m. Ya jeteando y dormida, ebria y feliz, por fin hice las paces con mi dolor y la alegría.

2:00 a. m. Escucho un ruiseñor en mis sueños, pero tengo los ojos tan pesados que no me dejan levantar.

2:10 a. m. Escucho una voz que me dice: “Levántate ya. Tu ruiseñor te necesita”, pero escucho otra que me dice: “No, no, no quiero despertar”.

3:00 a. m. Duermo tan plácidamente al escuchar la serenata en mi ventana.

4:00 a. m. Se asoma el sol por la rendija de la ventana y entonces exclamo: “¡Qué envidioso eres, sol, alumbrándome para despertarme!”.

5:20 a. m. Es hora de levantar mis pollitos. Qué odisea que se levanten y empiecen a sacudir sus plumitas. ¡Toda una batalla campal contra el tiempo!

6:00 a. m. ¡Oh! No llevo el tiempo tan presente. Los veo aún dormidos, pero no demoran en despertar.

6:30 a. m. Empiezo el conteo regresivo: cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero... Están listos.

7:20 a. m. Pitan pi, pi, piii... Ya es hora de desayunar. El primer paso para un día en que todo está envuelto por el caos: hay ruido y peleas. Yo solo me refugio en una burbuja y me pierdo en el más allá de mis ideas, preguntándome y cuadrando cosas que veo que hacen falta.

7:00 p. m. Llegó la cena: yuum, yomy, yomy. Luego cenamos y llegamos a nuestro nido. Acuesto los pollitos, mientras

me quedo con el pequeño ruiseñor, dedicándole el tiempo que no le he dedicado.

8:30 p. m. Me siento a hablar con mi yo; luego cuento todo lo vivido, me desahogo y descanso. Me recuesto y protejo mi nido. Allí recostada, recuerdo que mi paz está en plenitud, así tenga todos los días caos y batallas campales.



# Oda al salchichón

Creación colectiva

Línea Converge

Proceso Secretaría de la Mujer

Crea Doce de Octubre

Embutido delicioso  
que cura el hambre,  
desde el más sencillo  
hasta el más complejo paladar.  
Deseo un buen pedazo de salchichón  
con limón o pan.  
¡Oh, querido salchichón,  
llena mi corazón con tu sazón!

# Ese infinito por explorar



Natalia Díaz Cortés (29 años)

Línea Impulso

Crea El Parque

Un aparatoso día, Abel quiso saber hasta dónde lo llevaría su enojo. Enojo era un amigo algo gruñón que aparecía cuando Abel ya no podía más en algunas situaciones, y lo llevaba a caminar por minutos, a veces, hasta por horas completas. En un principio, Abel pensó que el viaje sería corto, pero por un instante se cruzó por su cabeza la idea de que existía la posibilidad de que su amigo lo llevara muy lejos, así que alistó su mochila para recorrer los pasos de su enojo.

Antes de salir de casa, Abel quiso programar una ruta rápida en su teléfono, pero, por tercera vez en el día, le falló el internet, así que Enojo le dijo que él conocía una ruta. Aunque antes debían pasar por Luisa, pues habían quedado en que se verían en el parque a las 3:00 p. m. Y únicamente debían caminar diez calles desde su casa. Luego de llegar esperaron a Luisa quince, veinte, treinta minutos... Y, al no aparecer, Enojo le escribió un mensaje, diciendo que ya no la esperarían más, y siguieron con su camino.

Estaba tan soleado e iban tan cansados que Abel se antojó de un delicioso helado, pero, justo ese día, en su heladería favorita había una fila que daba la vuelta en la esquina. Decidieron esperar un rato. ¿Cuánto podía durar una fila? El sol estaba derritiéndose, así como las ideas, y en un momento, cuando ya iban a llegar, la chica de adelante mencionó que les estaba cuidando la fila a algunos amigos, y en menos de un minuto llegaron quince personas que se saltaron la fila, así que Enojo tuvo una charla corta con la chica y le sugirió a Abel que siguieran con su travesía.

Ya entrada la noche, caminaron hasta la periferia de la ciudad. Con mucha hambre y sueño decidieron quedarse en algún lugar, pero los mejores lugares eran muy costosos, y tenían muy poco dinero. Abel encontró entonces un pequeño lugar que podían costear. Pero no pudieron dormir, pues se escuchaban todos los ronquidos de la habitación siguiente. Al otro día, en la mañana, se pusieron en marcha, pues el camino era bastante largo.

Los amigos de Abel cuentan que no lo volvieron a ver. Lo último que supieron de él fue que iba a emprender un viaje, un trayecto del cual no regresó. Unos dicen que tal vez se consiguió un trabajo de guía turístico, porque lo vieron en las redes sociales recorriendo varias partes del mundo; otros dicen que se ganó la lotería y la está invirtiendo en viajar; otros aseguran que necesitaba de una gran aventura en otros lugares para encontrarse a sí mismo, y los más osados dicen que no volvió porque se estableció en otro continente, se casó y tuvo un par de hijos.



# Cajón de la costura

Sara Castellanos Herrera (13 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

Telas, hilos y agujas se juntan.

La soledad me encierra.

El estrés se va,

la alegría me llena.

Pasado un mes,

el estrés vuelve.

Tela, hilos y agujas se juntan

para sentirme como lluvia.

# La entrevista de trabajo



Juan David Arévalo (31 años)

Línea Impulso

Crea El Parque

## 1. Interior del edificio. Segundo piso, pasillo izquierdo.

### Tarde

Las paredes ya no son blancas: un color amarillento las cubre como una nostalgia que se amaña. Dos grietas, partiendo del techo, parecen rayos que olvidó el tiempo; aterrizan en el marco de una puerta desgastada. El piso es de madera y rechina con cada paso. Al lado de la puerta, una mancha oscura, que ya no se quita, tiene la forma de un caracol dormido. La tarde se está acabando. Entran los últimos rayos del día por unas ventanas diminutas, dispuestas a unos dos metros del piso y separadas cada tres pasos. Hay un hombre de unos cuarenta años, de contextura delgada, alto, con un viejo maletín de cuero, esperando en un sofá frente a la puerta. Se escucha algarabía dentro de la oficina; sin embargo, al inicio no se entiende mucho. Simón tiene una conversación interna.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): ¿Para qué viniste, Simón? Una entrevista de trabajo que no dice ni para qué te necesitan.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): No se pierde nada. Quién sabe, puede ser algo bueno. Hace tanto que no te llaman.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): Ten cuidado, Simón, es muy raro que no dijeran de qué se trata el trabajo.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Tal vez esa es la mejor razón: nadie más se atrevería a venir.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): ¡Ay, Simón!, siempre tan iluso. Vas a ver que saldrán con un chorro de babas. Perdiste tu tiempo, la plata del bus para llegar acá y, cuando llegues a casa, te darás cuenta de que eres el mismo idiota corriendo detrás de cualquier ilusión.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Tranquilo: si es otra desilusión, pues no firmas nada y te vas a casa y no pasó nada.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): Y... ¿si es una trampa para robarte?

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Ja, ja, ja (dibujando una sonrisa falsa). Sí, claro que me pueden robar... unos cuantos pesos de la billetera y un celular viejo.

En ese momento Simón saca de su maletín un cuadernillo, mientras busca un pedazo de lápiz. Luego sube la pierna derecha, recargando el tobillo sobre la rodilla izquierda, dejando el maletín sobre el regazo para apoyar el cuadernillo.

SIMÓN DIESTRO: Bueno, Simón, ¡cállate!

Simón se dispone a dibujar la puerta con las grietas. Quiere encontrar algo adicional que le sugiera esa puerta con las grietas en la pared, pero cuando las voces que proceden del interior del cuarto se hacen más fuertes y claras, deja de dibujar y se concentra en escuchar. Hay una voz de mujer joven y otra de hombre mayor.

Doc (voz en *off*): No me jodas con tus pendejadas Sofía, siempre es la misma vaina. Necesito que esta semana sigas con el trabajo de Roberto, mientras el nuevo... [baja la voz y no se entiende nada...] ¡Chiss!

SOFÍA (voz en *off*): Pero ¿por qué me toca hacerlo a mí?

Doc: Solo es por esta semana. Después te olvidas de esto, y listo.

Desde la oficina llaman a Simón para que pase. Antes de que alcance la perilla de la puerta, sale Sofía muy ofuscada, sin detenerse a contestar el saludo de Simón. Él entra a la oficina. Es un cuarto sin ventanas, iluminado con un par de lámparas de mercurio. Hay una mesa con una pila de papeles sin arreglar, y en las paredes, las repisas están llenas de botellas de vidrio, con papelitos enrollados en su interior.

## **2. Interior del edificio. Oficina de Doc. Tarde**

Doc: Bienvenido, Simón. Por favor, tome asiento. Mi nombre es Bárbaro Piernavieja, pero todos me llaman Doc.

SIMÓN: Mucho gusto... (duda un poco), Doc.

Doc: Eso, hombre, tranquilo, que estamos en familia. ¿Cuándo puede comenzar?

SIMÓN: Disculpe, pero ni siquiera me ha dicho qué tengo que hacer.

Doc: No se preocupe por eso (hace un largo silencio mientras toca su barbilla con la mano derecha). Hagamos una cosa: quédese esta noche, y mañana va mirando y familiarizándose con el ambiente. Está muy tarde para que se devuelva a su casa.

SIMÓN: No me puedo quedar; ni siquiera tengo mis cosas acá.

Doc: Tranquilo, Simón, acá está todo lo que necesita: uniforme nuevo, artículos de limpieza personal, cama limpia. Además, nosotros estamos listos para atender todos esos detalles.

SIMÓN: ¿Qué tareas tengo que hacer?

Doc: Por ahora puede comenzar haciendo una lista de los nombres completos de todas las personas que se encuentran en este edificio. La información está al lado de cada puerta. Usted sabe, necesitamos actualizar la información, pues no queremos tener información duplicada, o peor aún, equivocada.

SIMÓN: ¿Y con respecto al pago?

Doc: No se preocupe, nosotros ya tenemos todo resuelto. En unos días firmará los papeles, y cualquier duda será aclarada con tiempo. Por favor, espéreme un momento mientras llamo a Afanador, para que le muestre dónde puede dormir. Él es nuestro enfermero.

Doc sale de la oficina dejando la puerta entreabierta. Simón se acerca al escritorio y toma la primera hoja para ver si algo le revela el nombre de aquel lugar.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): No se entiende nada... Al fin y al cabo, letra de médico.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): ¡Ay, Simón!, ¡reacciona! Te quieren estafar: no te dijeron ni cuánto te van a pagar, ni de qué es el trabajo.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Debe ser que tienen personal especializado que revisa tu hoja de vida, experiencia, y luego llegan con la propuesta del salario. Todo eso se puede averiguar por internet.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): Apresúrate, deja la hoja tal y como estaba: ese tipo no debe demorar. Seguro que el enfermero debía estar en el corredor.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Sí, mejor. Pues este trabajo tiene sus ventajas. Si tengo que quedarme, ellos están obligados a darme la alimentación. Además, tendré los días de salida para revisar cómo va la casa y salir a comer, ir al cine o, bueno, viajar a un pueblo cerca de la ciudad.

Se escuchan pasos y una algarabía cerca de la puerta. Simón deja la hoja en el escritorio y rápidamente se devuelve a la silla. Doc entra con un hombre fornido, vestido todo de blanco.

DOC: Le presento a Afanador. Él le colaborará con lo que necesite.

SIMÓN: Mucho gusto. Soy Simón.

AFANADOR (gruñe un poco): Mucho gusto.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Qué amargados son los empleados, y otros se comportan muy extraño.

DOC: Bueno, Afanador, por favor, acompañe a Simón a su habitación.

AFANADOR: Sí, Doc. ¿Y el registro?

DOC: No, hombre, ya te lo había dicho, después cuadramos eso. Además, Simón nos va a ayudar con la actualización de los nombres, ¿cierto?

SIMÓN: Sí, doctor... Perdón, sí, Doc.

Simón y Afanador salen de la oficina de Doc y se dirigen hacia el pasillo derecho del tercer piso.

### **3. Interior del edificio. Tercer piso, pasillo derecho.**

#### **Noche**

Este pasillo presenta puertas de color blanco amarillento, numeradas con enormes dígitos. Se detienen en la puerta número 40, mientras Afanador saca los papeles que están al lado derecho de la puerta.

AFANADOR: Aquí es... la habitación es provisional.

SIMÓN: Muchas gracias, señor Afanador.

AFANADOR: ¡Grrrr! (mira a Simón con desprecio).

En ese momento llega Sofía con unas carpetas. Viste un overol sucio con manchas rojas y unas botas embarradas de lodo.

SOFÍA: ¿Dónde diablos estabas, Afanador? Necesito que me ayudes con el caso del 40. Doc me obligó a hacerle el trabajo sucio por esta semana.

AFANADOR: ¡Chiss! Ya voy, mujer. No se asuste, hum... Simón, ¿cierto?, Sofía siempre está exagerando. Usted dedíquese a la tarea que le dio el Doc.

SIMÓN (asintiendo con la cabeza): ¿Y qué tienen que hacer ustedes?

SOFÍA: ¿Qué le importa?

AFANADOR: Papeleo que no falta, y Sofía siempre se estresa con eso.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): Simón, seguro que te van a poner a voltear, te van a negrear. Quién sabe qué tiene que hacer Sofía, pero te va a tocar a ti.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): No seas pesimista. De pronto es un trabajo monótono. Mejor así: una vez le tengas el tiro, solo será repetir. Además, quién quita, hasta tienes suerte y te puedes cuadrar a Sofía. Es muy linda; no importa que sea tan engreída.

Afanador y Sofía se van corriendo en dirección de las escaleras, dejando a Simón frente a la habitación. Simón abre la puerta e ingresa al cuarto.

#### 4. Interior del edificio. Habitación 40. Noche

Hay una silla y un escritorio de madera pintados de blanco; encima, un cuaderno y un lápiz casi sin punta. La cama tiene una cobija vieja de color marrón y una sábana blanca. En la cabecera hay una pijama blanca. Simón se sienta en la cama. Percibe un olor a guardado, aunque no le molesta. Simón tiene una conversación interna.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): Simón, por favor, deja de ser idiota. ¿Por qué sigues acá?

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Deja la desconfianza. Mañana revisas con calma el sitio y buscas al doctor para que te diga con detalles de qué se trata el trabajo. Si se pone con rodeos, te vas mañana a la casa, y listo: acá no ha pasado nada.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): ¿Y si te engañaron para desocuparte la casa mientras duermes acá?

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): ¡Qué va! Esta gente también tiene que quedarse para trabajar. Además, si pretendieran robarme, se encargarían con mis corotos... ja, ja, ja.

Simón toma la libreta y el lápiz.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): ¿Y para qué te vas a poner a escribir nombres a esta hora? Ni siquiera tienes un contrato, y si vas a trabajar gratis...

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Bueno, tienes razón, está muy tarde. Pero mañana empezaré a trabajar, para que vean que estoy interesado.

Simón se pone el pijama y se acuesta en la cama. Escucha pasos de un grupo de personas y un murmullo en el pasillo. Después se queda dormido.

## 5. Interior del edificio. Habitación 40. Día

Simón se levanta y se viste con un uniforme blanco que está en la silla. Escucha un llamado que proviene de afuera.

AFANADOR: ¡A desayunar, rápido!

SIMÓN: Ya voy. En un minuto estoy listo.

AFANADOR: Siga al resto, lo conducirán al comedor.

SIMÓN: ¿Cómo me van a dar desayuno si no me conocen?

AFANADOR: Ellos ya están al tanto.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): ¡Vaya!, acá tienen todo pensado.

Simón sale de la habitación, pero no ve a Afanador. En el pasillo observa un grupo de personas que se dirigen hacia las escaleras. Sube con ellos al cuarto piso y llega al comedor. Hace fila, como todos. Se sienta cerca de la ventana y desayuna sin quitar la mirada del patio. Se da cuenta de que el edificio tiene dos alas divididas por la escalera principal, y afuera hay un patio con una fuente en el centro.

## 6. Interior del edificio. Comedor. Día

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): Simón, ve a buscar al doctor y exígale que te describa el trabajo y pregúntale cuánto te van a pagar.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Mejor comencemos a realizar la tarea que nos dieron.

SIMÓN ZURDO (voz en *off*): Simón, ¿qué te pasa? Ve a buscarlo y sales de dudas.

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Bueno, hagamos lo siguiente: vamos y le preguntamos si necesitas otra información para aprovechar la extenuante ruta. Y luego, sí, le preguntamos sobre el trabajo.

Simón se dirige a la oficina de Doc; sin embargo, después de golpear varias veces la puerta, nadie responde. Simón le pregunta a un muchacho de uniforme.

## 7. Interior del edificio. Segundo piso, pasillo izquierdo.

### Día

SIMÓN: Buenos días.

MUCHACHO: Grrr.

SIMÓN: ¿Usted ha visto a Doc?

MUCHACHO: Grrr.

SIMÓN: Disculpe por molestarlo.

Simón decide comenzar a anotar el nombre que aparece en los papeles al costado de las habitaciones, con esperanza de encontrarse con Doc en el camino. En los pasillos del segundo piso, las habitaciones no tienen numeración, ni papeles; por lo tanto, sube al tercer piso. Empieza con el pasillo izquierdo, anotando los nombres completos en la libreta con el lápiz casi sin punta. En total, son veinte habitaciones por pasillo. Después se dirige al pasillo derecho.

## 8. Interior del edificio. Tercer piso, pasillo derecho. Día

SIMÓN DIESTRO (voz en *off*): Son muchas habitaciones. ¿Quiénes serán estas personas?

Simón se acerca a la habitación 40, donde había dormido. Hay unos papeles que dicen: “Nombre: Simón. Apellido: No registra. Diagnóstico: En revisión”. Simón se voltea, agarrándose la cabeza con ambas manos, y se queda quieto con la cara llena de pánico.

# Un casquito de mandarina

Carmen Rubio (35 años)

Línea Converge

Proceso Secretaría de la Mujer

Crea Doce de Octubre

Un casquito de mandarina...  
me quiere.  
Dos casquitos de mandarina...  
no me quiere.  
Mejor me voy a comer los casquitos de mandarina,  
para no matar las pocas mariposas de amor  
que quedan en mi estómago.

Las arenas de harina,  
el trigo que vi en la playa,  
me gustaban,  
porque se metieron en las coyunturas  
de los dedos de mis pies.

La brisa del viento olía a romero fresco,  
y me puso a pensar en los últimos días...  
junto a ti.

# Carta a una costurera



Claudia Chona Parra (30 años)

Línea Impulso  
Crea El Parque

12 de junio de 2020  
De la Memoria  
Para una costurera

Costurera:

Te escribo desde mi exilio, el doloroso exilio al que me obligó la infamia y la demagogia de nuestro país. Te escribo porque con tu incansable oficio, me has recuperado. Me rescataste remendando retazos, que han ido creando una gran colcha de humildad y verdad. Es cierto que me fui hace muchos años, cuando vi que casi nadie me escuchaba, porque pasaban más tiempo justificándose y echando culpas de un lado y del otro, mientras yo me desvanecía.

Nunca me ha gustado ser egocéntrica, pero yo era muy importante. Este país me necesitaba, y en vez de buscarme, prefirieron olvidar. Se prefirió ganar un mundial de fútbol o ganar el reinado de belleza que tener un recuerdo de quienes murieron por un autogol o por el color de una camiseta, a quienes murieron en la mesa del quirófano, intentando cumplir un estándar de belleza a cualquier precio, o simplemente por el hecho de ser mujeres.

También a quienes olvidaron el dolor, la muerte, la pérdida de muchos y muchas. Quienes olvidaron la hipocresía con la que fingían “cuidarlos” y “hacer lo mejor para el pueblo, para su desarrollo”, mientras clavaban el puñal del interés económico en los ríos, las montañas y los mares. ¿Y a mí? Me barrían disimuladamente debajo del tapete de la corrupción.

La verdad, me aterraba tanto silencio, el ruido del llanto de quienes perdieron todo y el oscuro vacío de quienes se

quedaron sin nada. Y porque quienes intentaron gritar mi nombre para exigir dignidad fueron callados, porque el país seguía gritando más fuerte los goles que las injusticias.

Lo cierto es que me desgarraron en el momento en que cada uno haló para su lado. Me despedazaron cuando plantearon que unos muertos importaban más que otros. Los de izquierda, los de derecha, los de arriba, y casi nunca los de abajo. Pero nunca perdí la fe.

Hace varios años ya me enteré de tu valiente y encaprichada apuesta por no dejarme desaparecer. Tú, junto a otros muchos y muchas valientes que van por ahí tejiendo, pintando, escribiendo y cantando los nombres de quienes no merecen ser olvidados, me hacen palpitar, me hacen arder. Me lleno de furia y siento que crezco como una llama inmensa.

Desde la lejanía, y en nombre de todos los que ya no están, te agradezco por hacerme sentir más cerca con cada puntada, porque tu aguja y tu hilo me hacen vivir, porque tu denuncia me reclama y se resiste a quienes quieren callarme por conveniencia y para seguir en el poder, para seguir pasando fútbol en la tele mientras roban, matan y desaparecen.

Quiero, además de agradecerte, animarte a que sigas reclamando dignamente la verdad, a que no dejes de atravesar telas con denuncias y exigencias de justicia. Yo estoy contigo: estoy en tu paciencia, en tu calidez, en tu abrazo. Estoy ahí a tu lado y me hago más fuerte cuando sacas tu tela a la calle y dejas que los colores y los retazos griten los nombres que algunos no quieren oír.

Sé paciente, sigue gritando, grita más fuerte que el fútbol y la lotería, grita más fuerte que todo lo innecesario. No dejes de coser, costurera, no dejes de llenar de dignidad los relatos, no dejes de pelearte la vida al son de tus puntadas por la verdad. Sigue remendando el dolor en mi nombre, sigue arrancándoles con tus manos toda esa fuerza que consumen la mentira y la hipocresía, porque tu valor y tu ternura las debilita.

Yo te acompaño. Te pertenezco, te soy en toda medida, te debo mi existencia, y, además, te miro directo a los ojos, te abrazo y te beso.

Siempre tuya, la Memoria.

# Al viento

Carmen Rubio (35 años)

Línea Converge

Proceso Secretaría de la Mujer

Crea Doce de Octubre

Voy lanzando mis canciones al viento.  
a ese que prometió  
un monte de nieve con azúcar,  
a ese que metió su nombre  
en lo más pendiente de tus deseos.

Coro

Palabras riman, en el silencio de mi interior.

Ven y quédate solo en los recuerdos,  
porque esa que eras para él ya se esfumó.

Coro

Palabras riman, en el silencio de mi interior.

Bórdale solo las esquinas a tu corazón,  
con mi nombre para una siguiente vida.

# Tus ojos negros

Valentina Osorio Angarita (17 años)

Línea Impulso

Colectivo Penumbra

Crea La Campiña

Todas las noches, después de una dura jornada de trabajo en la oficina, me dirijo a mi casa, anhelando llegar rápido, para tumbarme en la cama, comer algo delicioso, tomar un buen baño. Pero no, todo es mentira: al llegar tengo más trabajo que hacer, como el oficio que no hice por la mañana, preparar la comida para el día siguiente, lavar la ropa, ayudar a mis hermanos a hacer las tareas... ¿¿Acaso no merezco un minuto de descanso?!! Pensé que después de salir de la universidad podría descansar, pues no tendría que preocuparme por las tareas y el estudio, y porque, además, conseguiría pronto un trabajo y sería de lo más fácil. No sé en qué estaba pensando, pero la vida no es fácil, no es color de rosa todas las veces. Lo único bueno es que siempre, cuando me dirijo a casa, paso por un parque, y allí lo veo a él, con esos ojos grandes que me dejan sin fuerzas, con ese pelo negro, largo, brillante y sedoso. ¡¡Es perfecto!!

La verdad es que me da miedo hablarle: pensaré que soy una loca. Pero el día de hoy es diferente: me siento muy feliz y motivada porque me subieron el sueldo, así que hoy decidí hablarle.

Salí del trabajo rápidamente, muy entusiasmada, llegué al parque y lo vi. Estaba sentado en el pasto, relajado, gozando el dulce viento, mirando las estrellas relucientes que se reflejaban en sus grandes ojos negros.

Me acerqué lentamente y me senté junto a él. Estaba muy nerviosa y sentía un gran agujero en el estómago, como si me hubieran pegado un puñetazo con todas las fuerzas. Pensaba que iba a vomitar. Quería irme corriendo y desaparecer, pero

él se acercó a mí y se apoyó en mi brazo, y ese pequeño gesto me dio mucha alegría; incluso me dejó más tranquila, así que decidí hablarle:

— ¿Cómo te llamas? —le pregunté, pero él no me respondió. Seguía sumergido en su mundo de estrellas.

Entonces pensé para mis adentros: “De pronto no le intereso. ¿Me odiará? ¿Se sentirá incómodo con mi presencia...?”.

La verdad es que mi cabeza se inundó de pensamientos negativos, y no podía pararlos. Por ello decidí mejor irme. Al menos lo intenté. Cuando ya estaba a punto de pararme, hizo un ruido difícil de descifrar. No sé si era una risa o un lamento; solo sé que su rostro me decía que no lo dejara solo. En ese momento lo vi tan indefenso, que lo abracé. Él, sorprendido, se alejó de mí lo más rápido posible, se fue corriendo hacia la calle.

“¡¿Por qué hice eso?!”. Me sentí como una tonta. “Lo dañé todo. ¿Por qué tuve que abrazarlo?”, me dije. Luego, durante el camino que me quedaba para llegar a casa, tuve solo pensamientos de arrepentimiento. Incluso pensé que él ya no volvería al parque, por lo que le hice. A fin de cuentas, soy una extraña, loca y rara persona para él.

Cuando llegué a casa, preparé todo, como de costumbre. Luego pasé a cepillarme los dientes para irme a dormir y me lavé la cara, pero cuando el agua tocó mi rostro, me ardió: sentí una punzada en mi mejilla. Cuando me miré al espejo, observé un gran rasguño. “¿Cómo me lo habré hecho?”, me pregunté, y entonces recordé que lo había hecho él. Creo que pensó que yo era una amenaza. Al menos tenía un recuerdo de él. Al fin y al cabo, no volvería a ver ese hermoso y majestuoso minino.

# S. O. S. Colombia

Trabajo de creación colectiva  
(entre los 13 y 14 años)

Línea Arte en la Escuela  
Grado séptimo, IED Morisco  
Crea Villas del Dorado

Fue una nación la Gran Colombia.  
Por muchos años tuvo que estar feliz,  
porque si se enojaba, la mataban.

Me siento triste:  
mi familia está estancada en el agua,  
perturbada como las muertes.

“Tierra buena, tierra buena,  
tierra que pone fin a nuestra pena,  
tierra abastecida,  
tierra para hacer perpetua casa”.  
Éramos una Colombia unida,  
hasta que todo se fue al piso.

La situación está tan dura  
como los dulces de caramelo y maní  
que prepara el pueblo.

Colombia se siente olvidada,  
pero no podemos dejarnos ganar,  
porque si no se van a aprovechar.

A Colombia la llevo en la sangre,  
como cuando bailo para alegrarme.  
Colombia, país bonito que se hunde,

se derrumba en lava ardiente y  
sin nada de paz.  
A Colombia la siento  
como la luz y la oscuridad.



# En busca del oasis

Eduardo Alejandro Méndez Cadena (13 años)

Línea Impulso

Crea La Granja

Rayas y Quesito eran los nombres de dos grandes amigos (tigre y ratón). Desde que se conocieron se volvieron los mejores amigos, y por esa razón, el día en que Rayas fue capturado, porque se lo iban a llevar a otro país, Quesito (el ratón) se aferró fuertemente a su pata, para irse con él.

Aunque esta actitud la practicaba el ratón para molestar a Rayas, en esta ocasión la situación era diferente.

En medio del viaje, el avión tuvo un problema, se le incendió un motor y terminó colapsando. Pero antes de que esto ocurriera, una de sus compuertas se abrió, y la caja donde Rayas y Quesito viajaban salió volando, mientras el avión terminó por estrellarse.

Cuando la caja llegó al piso, se rompió, y Rayas y Quesito quedaron libres. Entonces, rápidamente recobraron el sentido y salieron corriendo para ponerse a salvo.

Sin embargo, corrieron tanto que llegaron a una montaña. Estando allí les dio hambre y sed. Entonces vieron a lo lejos un oasis, y se fueron a buscarlo.

Para llegar allí debían bajar de la montaña. En el camino encontraron un peñasco, y enfrente, un camino que llevaba al río.

Entonces Rayas le dijo a Quesito que se agarrara muy fuerte de su lomo y no se soltara, porque iban a saltar.

Pero Quesito no le hizo caso, y a la mitad del salto se resbaló del lomo, pero en su caída, y esto fue de película, Quesito optó, como última opción, por morder la pata de Rayas... Pero esto hizo que Rayas perdiera el salto, y los dos terminaron cayendo al vacío.

Por suerte, el final del precipicio estaba lleno de arena, y no se lastimaron, aunque quedaron atrapados allí.

Rayas trataba de salir yendo directamente hacia arriba, pero no lo logró, así que tuvo que hacerlo en forma diagonal. De esta manera logró llegar a lo alto, pero dentro de una cueva de escorpiones.

Entonces Quesito, temeroso, volvió a aferrarse a la pata de Rayas, mientras este corría por la larga cueva para evitar los piquetes de los escorpiones.

Lo cierto es que Rayas fue pellizcado muchas veces mientras intentaba salir de la cueva. Cuando estaba cerca de la salida, Rayas se dio la vuelta y les rugió tan fuerte a los escorpiones, que estos se escondieron. Incluso Quesito sintió miedo, y casi le da un infarto, pero no le pasó nada.

Al encontrar la salida, los personajes se dieron cuenta de que el oasis estaba justo al frente.

Los dos saltaron de alegría y corrieron para sumergirse en el agua. Luego comieron los frutos de algunas de las plantas de allí, que, luego de ser arrancados, crecían de nuevo rápidamente. Además, se dieron cuenta de que el agua era infinita, y por eso lo llamaron el oasis mágico. Entonces los dos amigos decidieron que ese lugar sería su casa por siempre.

# La lora ocupada

Sarha Sofía Hernández Cardona (9 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado tercero, IED Nueva Constitución

Crea La Granja

Érase una vez una lora llamada Bluey. A ella le encantaba pararse en los árboles y jugar con los peces... Bueno, más bien comérselos. También le gustaba cocinar, pintar con algunos colores y realizar algunas cosas más.

Además, tenía muchos amigos, como las ranas, las águilas, los perros, los jaguares, las serpientes y muchos más.

Otras veces se paraba en las rocas, al lado del río, para lavar su ropa, particularmente los fines de semana.

Ella hacía ejercicio y su casa siempre la decoraba con flores, porque todos los lunes por la mañana salía a recoger flores. Incluso le gustaba oír el sonido de la naturaleza.

Ella era en verdad una lora ocupada, pero como siempre lo hacía así, se acostumbró.

Resulta que un día hizo tantas cosas y tanto oficio, que se desmayó. Entonces los animales se pusieron a investigar por qué le había sucedido eso, y descubrieron que el día en que se desmayó había hecho demasiado oficio y actividades. Entonces el doctor le recomendó descansar un poco. De esta manera, la lora Bluey empezó a descansar y a disfrutar un poco más de la vida.

# Lágrimas dulces



Yamile Castro Bertel (38 años)

Línea Impulso

Crea Tunal

Cansada del alma,  
caminaba en esa nube gris.  
El olor a libertad le olía a todo,  
a todo lo amargo, a todo lo oscuro,  
a todo lo frío. A ella, ilusa de su efímero tesoro,  
no le quedó más que un engendro, del que nunca  
se sintió afortunada. ¡Sí! Ese engendro salvaje,  
indolente, impaciente asesino de rosas, caníbal de un noble  
/ corazón,  
de aquellos que escupen palabras que arden como sal en  
/ una herida,  
de los que sudan veneno y queman cualquier esperanza  
/ de sueños;  
aquellos a los que, sin suerte, se aferra, y por los que aún  
/ sigue sembrada,  
en la vida, bañando sus raíces con lágrimas dulces de  
/ victoria. Más triste que herida,  
un poco lela, casi tonta, con el corazón hueco, subió  
/ el cerro más alto e hizo un camino  
con sus pies sangrados. Era poco lo que podía ver con sus  
/ ojos hinchados, como de alergia.  
Veneno que no mata. El cielo estaba triste y, de sobremesa,  
/ el frío la hacía temblar...  
Acompañada de nubes, se detuvo, tomó un suspiro,  
/ confundida y frustrada, aunque feliz  
y resuelta, una extraña mezcla. Ella sonreía y lloraba cada  
/ vez que volvía su mirada  
sobre sus huellas rojas, cada vez más lejos de su verdugo,  
/ cada vez más lejos de su pasado.





# Las aventuras de Lía y Simón

Juan Esteban Suárez Flores (10 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado cuarto, IED Nueva Constitución

Crea La Granja

Había una vez dos ovejas que se sentían muy aburridas. Ellas se llamaban Simón y Lía.

Un día, para salir de su aburrimiento, decidieron irse de vacaciones a Japón. Cada una tomó su maleta y se fueron caminando, pero al poco tiempo se sintieron muy, pero muy cansadas, así que decidieron que era mejor pasear en avión, y cambiaron de dirección: se fueron al aeropuerto. De esta forma llegaron más rápido.

Cuando aterrizaron, tomaron sus maletas y se fueron primero a comer sushi, pero no les gustó. Sin embargo, como tenían tanta hambre, decidieron superar sus miedos y se atrevieron a tomar sopa de murciélago, la cual les gustó.

Durante su recorrido fueron al templo To-Ji, y en el lugar se encontraron al maestro Akira Sato, quien les enseñó karate, por solicitud de ellas.

Las dos ovejas estuvieron en Japón unos días más y se divertieron mucho. Poco después regresaron a su casa, pero después de llegar allí se sintieron aburridas nuevamente, así que volvieron a armar sus maletas para viajar otra vez, pero esta vez habían decidido que querían recorrer todo el mundo, y así lo hicieron.

# Mariposa



Emily Sofía Maestre Castrillón (9 años)

Línea Impulso

Colectivo Imaginantes

Crea Gustavo Restrepo

Rojas son las miradas de tus alas,  
azules son los llantos de tus patas,  
violetas son los sonidos de tus lágrimas,  
amarillas son las risas de mamá,  
que me abrazan todas las noches.

# Knock out

Mariana Cárdenas (20 años)

Impulso Colectivo

Crea La Campiña

Vladimir de nuevo en el cuadrilátero.

—Míralo, ahí 'ta ese muchacho 'e nuevo. Por san Pachito lindo, que no lo vayan a dejar todo ensucia'o 'e sangre —exclama Mamá Josefa, con sus ochenta y tantos años, mientras enciende una veladora a san Francisco de Asís y otra a san Judas Tadeo, para luego subir el volumen de la radio.

Por su parte, don Temístocles y Faustino (Fausto), dan largos sorbos al aguapanela humeante de sus tazas.

Por el aparato se oye cómo narran, en forma muy elegante, cómo se ablandan la carne dos hombres.

Mamá Josefa recuerda que el menor de sus nietos iba todas las tardes, de forma casi ritual, a una vieja cancha dotada con bultos rellenos de trapo, sogas malolientes y tiza de magnesio para las manos de los jóvenes púgiles del occidente colombiano. Ese lugar era conocido como el Polideportivo de la ciudad. Allí, el agua fría del Pacífico colombiano se filtraba por todos lados, para luego verterse en pequeños lagos, pequeños, pero que ocasionaron el daño suficiente a los descalzos pies de Vladimir a sus trece años. En esa época corría, sin parar, el año 97.

Vladimir estaba en Nueva York recibiendo *crochets*, *hooks* y directos; al mismo tiempo lanzaba escupitajos al suelo de su campo de enfrentamiento.

De todos esos movimientos, el primer *hook* a la quijada se lo dio su hermano mayor, Franklin, en medio de una golpiza que le dio por defender su pedazo de la cama. Dicho suceso, así como otras palizas, le enseñaron a no meterse en lo que no debía y que “En esta vida no se debe ser sapo, papi”. Pese a todo, Franklin era un gran deportista en potencia y, en el momento

de enfrentarse a la salida de la escuela, olvidaba que la camisa del uniforme debía mantenerse inmaculada.

Sus piernas gruesas y su frondoso pecho evocaban al Hércules del Valle del Cauca. Además, el dominio de su cuerpo venía desde su pie derecho, adelantado al cuerpo y haciendo espectacular juego con lo erguido de su columna, al tipo del griego Mirón, mientras preparaba el maravilloso *uppercut* (de esos que tan bien le salían). Ese Frank era bajado del mismísimo Olimpo, con sus músculos, sus fuertes manos, amplios pies y rostro de expresión adusta.

Los golpes de Frank eran tan certeros que lograban bambolear los cuerpos que los padecían y poner a bailar la mirada de los espectadores.

Lo cierto es que estos llegaban como rayos, y más de una vez ocasionaron varios moretones, sangrados capilares y raspaduras por las palmadas callosas de su autor.

Franklin tenía sangre de Mohamed Alí y Picasso, por ser artista con los puños. Todos le auguraban futuros halagüeños a Frank: lo imaginaban en Manchester, Oaxaca, Puerto Rico, Arlington y Las Vegas, junto a otras grandes y opulentas ciudades que aclamarían con fuerza su nombre y pondrían en un cartel las apuestas por esos puños de acero.

—Franklincito tenía mucho músculo y poca visión —decía don Temístocles, su abuelo, de grandes manos y ojos brillantes—. El muchacho ese solo pensaba en pelear, surtir bambucazos a la salf'a 'e la escuela. Su cuerpo era grande, pero en su cabeza, el chinín de pensamientos era solo para comer y tener ganas de pelar. Era un comeviejo de tiempo completo, y cuando su papá le hablaba de escasez, él se proponía para cortero, pescador, carguero o lo que fuera. Pero nos importaba más que el muchacho estudiara, aunque él, na', na', na'.

De pronto la radio perdió el sonido por dos segundos, nada que un manazo no pueda solucionar.

Vladimir, el boxeador bonaverense, no paraba de correr descalzo por las playas enlodadas, que olían a mea'os, y adornadas por piedrecillas, los perros olvidados de la mano de Dios y san Francisco, y los vidrios de botellas rotas que los borrachos habían dejado tras su tambaleante paso.

En sus largas zancadas sentía cómo la arena se metía entre sus dedos, cómo tras su paso dejaba marcas de pies talla 43. Corre camino a ver a su abuela para ayudarle a vender las sabrosas empanadas de cambray. Siento que esta narración sería más poética si el joven Vladi cantara un “empanadas de cambray, para las viejas, aquí hay; e quien no me las compre, déjelas ahí”, a modo de Petronio, pero no. Vladi es el encargado de recibir el dinero y entregar la chuspa con la mercancía. Pasan por cantinas, bares y solares. Lo cierto es que las empanadas salen a la venta en un dos por tres. Y también es cierto que esos tiempos ya se fueron hace más de nueve u once años.

Al paso en que el enfrentamiento avanza, siente su rostro cosquilleante tras el golpe propinado por su oponente brasileño. Cada milésima de segundo se convierte en la reminiscencia de su primer enfrentamiento: “El que lo internacionalizó”, como lo afirmaban periódicos como *El Puerto*, *Buenaventura Viva* y *El Reflector*, cuyos recortes se encontraban exhibidos en la cabecera de la cama de sus abuelos.

Recuerda también la exaltación y los nervios que corrieron por todos sus neurotransmisores al presenciar a aquella dama verdosa que llaman Libertad, y donde se manifestaron, a manera de choque eléctrico, el correr de sangre por sus venas junto a un bombeo acelerado del corazón, que pudo percibir él mismo al apretar los puños y cerrar los ojos, para hacerse a la idea de que lo vivido no fue un sueño. Esa estatua de la Libertad, tan inmensa que puede ocupar una pantalla de televisor o la primera plana de un *New York Times* o un *El Puerto*, piensa el boxeador mientras pasan por el sur de Manhattan, camino a la iluminada Nueva York. Las manos le sudan y la nariz le gotea por el aire frío.

Fausto, su entrenador en Buenaventura, se hace a la idea de que el boleto de la fama y el éxito que ha llevado a Vladimir a variados destinos, con el propósito de romper jetas a punta de bambucazos, es módico, frente al destino que le corrió pierna arriba al ya difunto Frank.

—Franklin se nos fue al otro lado por un lío de faldas que encontró por andar con ganas de matar los fules. ¡Sí que había hambre en la casa de la señora Josefa, Dios bendito! El día que

ese muchacho se dio por finado, lo mandaron al guabo, como si fuera una cosa o un perro —los ojos se le enlagunan—. El día que lo encontraron, tirado en la vía rumbo al cañaveral, donde había trabajado como cortero hacía unos meses, sus compañeros casi no lo reconocieron por lo mal trajeado que lo habían dejado. Sangrado y hasta coquimbo estaba el muchacho. Fue una gran pérdida para todos. El día de su sepultura hubo ron y lágrima a moco tendido para despedir al Franklis. Al rato ya se les había olvidado el muerto, embombado en el cajón, y lo mandaron chispiando al hueco —contó el entrenador, terminando con una voz temblorosa que disimulaba con sonrisas y miradas al horizonte.

Mamá Josefa se persigna, aprieta el rosario y se pega aún más a la radio, mientras don Temístocles le frota el hombro como signo de consuelo.

Esa acción de romper hocicos y enñatar rinozonas le ha mostrado el globo, como solo a una *pop-star* u otro tipo de celebridad se le puede presentar. Ayer amaba las chiquitecas que se hacían para el disfrute de los jóvenes. Eso era en los días en que se tenía presente que los progenitores de los asistentes no se encontraban en el sitio para ver a sus hijas danzar como patiperras y que, al otro día, el despertador no iba a joder para ir a la escuela.

Hoy ya está habituado a escuchar a un tal Chopin, en medio de caras comidas, chicas ensiliconadas y con la ambientación proporcionada por las gracias hechas de la champaña y el brandy, el mismo que hace a las lenguas volverse más sonoras y decir más sandeces de lo normal.

Una vez en el ring, Vladimir recibe un golpe lateral, tal como los que su padre le propinaba con una gruesa correa por agarrarse a trompadas a la salida de la escuela; una escena para nada extraña durante su vida como mocoso.

El viejo, ya alcoholizado, nada quería saber sobre peleas, puños y los dolores que traían a su mente la imagen de Franklin. El licor y las *cachaloas* siempre le gustaron a ese hombre; por eso, Vladi pensaba que su madre, Jaslenis, había fallecido de tristeza y dolor el día en que él nació.

Su papá tenía las manos igual de nutridas que Frank y Vladi, solo que su progenitor las usaba para amasar nalgas de las desconocidas esparmadas que cambiaban un rato de coito por unos pesos con qué llevar el pan a su casa. Él, ya viejo, andaba con las ropas con olor a moho, con las barbas largas y espesas por las calles de mala reputación de la ciudad. Muchos decían que se ufanaba de la fama de su hijo, y otros decían que lo maldecía por “andar embombado y oliendo a Chanel, con reloj melo, anillos melos y ropa cara, mientras su papasito olía a mierda en un pueblo 'e mierda”.

— El viejo murió de un problema del hígado y no sé de qué cosas más, pero los últimos días se vio muy mal — dijo Faustino.

— ¡Hasta sangre tosía! — Apuntó doña Josefa.

A pesar de sentir dolor, Vladimir, en el noveno o décimo *round* le soltó una sonrisita en la cara a su adversario, acto que dejó suficientemente confundido al brasileño, tanto como para distraerlo y propinarle un gancho que le hizo escupir el protector dental, con tan pesada mano que lo sumió en el fatal *microshock* y lo dejó tendido en el suelo, posicionando a Vladi como el vencedor en el enfrentamiento. Minuto 29 del encuentro.

No hace falta ser gran matemático para darse cuenta de que, del minuto 29 al 33, hacían falta 240 segundos. Eran 240 segundos en los que el nockeado hubiera sido Vladi; pero no, el *referee* levantó el monumental brazo del morocho bonaverense, que, en contados instantes, luciría uno de esos cinturones que dan cuenta de la batalla conquistada y de la nariz que se acaba de achatar. Más allá de pensar en la celebración, las sustancias, las mujeres y los caros licores, Vladimir se persignaba, dando gracias a san Pacho y a san Judas, mientras pensaba que, definitivamente, “Es mejor ser rico que pobre”. La prensa lo aclama, y de sus palabras sale

— Un saludo pa'mi abuela, que no me deja, y más encima me encomienda.

Al otro lado del globo quitaron la luz, y ni doña Josefa, ni Faustino ni don Temístocles alcanzaron a oír el saludo de su Vladi. La oscuridad lo llenó todo tras el estallido del transformador.

# El niño extraño de mamá

## 이상한 유방 아이

Jahany Lorena Brieva (11 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado sexto, J. T., IED Cundinamarca

Crea Meissen

Veintiocho de junio de 1984. Un niño nació zombi. Su mamá, desde el día de su nacimiento, lo quiso mucho, aun cuando era diferente a los demás. Lamentablemente, este era un mundo de humanos, así que para protegerlo tuvo que encerrarlo en el sótano. Pasaron doce años. Y para mantenerlo con vida, la madre cazó y mató animales, todo para que él pudiera alimentarse.

Pero llegó el momento en que estos se extinguieron, así que decidió continuar con los seres humanos.

En el año 2010 ya no quedaba nadie más, excepto ella y su hijo zombi. Entonces decidió quitarse las extremidades para no dejarlo morir de hambre. Comenzó primero con un brazo, luego el otro, y continuó con sus piernas, hasta que al final solo le quedaba la espalda, el cuello y la cabeza; entonces, con dificultad, se dirigió a su hijo y le dijo:

—Hijo, acércate.

El niño, al acercarse, le susurró al oído:

—Mamá, siento tu calor... Te quiero, mamá.

Su madre le respondió:

—Vive y nunca seas una brisa de tristezas: naciste para ser feliz.

Entonces el niño le dijo:

—Yo me voy a mi mundo.

En ese momento la mamá recuperó sus extremidades, porque el niño zombi tenía ese poder, aunque no lo había usado porque entendía que eso significaba perder la vida.

El niño zombi murió feliz porque al fin dejaba de ser una lata vacía y porque su corazón por fin había sentido el significado del amor.

# Sin título



Samuel Huertas (14 años)

Línea Impulso

Colectivo Literature Imagick

Crea Bosa San Pablo

Había una vez un vigilante que solo trabajaba de noche. Hace algún tiempo se encontró con una criatura muy rara, la cual hace que se transforme a las doce. Una noche el vigilante se transformó en una de esas criaturas: le salieron unas marcas negras en las mejillas, en los brazos y en la frente, sus ojos se volvieron blancos, y los dientes se transformaron en colmillos. Él no tenía control sobre sí mismo; por ello no pudo realizar ninguna acción; solo pudo ver a través de sus ojos. El efecto duró treinta minutos, que fueron largos y horribles.

Con el tiempo logró controlar un poco su transformación, y cuando esta se interrumpía, aprovechaba para crear una máquina con la que podría salir de este universo o alejarse de las personas. Habían pasado dos meses, en los cuales nada se supo de él, y en los que la gente, en las noches, escuchaba gruñidos, gritos y rasguños.

Cuando terminó su máquina, decidió entrar, sin saber el efecto que tendría sobre él. Al salir se encontró en un mundo paralelo, totalmente diferente al suyo, porque todo era más tecnológico y avanzado. El único problema era que el tiempo no funcionaba igual: iba en reversa...



# El cocodrilo y el gato

Escritura colectiva: Jarol Aroca García,  
Sara Mariana Valencia, Karl Fajardo, Danna Sofía  
Otero, Danna Sofía Sepúlveda, Yorbelis Alejandra  
Castillo, Eilyn Ximena Delgado, Lina Sofía Rueda,  
Natalia Hernández, Luisana Argüelles, Danna Sofía  
Dorado y Jhoan González (entre los 8 y 9 años)

Línea Arte en la Escuela  
Grado cuarto, IED Los Pinos  
Crea La Pepita

Había un cocodrilo glotón  
como un hombre,  
Filodiente dicen que era su nombre.  
Había un gatito  
que era muy hambriento,  
y si no comía, no tenía aliento.

Filodiente tuvo un plan muy malvado:  
comerse al gato de un solo bocado.

Consiguió robada una taza de leche y pensó:  
“No quiero que el gato sospeche”.  
Entonces hundió su cuerpo en el agua  
y puso en su boca hojas de majagua  
y oliendo la leche que había en el pantano,  
el gato corrió con paso bacano.

Se acercó a la taza, se metió a la boca,  
que el caimán cerró duro como roca.

Y así Filodiente quedó muy contento,  
por obra de un gato que no estuvo atento.

# Internal

José Fredy Moreno Pulido (38 años)

Línea Impulso

Crea Tunal

Expulsión hacia el adentro terrenal, camino blanco sin lágrimas, sin laceraciones; comienza un andar de mansa piel, cabalgando hacia sensaciones desconocidas, chocando con otras pieles, coleccionando besos, rasguños y golpes; se estiran los huesos al ritmo de la carne. El reloj que cuelga mira fijamente esta carrera existencial.

Manchados los labios con un beso, el encuentro de dos seres adyacentes germina, estalla y decae en un nuevo escenario, donde las miradas reflejan un rival, no un amante. Los labios, como daga que penetra y rompe los tejidos del sentir, abren un camino a la pérdida. Las mañanas agrias, putrefactas y frías, alejadas de caricias; la distancia los hace forasteros. Es la guerra imperfecta entre dos inocentes que se culpan mutuamente, seres distantes que solo se acompañan y calientan para engañar el frío. Infierno interno de lógica destructora de pensamientos venenosos e hirvientes que estallan en sus ojos hechos lágrimas, insultos de vómito que se arrojan.

¿Hasta cuándo?, grita cada uno en soledad, estableciendo un diagnóstico incierto para la esperanza; los cuerpos que se agotan solo piensan en cumplir una perfecta mediocridad; no hay pasión; el silencio es violado por los gritos que arrancan la dermis, dejando al desnudo unos seres ensangrentados, sin caricias, sin párpados, de mirada cadavérica, que caminan acompañados de una constante barrera, y a pesar de la descarnada pugna, aún se asoma una luz, escondida bajo los escombros calientes, luz que agoniza, que pide ser rescatada.

# Sabores



Sara Castellanos Herrera (13 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

El helado,  
sabores ácidos  
llenos de maracuyá.

# Miradas

Sara Castellanos Herrera (13 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

Nuestros ojos.  
La oscura vida  
destroza la tranquilidad.

# Cristales de ira



Alejandro Cubillos (28 años)

Línea Impulso

Crea Tunal

Ha llegado otra esperada noche de sábado. Hoy el cielo está tejido con un frío y lúgubre manto. Algo no está bien. Mi piel erizada presiente un acontecimiento desagradable. No presto atención: el deseo de estar sumergido en el arcoíris que gira en torno del nebuloso salón, la música que ruge a más de quinientos decibeles, las botellas que presencian jocosas conversaciones, me motivan a terminar de subir el cierre de la chaqueta que, unas horas después, quedará teñida con el dolor.

El minuterero marca las 22:30. Suena mi celular. La llamada confirma la reunión. Lúcidamente, me he preparado para la ocasión: el Paco Rabanne en mis prendas, mientras mis bolsillos contienen las ganancias de mi trabajo. Por su parte, las zapatillas lucen pulcras. Es hora de salir. La piel se vuelve a erizar. Estoy a punto de abrir el cerrojo de la puerta que me separa de una tragedia. Mi padre me grita:

—Alejandro, en la calle hay mucho peligro. No salga.

Toscamente respondo:

—Papá, yo me sé cuidar.

Emprendo el camino. Metros más adelante me encuentro con Ferney y los demás. Encendemos un taco de cáncer para ir adentrándonos en el ambiente bohemio. Llegamos al salón. Saludos van, saludos vienen, botellas frías reciben a la gente. Unos ríen, otros fuman, hablan de historias divertidas. Pasan las horas; el salón está a reventar. Una cabellera color girasol adorna un sugestivo cuerpo que me invita a bailar. Los celos enardecen al exnovio, que la separa de mí con un empujón.

Ella grita:

—¡¡¡Lárgate!!! No quiero saber de ti.

El hombre le estruja los brazos. Detona la furia. Las botellas se convierten en armas de guerra, aglomeraciones bloquean las salidas, las mesas nos sirven de trincheras. La situación se complica: con estrépito, los cristales de ira lesionan mi cabeza; el entorno es tenso, la sangre brota a borbotones. Mis camaradas se desesperan. Con gritos de auxilio logramos salir del salón.

La madrugada lóbrega acompaña la maratón hacia el hospital. Llegamos. Transpiro frío al observar pacientes a punto de morir, personas malheridas, paros cardíacos en adolescentes con sobredosis. Mi situación es crítica. Cada segundo es como la gota de agua que cae en el abismo del sediento. Soporto el dolor con paciencia y cólera. En adelante, llevaré en el lado izquierdo de mi cabeza la cicatriz que dibujaron los cristales de ira.

# El diseño del ratón



Nicolás Armando Cortés (15 años)

Línea Arte en la Escuela  
Grado octavo, IED Morisco  
Crea Villas del Dorado

Un ratón muy pequeño  
tenía un gran sueño,  
de hacer un diseño.

El ratón dibujó un recuerdo de su cara,  
pero luego  
se quedó ciego  
de ver tanta hermosura  
en esa pintura.

# La historia de las flores

Sofía Isabella Espitia (10 años)

Línea Impulso

Colectivo Somos Arte

Crea Tunal

Un día se escuchó una hermosa y sabia voz en las cuevas, murallas y montañas donde antes ocurrían leyendas. Esa voz decía que las flores son vida y salud, y ayudan a formar un ambiente puro para los seres humanos y para los seres vivos. También decía la voz que, si no existieran las plantas o las flores, las mariposas, abejas y otros animales no harían que esas flores tuvieran colores tan vivos. Además, es gracias a las abejas que tenemos miel.

Las personas que escucharon esta fascinante historia de las flores emprendieron su viaje al amanecer, para descubrir de quién era esa voz tan sabia y amable.

De esta manera llegaron y vieron a una indígena que vivía a las afueras de una aldea, y al conocerla se hicieron todos alumnos de esta anciana sabia.

Ella, todos los días, compartía sus increíbles enseñanzas caminando por cada aldea y daba unas conferencias fascinantes. Gracias a esto, se hizo famosa esta abuela sabia.

# Llamada para el primer amor

Gladys Ramírez de Rey (96 años)

Línea Impulso

Centro día La Casa en el Árbol

Los Abuelos Literarios

Crea Villas del Dorado

Toc, toc, toc...

—Niña, niña, la llaman por teléfono. Apúrese, porque si no se pierde el tono.

Rápidamente busco en mi sitio secreto el billete de un peso que he guardado para pagar en la tienda del barrio las llamadas que recibo de mi primer novio. Estoy feliz, conversando, cuando oigo por mi oído izquierdo la voz de mi hermano menor:

—Nena, nena, mira...

Y al volver la cara, me encuentro con los ojos de un gatito. El susto es grande; grito muy fuerte y caigo al piso.

Hasta ahí llegó mi primer amor: la llamada se cayó y el noviecito no volvió a preguntar por mí.

Han pasado muchos años y he conciliado el sueño, con zozobra, porque mi madre está enferma.

Ella es una mujer hermosa, de ojos verdes penetrantes, de cabello cano, que hace algún tiempo fue rubio. Siempre acompañe a sus cuatro hijas a las fiestas bailables, porque cuando ellas le piden el permiso a papá, él responde:

—Lo que diga su mamá, pero que las acompañe.

Tengo el alegre recuerdo de ver a mis hermanas tendidas sobre la cama, ya vestidas, con hermosos trajes de colores claros elaborados por mi madre. Ellas están con las piernas extendidas, poniéndose con sumo cuidado las medias veladas, las

cuales sostienen, arriba de las rodillas, con unos aros elásticos llamados *ligas*.

Mi madre es muy joven, está elegante, sencilla y lista para acompañar a sus hijas. Mi padre, chibcha vanidoso, siempre les ha comprado las medias, porque le encanta ver a sus mujercitas hermosas.

Regreso del pasado porque el teléfono comienza a sonar y ya es de madrugada.

— Aló, ¿quién llama?

La voz del padre de mi hija menor, que nacerá en dos meses, dice que me aliste porque va a llevarme a la clínica, en donde uno de mis hermanos acompaña a mamá.

Allí nos encontramos con todos. En nuestro rostro se ve la angustia y el dolor que nos embarga. Mi madre termina sus días acompañada de sus hijas, hijos, nietos y demás familiares.

Recuerdo siempre que, de la mano de papá, educó a cinco mujeres y siete varones, con la fortaleza, el respeto y ante todo con el inmenso amor, paciencia y ternura que la caracterizaron.

# Arrugas, callos y canas



Simeón Rojas Cifuentes

Línea Impulso Colectivo  
Centro Día Carlos Gaviria  
Los Abuelos Literarios  
Crea Villas del Dorado

He llegado a la vejez  
y me siento muy contento:  
aún corro ligerito y librecito como el viento.  
Es cierto que he envejecido, y la piel se me ha arrugado,  
pero soy libre y no me siento cansado.  
He andado mil caminos,  
y mis pies se han desgastado,  
hasta mi cabello se ha blanqueado.

Mil veces he tropezado,  
y mil veces me he levantado,  
y como soy hombre libre, agarro pa' cualquier lado:  
soy libre como un pájaro gorrión.

Me levanto cuando quiero,  
y cuando deseo, me acuesto.  
No pido permiso a nadie  
y dejo que vuele mi propia imaginación.

Vejez, bendita vejez,  
palabra que nos asusta,  
pero que también invita a comenzar otra vez,  
y por ello comenzamos de nuevo,  
con más fuerza y mucha más libertad, y  
hay muchos que nos aprecian con respeto y humildad.  
Es cierto que envejecimos,

pero también sabemos que hicimos un camino  
para el que viene atrás  
con azadón, machete, lágrimas y sudor,  
que busca dejarles a nuestros hijos  
un mundo mucho mejor,  
con respeto y mucho amor.

Arrugas, callos y canas,  
creo que han sido mi pensión;  
pero me siento orgulloso.  
Levanto la mano al cielo y, con orgullo y emoción,  
digo: viva, viva mi nación.

Hoy tengo setenta y tantos,  
también con penas y llantos,  
pero me siento feliz;  
por eso es que hoy bailo y canto.

He peleado mil batallas y he salido bien librado;  
creo que también he ganado el derecho de ser libre,  
el derecho de opinar,  
el derecho de ser escuchado,  
el derecho de recibir y dar respeto.

Hoy he llegado a la cima de una montaña,  
mi montaña, la que al fin pude escalar,  
y como un ratón cansado, al fin lo pude lograr,  
aunque aquí arriba hace frío, y no me logro calentar,  
tengo derecho de hablar y de opinar.  
Arrugas, callos y canas.

# Un rescate misterioso



Sofía Ramírez Reyes (9 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado tercero, J. M., Colegio Técnico Laureano Gómez

Crea Villas del Dorado

Cuando Sofía se despertó, una mañana después de un sueño intranquilo, estaba convertida en una gatita. Su mamá abrió la puerta y, ¡oh!, no gritó “¡Sofía!”. Baste decir que desearía que hubiera otra yo, puf...

Sofía respiró y tocó a su otro yo, pero al tocarla descubrió que solo era una ilusión.

Entonces corrió donde su hermana y le dijo que era hora de usar la ilusión.

Pero lo que no sabía Sofía era que su hermana la había convertido en gata. De haberlo sabido, habría querido quitarle ese poder. Antes de acudir a ella, Sofía miró las cámaras de seguridad y se dio cuenta de que no era su hermana, sino una bruja.

De esta manera, cuando la bruja salió de la casa, Sofía la siguió y la vio entrar en una cueva, donde escuchó un ruido y volvió a ser humana.

En ese momento la bruja apareció, pero Sofía recordó su poder de ilusión y, cuando lo usó, se encontró a una persona escribiendo.

Cuando esta persona se fue, Sofía se acercó a leer lo que había escrito. Decía: “Después de que una bruja me hechizó, me convertí en pájaro. Luego la bruja me llevó a una cueva y volví a ser humana, y al querer convertirme de nuevo en pájaro, me encontré acá escribiendo”. Cuando Sofía terminó de leer, volvió a la cueva, y al llegar quiso utilizar su poder, pero no funcionó.

Sofía, sin perder un segundo, rescató a su hermana y volvieron a casa.

La chica que estaba escribiendo el futuro de Sofía le ayudó para que este se realizara de forma diferente, usando su poder de ilusión.

# Amor



Marianne Sofía Guerrero Forero (12 años)

Línea Impulso  
Crea San Pablo

## I

Alas de amor  
envuelven el cuerpo  
de un alma enamorada.

## II

El amor sin sentido,  
con dolor,  
no tiene ni un himno.

# Morita la traviesa

Cristhell Juliana Salinas Hernández (9 años)

Línea Arte en la Escuela

Grado tercero, Colegio Laureano Gómez

Crea Villas del Dorado

Personajes:

Morita

María

Mamá de María

Papá de María

Escenarios: Casa de Morita y cocina en la casa de María.

## Escena 1

Narrador: Había una vez una cucharita muy traviesa llamada Morita. Ella se ponía triste si la regañaban sus papás.

Morita: Quiero hacer una travesura.

## Escena 2

Narrador: En la cocina de la casa de María...

María: Ya vengo, Morita. Voy a traer juguetes para jugar.

María sale de la cocina, mientras Morita hace una travesura: bota las frutas, verduras y cucharas que están en la cocina, y después se esconde.

## Escena 3

Entran los papás de María a la cocina.

Mamá: ¡María! ¿Qué te pasa? ¿Por qué botaste toda la comida?

Papá: ¿Qué te pasa? ¡Sabes que no puedes botar la comida, María!

María: Yo no fui, fue Morita. Por favor, no me regañen.

Mamá: Mentirosa, no te vamos a creer.

Papá: Te vas para tu cuarto, ¡yaaaaa!

María (*responde con enojo*): Ya voy.

Narrador: Morita se rio de su travesura, pero vio que María estaba brava y molesta por el regaño.

Morita: ¿Será que les digo que fui yo?... Mmmm, sí, les voy a decir.

Narrador: Morita sale de la casa porque tiene miedo.

Mamá: ¿A dónde se fue Morita?

Papá: ¿María, tú sabes a dónde se fue Morita?

María: No sé. Yo creo que se fue para siempre.

Mamá y papá: ¡Quéééééé!

#### Escena 4

La mamá de María llama por teléfono a Morita. Se escucha la voz de Morita.

Morita: Hola.

Mamá: Hola, Morita, es que te necesitamos acá. ¿Será que puedes venir?

Morita (*con cara de preocupación*): Sí, puedo ir.

Narrador: Morita va a la casa de María.

Mamá: Hola, Morita, ¿tú botaste la comida?

Morita: Sí, perdón, es que me gusta hacer muchas travesuras. Perdón.

María y mamá: Tranquila, pero no lo vuelvas a hacer.

# Recuerdos de niñez

Raúl Prieto (40 años)

Línea Converge, Cedit PV

Crea La Pepita

29 de junio de 1999

Querida Gorda:

En mi niñez fui una persona inquieta e hiperactiva; recuerdo, incluso, de esos días, que yo soñaba con ser un conductor de colectivo en mi monareta azul, aquella que me había regalado mi tío Germán, esa que tenía su canasta metálica y un sillín trasero donde también cargaba al enano, pensando e imaginando que hacía la ruta de un colectivo, con un letrero hecho de cartulina y escrito con marcador: “Camol fuente”.

También me acuerdo de que subía la loma de la cuadra del barrio, el mismo donde por las tardes me acompañaban los chicos de la cuadra, quienes siempre me decían:

— ¡Señor, señor, ¿me lleva?!

Y claro, yo les contestaba:

— Siga y se sienta, que ya salgo a hacer el recorrido.

Ya montados, estaban Julián, Daniel, Carlos y Mavel, mientras yo le daba pedal a esa cicla por la loma, sintiendo el viento como la libertad y dramatizando la guerra del centavo que se veía en ese gremio.

Contentos en la “Oi Trans. Reviscar”, que así era como la llamábamos. Además, imitábamos los sonidos de los colectivos con el claxon o el freno de aire.

Soñaba con el día en que te llevaría a la escuela de artes con tus cuadros, y yo con mi cicla. Incluso me acuerdo del día en que la cicla se quedó sin frenos y fuimos a dar al garaje de don Pedro, quien, al ver la aparatosa caída, dijo:

— ¡Oh, no, se estrelló la Oi! ¡Oh, no, ya no hay servicio en la cuadra: se ha dañado el tenedor!

Aquella tarde, con las manos y las piernas raspadas, y con un chichón en la cabeza y el rin de la cicla en el cuello del enano, estuvimos tristes porque la aventura de ser colectivero terminó.

Grato recuerdo de esa infancia ingenua, pero alegre. Además, siempre seré un colectivero. Chu... chu...





# Luna



Luna Isabella Guerrero Forero (9 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

Luna llena que ilumina la noche,  
alumbra el alma de los solitarios  
que caminan bajo tu resplandor.

# Infinito

Luna Isabella Guerrero Forero (9 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

Incomprensibles han sido las batallas  
que no tienen sentido.  
No es ni física ni mental  
la reacción que yo tomo.  
El inicio que tomamos de algo tan inmenso.  
Inmenso también es el dolor  
que las víctimas sienten.  
Tortura al  
oír sus llantos.

# La muerte del zancudo



Wilmar Aristizábal (56 años)

Línea Converge, INCI  
Crea Gustavo Restrepo

Era el más fuerte y ágil de la charca negra. Su deseo de aventura lo llevó a desafiar algunos de los consejos de los ancianos sabios. Durante sus largos veinte días de existencia había recibido suficiente educación de sus maestros para afrontar la vida por sí mismo, y decidió aventurarse a abandonar la charca y sus alrededores, donde tanto había aprendido. Lo primero que hizo fue visitar a los humanos; quería conocerlos porque le habían hablado mucho de ellos, y también deseaba saborear su hemoglobina, que era una de las más deliciosas y alimenticias para su especie, según palabras del sabio nutricionista, pero una de las especies más raras y peligrosas, según lo decía su maestro de supervivencia.

Volaba veloz y raudo en busca de ellos. Todo lo que veía le maravillaba. Descubrió que los humanos no vivían en charcas, como todos: sus moradas eran unas construcciones muy especiales en las que, para ingresar, se debía esperar a que se abriera una extraña barrera rectangular que permanecía la mayor parte del tiempo cerrada, y que se abría eventualmente por unos segundos y luego se cerraba nuevamente. Sin embargo, el flaco de cuerpo ágil y de rayas blancas y negras continuó explorando desde el aire el sitio de morada de los humanos, y de pronto vio al primer individuo de esa especie. Se trataba de un espécimen de avanzada edad que, a diferencia de sus ancianos sabios, estaba solo: una hembra que reposaba tranquilamente en la parte externa de una de esas raras moradas.

Parecía que se exponía al sol, como lo hacía él cerca de su charca. El flaco se le acercó sigilosamente, y la hembra humana pareció no percatarse de su presencia. Tenía el cuerpo casi

totalmente cubierto por algo parecido a hojas, pero no tenían su textura ni su olor. Se veía como presa fácil para obtener un poco de hemoglobina. Entonces se aproximó más a la piel sin cubrir. Tenía muchos pliegues y no fue sencillo penetrarla con su lanza de succión. Cuando por fin lo logró, el sabor no fue el que le había indicado el sabio nutricionista, y recordó una sugerencia de su sabio de supervivencia: “Eviten en lo posible beber sangre humana de individuos ancianos: puede tener elementos letales para nosotros, a los que ellos llaman *medicinas*”.

En ese momento alzó el vuelo tan rápido como pudo, pero ahora no le resultaba fácil hacerlo, debido a la ingesta previa de hemoglobina inapropiada. Su vuelo era irregular y lento, y su visión, borrosa. Entonces vio a otro espécimen humano hembra, que se movía soportada por un par de extremidades inferiores, mientras otro par de extremidades superiores le yacían suspendidas y se balanceaban con su movimiento. Contrario a la anterior, esta hembra tenía poca piel cubierta. La parte superior trasera de la hembra estaba protegida por hilos de color oro, largos y ondulados, que le llegaban casi hasta la mitad del cuerpo. En la parte frontal, en la piel descubierta, usaba elementos coloridos parecidos a los de la charca, pero su olor era muy distinto. Continuó siguiéndola, mientras ella se acercaba a un grupo de cuatro individuos: dos machos y dos hembras.

Los machos se quedaron observándola extasiados, mientras pasaba entre ellos. Después hubo una respuesta iracunda por parte de las hembras, quienes trataron de evitar que sus compañeros se distrajeran con ese ejemplar de formas voluptuosas, golpeándolos con una de sus extremidades superiores en forma de ángulo. Parecía ser que no tenían buena relación los humanos entre sí.

El flaco continuó sobrevolando y vio a dos humanos más que pasaron veloces en una máquina que se desplazaba sobre dos elementos circulares protegidos por caucho negro, que le permitían moverse a gran velocidad, dejando atrás un fuerte ruido y un haz de gases que casi lo ahogan; pero se concentró y continuó siguiendo a la hembra, y, una vez estuvo sola, decidió pincharla en la parte descubierta de una de las dos protuberancias frontales que continuaban balanceándose al vaivén del

movimiento de ella, y que habían llamado poderosamente la atención de los machos de su propia especie; posiblemente eran almacenamientos especiales de hemoglobina de mejor calidad. Sin embargo, al degustar esa sangre, le supo a plástico de los que había en su charca.

Ya casi había decidido regresar a su hogar por las desagradables experiencias con la hemoglobina de las dos hembras anteriores, cuando vio a otra hembra humana que llevaba entre sus extremidades superiores a un cachorro que producía extraños y agudos ruidos, mientras de sus ojos corría agua limpia. El flaco de anillos blancos y negros decidió darse la última oportunidad, pensando que quizá la hemoglobina del cachorro sería mejor. Mientras tanto, la hembra llegó presurosa a una de las moradas e introdujo una extraña pieza metálica en un pequeño agujero que estaba a media altura, y se abrió ese curioso espacio rectangular. Luego la hembra entró seguida por el volador de anillos mientras el rectángulo se cerraba nuevamente.

En su interior, la morada tenía divisiones parcialmente cerradas por estructuras verticales rígidas, algunas de las cuales contenían máquinas muy raras, en cuyo interior había humanos y animales, como los de la charca, pero conviviendo en una extraña caja, que solo los dejaba ver por un lado, y además producía sonidos muy parecidos a los voladores mayores cerca de la charca. La hembra, con el cachorro cargado, llegó hasta uno de los espacios definidos por estructuras rígidas, y con un extraño elemento incrustado en uno de los contornos del espacio puso a funcionar un pequeño sol que iluminaba el entorno.

La hembra retiró las fibras que cubrían la parte superior de su cuerpo y acercó al cachorro a una de las protuberancias que se asomaban de su cuerpo y que el cachorro succionaba con avidez, mientras dejaba de producir esos ruidos extraños, y ella parecía más tranquila y distraída, emitiendo sonidos suaves hacia una pequeña máquina que tenía atrapada entre la parte alta de una de sus extremidades superiores y la parte donde se iniciaban los hilos dorados.

El flaco decidió que era hora de pinchar al pequeño y degustar su hemoglobina. Entonces se le acercó y hundió su lanza de succión cerca del ojo del cachorro, y a poca distancia

de la protuberancia de la hembra, pero esta vez ella lo notó, y su reacción no pudo ser más violenta, pues con una de sus extremidades superiores asestó un golpe al cachorro, tratando de aplastar al flaco, pero este, ayudado por la corriente de aire que creó la extremidad de la hembra con su brusco movimiento, logró esquivar el golpe y alzar el vuelo. Él creyó que estaba a salvo, pero entonces la vio tomar uno de los elementos con que cubría parcialmente su extremidad inferior para lanzársela. Apenas tuvo tiempo de esquivar este proyectil, cuando la hembra, con una gran fibra que antes llevaba puesta para cubrir su cuerpo se le abalanzó de nuevo.

El flaco, temeroso, recordó lo que le había dicho su sabio de supervivencia: “Los humanos son muy extraños, y sus hembras son capaces de todo por proteger a sus críos, que son inofensivos”. Entonces descendió, tratando de esquivar a la hembra, pero al hacerlo, pasó por el frente del cachorro, que, en ese momento, agitaba violentamente las cuatro extremidades, complacido por el espectáculo y por haber logrado atrapar la pequeña máquina que ella había dejado caer.

El cachorro, que permanecía recostado sobre una fibra con tiernos dibujos de animales, atrapó entre sus extremidades superiores la maquinita y al flaco, con tal fuerza que éste nunca pudo volver a su charca a decirle a su sabio de supervivencia que estaba equivocado con respecto a los críos humanos. Finalmente, el cuerpo del flaco volador rayado quedó tendido a un lado del cachorro humano, y ahora parecía hacer parte de la decoración de la fibra sobre la que yacía recostado.

# ¡Paren, paren, no disparen!

Leonardo Torres (61 años)

Línea Converge, Cedid pv

Crea La Pepita

En esta noche fría y negra noche, hasta el cielo está llorando,  
porque mataron a mi hermano,  
que se hallaba protestando.  
Su delito, estar marchando y así el gobernante de turno...  
con su voz está callando.  
Madres desveladas por los fantasmas de la muerte, solas, tristes,  
/ desoladas...  
Su pecado,  
tener el pelo largo  
y no compartir  
del pueblo su letargo.  
Para mi Colombia, otro trago amargo.  
Marchamos, no matamos.  
Nunca podría ser policía, político o soldado,  
nada de congresistas, concejales, diputados:  
¿cómo abrazar a mi hermano con uniforme puesto?  
Muerte, violación y sangre, qué bello país, cómo se desangra.  
Pisoteados, apaleados, mutilados, los de verde están en todos  
/ lados.  
Corrupto el policía, corrupto el senador, corrupto el congresista,  
callando al periodista que hace parte de su lista.  
  
Negociación que encierra traición.  
Mientras, en los campos, todo es desolación.  
Al ritmo de las balas  
sigue la función,

por parte del Esmad, otra violación...  
pues propicia es la ocasión.  
Valerosos, jóvenes frenteros soportan la sinigual arremetida  
de una justicia resentida.  
Atropellos de dementes,  
los patrocina el presidente.  
Campesinos sin destino, desplazados y cansados,  
también son afectados.  
La niña que comienza a vivir, también ha de morir.  
Su pecado, no aceptar el peculado,  
mientras su cuerpo, por el Esmad, es violado.  
La bota pisotea, un balazo en la azotea,  
cacerola en mano, muere nuestro hermano.  
El tiempo va pasando,  
la paciencia se va acabando,  
y el monstruo...  
gobernando.

¡Paren, paren!, mi patria agoniza...  
Paliza tras paliza,  
el país se paraliza.  
No hay vida cotidiana en donde el pueblo clama,  
reclama y no se mama.

# La cajita mágica



Ana Fresdesbinda Segura Sierra (71 años)

Línea Converge, INCI  
Crea Gustavo Restrepo

En un lugar muy distante, hace muchos años, había un bosque poblado de robles, cedros, encenillos, abedules y helechos. El vaivén de sus hojas, junto al melodioso canto de diferentes aves, dejaba oír una dulce melodía.

El terreno era quebrado, y fácilmente, de algunas de sus rocas, brotaban, como hilos de plata, sus fuentes de agua, rodeadas de muchos tipos de vegetación. La fauna era numerosa: venados, ardillas, conejos, armadillos, borugas, gallinetas, etc.

Predominaba igualmente el clima frío, y las lluvias prevalecían la mayor parte del año; además, abundaba la niebla en el cielo.

En las afueras se encontraba una pequeña choza. Sus paredes eran de lata, y en su interior se encontraban dos trozos de madera planos de diferente altura; un fogón de leña con algunos tizones y cuatro piedras estaban a sus lados, y también dos vasijas, negras por el humo; una chocolatera arrugada y dos platos de loza descoloridos, con manchas negras causadas por los golpes y el uso.

En un rincón de la choza, colgados de un chamizo, unos harapos sucios. Sobre el piso, una estera de paja deshilachada, y sobre ella, una piel de oveja roída y una frazada desgastada y con pedazos colgantes. El ambiente era sombrío.

Allí habitaba un hombre de cabellos blancos, tez trigueña surcada de arrugas, adornada por el color esmeralda de sus ojos. Era de contextura delgada, un metro ochenta centímetros de estatura, y caminaba ayudándose con un bordón improvisado de madera. Su vestimenta tenía remiendos y algunos huecos, y sus zapatos estaban sucios y rotos.

Se sentía afectado por muchas dolencias y permanecía solo; además, se sentía angustiado, triste, desolado y desdichado. Sus recuerdos lo atormentaban, padecía de insomnio y pensaba en su familia, en la pérdida de sus bienes, en su salud disminuida y en la carencia de recursos para dar solución a sus problemas... Todas estas cosas lo deprimían.

Desde muy niño abandonó la casa de sus padres y empezó su aventura por un mundo al que no es fácil sobreponerse. Sabía leer y escribir. Fue a pie de un lugar a otro, por muchos departamentos de su país, y contaba que sufrió demasiado.

En su juventud prestó el servicio militar en zonas rurales, en donde aprendió a cocinar, planchar, cazar animales para sobrevivir, primeros auxilios, conocimientos de veterinaria y otras habilidades.

Muchos años después, este hombre quedó huérfano. Tenía quince años cuando fallecieron sus padres, y entonces heredó una fortuna que le ayudó a ser una persona próspera. Se volvió dueño de grandes extensiones de tierra, que dedicó a la agricultura y la ganadería.

Darío, como se llamaba, contrajo matrimonio con Elisa, una mujer que, como él, era de origen boyacense. En su hogar reinaba la dicha. Y de este matrimonio nacieron dos hermosos hijos, a quienes levantaron con esmero y les dieron educación en las mejores universidades, y luego los enviaron al exterior a complementar sus estudios. Con el tiempo, los hijos lograron establecerse en Europa y decidieron quedarse allí, porque en Colombia no había oportunidades de trabajo que satisficieran las expectativas que ellos tenían. Tampoco había avances en tecnología e investigación. En Europa consiguieron buenos empleos y formaron sus propios hogares.

Darío, sin embargo, quedó viudo después de 29 años de matrimonio. Su esposa falleció a causa de una enfermedad maligna. Poco tiempo después, Darío fue atacado por los bandidos y amenazado de muerte. Entonces huyó de sus tierras, sin ningún recurso y sin nada para subsistir. Perdió todo contacto con sus hijos, así como las direcciones para comunicarse con ellos.

Fue cuando, después de haber caminado por diferentes lugares, halló aquella choza que le sirvió como refugio por un largo periodo.

Un día, mientras caminaba por el bosque, encontró un objeto semejante a una caja que le llamó poderosamente la atención. Lo recogió, lo observó con detenimiento y descubrió un texto que decía: “Todos tus sueños serán hechos realidad si perseveras en alcanzarlos”. La cajita en su exterior tenía un botón que él, guiado por la curiosidad, oprimió. Apareció una leyenda con este escrito: “Adelante, no te desanimes, ten fe: grandes sorpresas te esperan”.

El señor continuó caminando, pero llegó un momento en que se sintió fatigado, y se sentó a descansar. De pronto escuchó pisadas sobre las hojas secas. Eran los pasos de una mujer que llevaba puesto un overol y botas pantaneras. Aproximadamente, tenía unos cincuenta años. Era de cabello castaño, piel trigueña, ojos negros, y llevaba un maletín en la mano derecha. Al verla, Darío sintió gran alegría por la presencia, nuevamente, de un ser humano, y se llenó de esperanza.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días —contestó el señor, y preguntó—: ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias —dijo ella, y continuó—: soy Lucrecia, y estoy buscando unas plantas medicinales para uno de mis pacientes. En el pueblo donde vivo son muy escasas, pero por el bosque abundan.

—¿Cura usted a la gente? —preguntó él, a lo que ella contestó:

—Yo soy yerbatera, y sí, ayudo a la gente a aliviar sus males. También soy partera: ayudo a las mamás a tener a sus hijos. ¿Y usted qué hace por aquí? —preguntó ella.

—Soy una persona con muchos problemas: vivo solo, me siento muy enfermo y no conozco esta región. No tengo plata ni a nadie que me ayude. Hoy amanecí con menos dolor en los huesos, y quise caminar para tomar un poco de sol —comentó el hombre.

—¿Puedo conocer su nombre? —preguntó ella.

— Me llamo Darío, y vivo cerca de aquí. Me gustaría regresar, pero me siento muy agotado — contestó él.

— ¿Quiere que lo acompañe a su casa? — dijo ella.

— Me da pena con usted, pero si lo puede hacer, se lo agradezco.

Ella lo tomó por el brazo, ayudándolo a levantarse. Él tomó el brazo de ella y caminaron hacia la choza hablando de sus vidas.

Al regresar, la mujer vio el estado de precariedad en el que él vivía y sintió compasión. Se prometió ayudarlo. Además, le indicó algunas plantas que podían calmar sus dolencias. Luego se despidió y le prometió volver pronto.

Dos semanas después Lucrecia regresó a la choza y le llevó al anciano algunas ropas y medicinas, y lo convenció para que fuera a pasar unos días al pueblo, donde ella vivía. Darío aceptó la invitación.

Allí, Darío, recuperó la salud y logró alcanzar una mejor calidad de vida. Encontró gente sencilla, alegre y servicial, con quienes compartió sus historias. Como era muy buen conversador y además poseía el don de caer bien a la gente, no le fue difícil formar nuevas amistades. Siendo muy servicial, Darío puso a su servicio sus conocimientos y le fue fácil congeniar con otras personas.

Lucrecia, por su parte, sentía un gran afecto por él. Como ella también vivía sola, a causa de su viudez, le ofreció albergue en su casa, y para ella fue una gran compañía.

Los hijos de Darío, al cabo de algún tiempo, como no pudieron comunicarse con su padre, volvieron al país, y al enterarse de lo sucedido con sus progenitores, y con la ayuda de la radio, lograron encontrar a su padre.

El encuentro fue muy feliz, pues Darío conoció a dos parejas de nietos y a sus nueras, quienes lo colmaron de alegría. Para él, este suceso fue trascendental, tanto como volver a nacer. El encuentro estuvo lleno de emociones: todos lloraron de felicidad, se abrazaron, celebraron y dieron gracias a Dios por esa nueva oportunidad que les ofrecía la vida.



# Un pasaje de mi diario

Luisa Fernanda García (43 años)

Línea Converge, INCI  
Crea Gustavo Restrepo

Diez de agosto de 2021

¿Dónde estás?  
necesito más de ti.  
Ven a mí.  
Antes tenía tanto de ti.  
Extraño tenerte,  
extraño caminar contigo.  
Detente,  
no te vayas,  
camina más lento.  
Escúchame, por favor,  
solo quiero más de ti.  
No quiero que retrocedas:  
solo camina más lento,  
oh, mi querido tiempo.

# Partida de ajedrez



Edgar Adolfo Vargas Sánchez (58 años)

Línea Converge, INCI  
Crea Gustavo Restrepo

Doce de agosto de 2021. Hoy es jueves. El sol salió a las 5:53 de la mañana. Se ocultó a las 6:13 de la tarde. Verano en el hemisferio norte, invierno en el hemisferio sur.

Aquí, en Bogotá, a 4 grados 36 minutos de latitud norte y 74 grados 4 minutos de longitud oeste, 2640 metros de altura sobre el nivel del mar, tenemos en un solo día cielo despejado, sol radiante, cielo encapotado y torrencial aguacero; fresquito el día y muy fría la noche.

El pasado domingo nos renovamos con la luna nueva, y para el próximo domingo esperamos la fase de cuarto creciente.

—Don Edgar, ¿trajo su tablero?

—Sí, profe, aquí lo tengo.

—Venga para acá. Hoy va a competir con Juliana. Se la presento.

—Oh, oh, oh, ¿por qué...? ¿Por qué?

—Mucho gusto —le digo y estiro el brazo para saludarla.

¡Uy!, debe ser una mujer grande: su mano no es tan chiquita. Mientras tanto, pienso: “¿Y ahora qué voy a hacer? ¿Cómo me comunicaré con ella? Y ella, ¿cómo se comunicará conmigo?”.

Mientras pienso en el reto que nos plantea este encuentro, ubico mi tablero adaptado de ajedrez sobre la mesa. Sus escaques blancos deprimidos y escaques negros exaltados serán nuestro campo de batalla. Inserto cada vástago añadido a la parte inferior de las piezas del juego dentro de los agujeros perforados en el centro de cada cuadro. Sigo pensando en el problema de comunicación que nos espera. ¿Cómo haremos? Ahora ella me ayuda a ubicar las piezas en el tablero.

Qué bien, una ayuda extra nunca sobra. Este caballo es de aquí, este alfil es de allá, esta dama tiene el clavito arriba, luego pertenece a las negras. Oh, Juliana me la recibe en la mano para ubicarla. Vamos bien, pero me falta una torre. ¿Dónde está? ¿Dónde está? Ah, sí, mírela, aquí está, la tengo. Todo listo. Recorro todo el juego con mis manos mientras verifico al tacto la correcta ubicación. En ese momento las piezas resuenan, tambaleándose bajo mis manos, pero ninguna se cae. Muy bien, piezas en posición inicial.

Ahora tomo dos peones, uno blanco y otro negro. ¿Será que Juliana lee mis labios si le pregunto? Estiro los brazos hacia ella para que elija y, antes de abrir mi boca, ella da un toque con su dedo sobre mi mano izquierda. La abro y ella sostiene un peón con clavito encima, así que le tocaron las negras, ja, ja. Yo inicio. Ja, ja.

Avanzo un peón y digo:

—Eva 4.

Pero ¿para qué le canto la jugada si ella no puede oír? En cambio, sí puede ver. No, ella no necesita que le dicten. Yo, sí. De todos modos, mientras ella lee mis labios, monitoreará las jugadas y me hará notar si llego a cometer alguna imprecisión.

Toco el botón del reloj y casi instantáneamente ella también activa mi reloj con un golpe que intimida.

Estiro la mano izquierda, y sí, confirmo lo predecible: ella ha respondido con Eva 5. Ahora saco mi caballo con la mano derecha, mientras la izquierda busca su destino sobre el tablero adaptado y, levantando la cara, le digo:

—Caballo Félix 3. —Pulso el botón del reloj.

En seguida siento que ella activa nuevamente mi tiempo. Pero ¿qué jugó? ¿Cómo voy a saber qué diablos jugó? Empiezo a explorar con la izquierda el tablero hacia la fila 6, donde supongo puede haber alguna novedad. Entonces ella toma mi mano izquierda y la guía, mientras lucha contra mi rigidez corporal, hasta hacerme tocar el caballo negro que ha colocado en César 6. Inmediatamente ubico mi mano izquierda en el agujero del escaque donde introduzco el vástago de mi alfil, y le digo:

—Alfil Bela 5. —Mientras tanto, con rabia, golpeo el reloj.

Voy a enrocar, ya verás. Ella golpea el reloj también. Dirijo mi mano izquierda hacia Eva 7 para verificar su movimiento de alfil, pero sorpresa, ella reorienta mi mano y me pone en contacto con su verdadera jugada: Ana 6. Entonces me digo: “No pienses que me vas a quitar el alfil de los cuadros blancos. No, señorita”. Muevo mi Alfil. Levanto la cara y digo:

— Alfil Ana 4. — Pulso el reloj.

Ella también lo golpea. Levanto la izquierda y la suspendo sobre el tablero, a la espera de su generosa guía. Entonces ella me orienta, mostrando su caballo en Félix 6.

Juliana tiene una mano derecha implacable con el tiempo, porque en un instante, y en seguida, la misma mano derecha es cálida y compasiva al guiarme por el tablero. Pero no me voy a distraer. No, no, no. Juego David 3 y pulso el reloj.

Sigo pensando para mí mismo: “¿Sabes? Te voy a matar, lo siento mucho. Tengo que eliminarte. Eres tú o soy yo. Me entiendes, ¿cierto? Si no te gano, el entrenador no me incluirá en el equipo, tú lo sabes bien, ¿me entiendes? Porque estás en la misma situación que yo.

Juegas David 6. Ahora respondo con César 3. Sigo pensando: “Si, esto es un juego, no quise decir matarte en la realidad, sino matar a esa figura que es tu rey; no me tomes a mal. Tú me caes bien, y creo que yo también a ti; de lo contrario no me estarías ayudando como ahora, mostrando tu movimiento Gustavo 3.

“Juego enroque corto, ¿ves? Te lo dije, lo logré primero. Ja, ja, ja”, digo para mí.

En cuestión de tiempo llevo las de perder. Gasto más segundos en hacer mis movimientos que en pensar lo que debo jugar; además, hay que sumar lo que tardo en enterarme de los movimientos de mi oponente. Si llega a caer la banderita del reloj, estoy perdido. El tiempo es un recurso valioso; el reloj sirve para administrarlo, pero, en este caso, su desesperante tic-tac es también mi enemigo. Tengo que apresurarme.

Jugaste alfil Gustavo 2. Aprovecharé mi ligera ventaja para atacar. De mi parte, toma este golpe: torre Eva 1. Te odio, Juliana. Ahora haces también enroque corto.

Parece que todavía no puedo cantar ni siquiera una ligera ventaja. Seré previsivo. Juego Héctor 3. ¿Qué pasa? ¿Juegas

Bela 5? ¿Nuevamente amenazas mi alfil? Parece que también me odias, Juliana, qué mala eres, qué mala eres, Juliana.

Mejor huyamos. Le canto fuerte y en voz alta mi jugada:

— Alfil César 2.

Olvidé que no me oye. Ella guía mi mano para mostrarme que ha puesto su alfil en Bela 2.

Yo odio, tú odias, él odia, nosotros odiamos. ¿Pero qué es esto? ¿En qué momento el juego se convirtió en deporte? Hay que recordar que los antiguos juegos griegos eran una ofrenda para los dioses del Olimpo. ¿En qué momento la vida se convirtió en competencia? ¿Cuándo se instauró el lema que nos hostiga, a cada paso, con más fuerte, más alto, más rápido? ¿Es una ley de la naturaleza? Sí, pero de una naturaleza salvaje. Más bien es una distorsión del sentido de la vida, cuyo concepto, por ejemplo, nos inclina a coleccionar diplomas que certifican casi siempre mentiras; que nos orienta a recolectar dineros generalmente injustos a favor o en contra de nosotros, y que nos motiva a escalar por dignidades de poder, donde se corre el riesgo de despertar los instintos leoninos.

¿Qué? ¿Ah? Sí, me toca. Te atacaré ahora mismo con Ana 4. Ah, ¿qué tenemos? ¿No aceptas el cambio? ¿Te evades jugando Bela 4? Pues yo sigo avanzando con Ana 5. ¿Sabes qué, Juliana? En el fondo no me importa si gano o pierdo: lo que más deseo es disfrutar este bonito juego. Bueno, no, tampoco es para tanto: sí me importa, pero no mucho; es solo un pretexto. Tampoco me estoy dando por vencido: no estoy abandonando ni renunciando.

Competimos todos contra todos. Vamos tras el espejismo del éxito, de la ambición, de la envidia, con una fe ciega en la prosperidad material. Todos corriendo y dando codazos por una medalla de bronce, una medalla de plata o una medalla de oro. No lo puedo creer. Resuena por todas partes la famosa frasecita: “Lo importante no es ganar, sino competir”. Ja, ja, ja, son solo palmaditas en la espalda para mantener la farsa. Qué ingenuos todos. Qué desperdicio de energía para obtener, aunque sea, una medallita de lata.

Mira, has colocado la torre en Bela 1. Entonces, yo juego alfil Eva 3.

Ahora escucho, mientras Juliana realiza su siguiente jugada; saca la pieza que considera más conveniente y la inserta en la casilla elegida. Sus movimientos traen una y otra vez hacia mí ese agradable perfume. Esta vez con delicadeza, activa el reloj, y con la misma actitud guía mi mano hasta su última acción: torre Eva 8. Es mi turno. Ahora sí entraremos a fondo en batalla. ¿Qué hago? ¿Qué muevo? ¿Qué juego?

¿Sabes qué? Me gustaría saber lo que hablas contigo misma. Quiero escuchar tu voz interior para conocer lo que piensas. Porque el verano no compite contra el invierno, ni el norte contra el sur, ni el oriente contra el occidente, ni los páramos contra los mares, ni el sol contra la luna. Pero aquí abajo, el pez grande se come al chico.

Entonces tomo mi rey blanco con ambas manos y con mucha calma lo acuesto sobre el tablero. Estiro mi brazo derecho hacia mi oponente. Levanto la cara, estrecho su mano y le digo:

— Gracias Juliana.

— ¡Profe, venga, ya terminamos!

Las blancas abandonan.

# El universo desconocido de Joel y Victoria

María Alejandra Castellanos Orjuela (9 años)

Línea Impulso

Colectivo Imaginantes

Crea Gustavo Restrepo

Había una vez una niña llamada Victoria. Ella tenía un amigo de nombre Joel. Los dos estudiaban en el colegio. Su primer día de clases era el 9 de septiembre.

En la mañana, cuando llegaron al colegio, en la puerta vieron un cartel en la puerta principal que decía: “EL UNIVERSO es un lugar mágico. Te invitamos a viajar por todo el universo”.

Los dos amigos tuvieron curiosidad por el cartel, porque se trataba del universo, y ellos no sabían de él ni habían escuchado esa palabra.

Entraron a clase, y en el descanso fueron a la biblioteca a buscar un libro sobre el universo, pero cuando estaban en ello, descubrieron una habitación secreta. El lugar era viejo, con polvo; tenía una silla y una mesa.

Entraron al lugar y se sintieron cómodos. Además, en ese lugar encontraron un libro viejo, con mucho polvo, que explicaba cómo hacer un cohete. Empezaron a leer el libro, pero sonó la campana. Los jóvenes tomaron el libro y se lo llevaron a casa. Cuando llegaron, se propusieron hacer el cohete para conocer el universo. Para lograrlo tuvieron que conseguir muchas cosas raras. Algunas de ellas eran ollas gigantes de la abuela, colchonetes de arcoíris, un tablero mágico, polvo de estrellas y, lo más importante, amor. De esta manera, tardaron días consiguiendo todo lo que necesitaban.

Finalmente lo construyeron a escondidas, en un bosque y de noche, porque querían que todo fuera secreto. El día del

lanzamiento, para que sus papás no se enteraran, les dijeron que iban a quedarse el fin de semana en casa de unos amigos. Pero lo que realmente hicieron fue prender el cohete con mucho amor. Así que iniciaron el vuelo. Pasaron por el bosque, luego por los edificios, siguieron por las montañas, y después pasaron por las nubes, vieron un avión, y así continuaron... yendo cada vez más lejos.

Luego salieron de la atmósfera y se encontraron con satélites. Vieron un asteroide y después vieron muchos planetas... Siguieron más y más lejos, hasta encontrar el borde del universo. Vieron cosas extrañas y preciosas, y después iniciaron el regreso, pero al llegar prometieron nunca mencionar a nadie todo lo que habían visto. De esta manera guardaron el secreto de cómo es el universo y regresaron el libro a la biblioteca, para que otros niños, curiosos como ellos, lo encontraran.

# Olvido

Miguel Ángel Galindo Clavijo (12 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

**h**Olograma de llantos

**L**ogros de tristezas

**d**iVisión de la expectativa y la realidad

**l**ágrima desesperada por razones **I**ncomprensidas

**e**ntrada de **D**olor profundo

**e**l **O**lvido es memorias ocultas bajo tierra.

# Destellos



Lina Zaireth Ramírez Rangel (11 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

Arcoíris que pintas  
mil colores otoñales  
eres tú.

# Qué culpa tenía él

Wilson Ortiz (51 años)

Línea Converge

Crea La Pepita

El hambre acosaba por todos lados. Su mente solo pensaba en la comida; incluso todo lo que veía se transformada en sensaciones de querer alimentarse a toda costa.

Mientras deambulaba, buscaba entre los transeúntes a algún amigo, alguna persona conocida a quien pedirle dinero o algo de comer. Su boca salivaba al pasar cerca de los asaderos de pollos; su olor se había metido hasta el fondo de sus intestinos.

Era una tarde fría y empezaba a anochecer. Su recorrido lo llevó cerca de la olla. Entonces se cruzaron su ansiedad de comer con la de fumar basuco. A lo lejos escuchó los gritos, acompañados de chiflidos, de unas personas que lo llamaban por su apodo. Volteó a ver y de inmediato identificó un grupo de ladrones del lugar que lo conocían. Recordó sus rostros, en los que se dibujaban las características de los consumidores: ansiedad, angustia y desesperación. Se veían mal vestidos, mal alimentados, con sueños frustrados y oportunidades perdidas, así como cicatrices físicas.

La verdad es que todo era un conjunto de tristezas, de dolor, de olor a basura, a sangre... Ellos sabían de las cualidades de vendedor que él tenía. Entonces se le acercaron y le mostraron una chaqueta piloto americana, de cuero, muy fina, original.

Inmediatamente pensó: “Esto vale plata, mucha plata”.

—Profe, nosotros sabemos que usted la vende bien vendida. Solo tiene un defecto —dijeron ellos.

En ese momento la miró en detalle y encontró un roto, sin duda producido ocasionado por un puñal. Entonces les dijo:

—Esto le baja el precio y hace que sea más difícil venderla.

Luego pensó para sí: “Este es el pan diario de estas ciudades latinoamericanas: jóvenes robando para consumir drogas o alcohol, y lo malo es que no solo roban lo material: también se llevan la tranquilidad, la esperanza, el amor y la dignidad”.

Tomó la chaqueta y la metió en la bolsa, y prometió volver en veinte o treinta minutos. Alcanzó a caminar dos cuadras cuando, en una ventana de un segundo piso, se asomó un conocido que lo llamó con gran algarabía y euforia.

— ¡¿Qué hace, mi perro? ¿Cómo va la vida?!

— Bien, bien, mi hermano... ¡Con un hambre la hijeputa!

— ¿Tiene hambre? Ya le bajo una presita de pollo con arrocito. Espéreme ahí.

— ¡Huy, qué detallazo! Gracias, bacán.

Esperó, y mientras tanto pensaba en cómo Dios aprieta, pero no ahorca y, así sea en el último momento, algo proporciona a todo el mundo. ¡Qué grandeza! Luego su pensamiento se dirigió hacia el lugar en donde podría vender la chaqueta.

— Mire, hermano, coma

— Gracias

— Oiga, hermano — escuchó que su amigo lo interrogaba, mientras él devoraba la presa y el arroz —, ¿será que el zapatero que le encargó el revolver aún lo necesita?

— Sisas, sí, sí... El man me preguntó ayer si lo había conseguido, porque estaba mamado de que le robaran. Y pues este año ya iban dos veces que lo habían atracado. Entonces, que si le podía conseguir lo que fuera: un revolver, una pistola o una escopeta.

— Bueno, eso está bien, entonces sí lo necesita. Yo tengo un 38 largo, Smith & Wesson, edición especial. Lléveselo, y no lo vaya a dejar en menos de un millón quinientos mil pesos. Claro que, eso sí, yo le paso a usted una buena liga, porque necesito la plata para un negocito que tengo entre manos.

El hombre se acercó a la puerta, y detrás de ella recibió el arma. La detalló con calma...

— Está hermoso. Lo llevo.

— Pero espere: un revólver nunca se lleva descargado. Mire, le pongo las balas al tambor y le pongo el seguro. Lleve también

estas balas de más, y hay unos quince encimados. Véndaselos al zapatero. Usted verá.

—Listo, en unos treinta o cuarenta minutos vengo —dijo él.

—¡Pilas con los tombos! Usted me responde.

—Fresco, que yo soy invisible —dijo mientras soltaba una carcajada.

Avanzó por la calle hasta llegar a la esquina, volteó y siguió de largo unas dos cuadras. Sentía el peso del metal del arma en la cintura. Entonces, por alguna razón que no podía explicarse, pensó que llevar eso en la cintura le inspiraba un aire de grandeza, de seguridad.

Llegó a la mitad de la cuadra. Allí había una tienda en donde siempre encontraba conocidos que le compraban cosas o le regalaban la liga, y algunas veces también alguna cerveza. Y ahora eso era lo que quería, pues el arroz y el pollo estaban salados.

Entró a la tienda y encontró a algunos conocidos. Le pidió a uno de ellos una cerveza, y le dijeron que sí. La pidió bien fría. Bebió un gran sorbo y sintió el sabor amargo y la sensación del líquido frío en la garganta. Mientras bebía, observaba a la gente en allí reunida, pensando a quién ofrecerle la chaqueta.

De pronto, en la puerta de la tienda —¡lotería!— aparecieron unos conocidos que casi siempre le compraban cosas y se las pagaban bien. La verdad es que la mayoría de gente menospreciaba y pagaba mal las cosas que vendían los adictos. Pero ellos, por el contrario, las pagaban muy bien. Entonces se acercó, notando que ese día estaban más elegantes que de costumbre y que en su rostro se dibujaba algo raro, algo que no percibía bien por el afán de vender. Les ofreció la chaqueta, pero ellos dijeron que no, que no era el momento, que no estaban para esas cosas, y no la quisieron ver. Pero él no se dio por vencido e insistió, insistió, insistió... hasta que por cansancio le pidieron que la mostrara, pero sin ningún compromiso.

En esos momentos —eran casi a las ocho de la noche—, su madre estaría rezando. Él no llegaba hacía tres días a la casa. Pero ella, como todas las madres de adictos, cargaba una cruz con una dignidad de acero y sostenida por el amor.

Cuando mostró la chaqueta, el mundo dio un vuelco: todo se transformó en menos de treinta segundos. De pronto, una

horda quería lincharlo: hombres, mujeres, niños, ancianos, corrían tras él, profiriendo groserías acompañadas de muecas y gestos de intenso dolor.

No podía creerlo. La verdad, no entendía de dónde habían salido tantas personas con armas de toda clase: cuchillos, machetes, varillas, palas, ladrillos, navajas.

Él corría a toda prisa, pero cada vez los tenía más cerca, tan cerca que sintió pasar cerca de su cabeza un pedazo de ladrillo. Entonces sacó el revólver y disparó al aire, pero la horda no paró, y con más ahínco se le fue encima.

En medio de la desesperación, empuñó nuevamente el revólver y, con más resolución, viéndose atrapado, disparó dos veces a la multitud. Algunos pararon, pero un grupo, entre ellos los hombres de la tienda, siguieron persiguiéndolo.

En medio de su huida llegó a una esquina. Sacó las balas del bolsillo de su chaqueta para recargar el revólver, cuando, de repente, recibió un golpe fuerte, seco, en su cabeza. Cayó al piso. Sin entender qué pasaba, recibió varias cuchilladas en el abdomen y algunos golpes con palos y varillas. Cayó en un abismo oscuro; estaba muy mal herido. De pronto sintió en el corazón el dolor de su madre sola y triste.

Al final, era el único que no sabía, que no se había enterado.

En el periódico de ese día se hacía una crónica detallada del pavoroso crimen, ocurrido la noche anterior en el barrio. La noticia decía así:

En horas de la madrugada, las autoridades del sector de Matatigres acudieron al llamado de algunos vecinos del sector, quienes aseguraban que unos hombres habían atracado y herido a una persona, a la que dejaron agonizando en los pastales del caño. La policía se demoró en llegar y en ubicar el cuerpo, por la amplitud del lugar.

Por su parte, el agente Castañeda relató: “Fue una impresión de asco y horror ver cómo las ratas se habían comido todo el rostro y el cuello, porque ya empezaban a meterse dentro del cuerpo. Hubo que hacer dos

disparos para espantar los roedores que estaban enceguecidos por la sangre”.

Por su parte, los peritos de la fiscalía entregaron el siguiente informe:

Hacia las cinco de la mañana llegamos al sector del caño, ubicado en el sector de Matatigres, en el sur de Bogotá, donde la policía de la zona había sido alertada sobre un atraco a mano armada. Cuando llegó, ubicó el cuerpo de un hombre, de unos cuarenta años, con varias laceraciones de arma blanca en el pecho y el rostro. Es importante resaltar que los roedores, que abundan por miles en esos lugares, al sentir el olor de la sangre, entraron en un frenesí incontrolable y le devoraron la piel, y luego el tejido del cuello. Cuando se lo ubicó ya estaban entrando en el abdomen de la víctima. Sin embargo, cuando la policía realizó dos tiros al aire para espantarlos, pudo ver que la persona mal herida, al parecer, agonizaba, impotente, mientras los roedores lo devoraban.

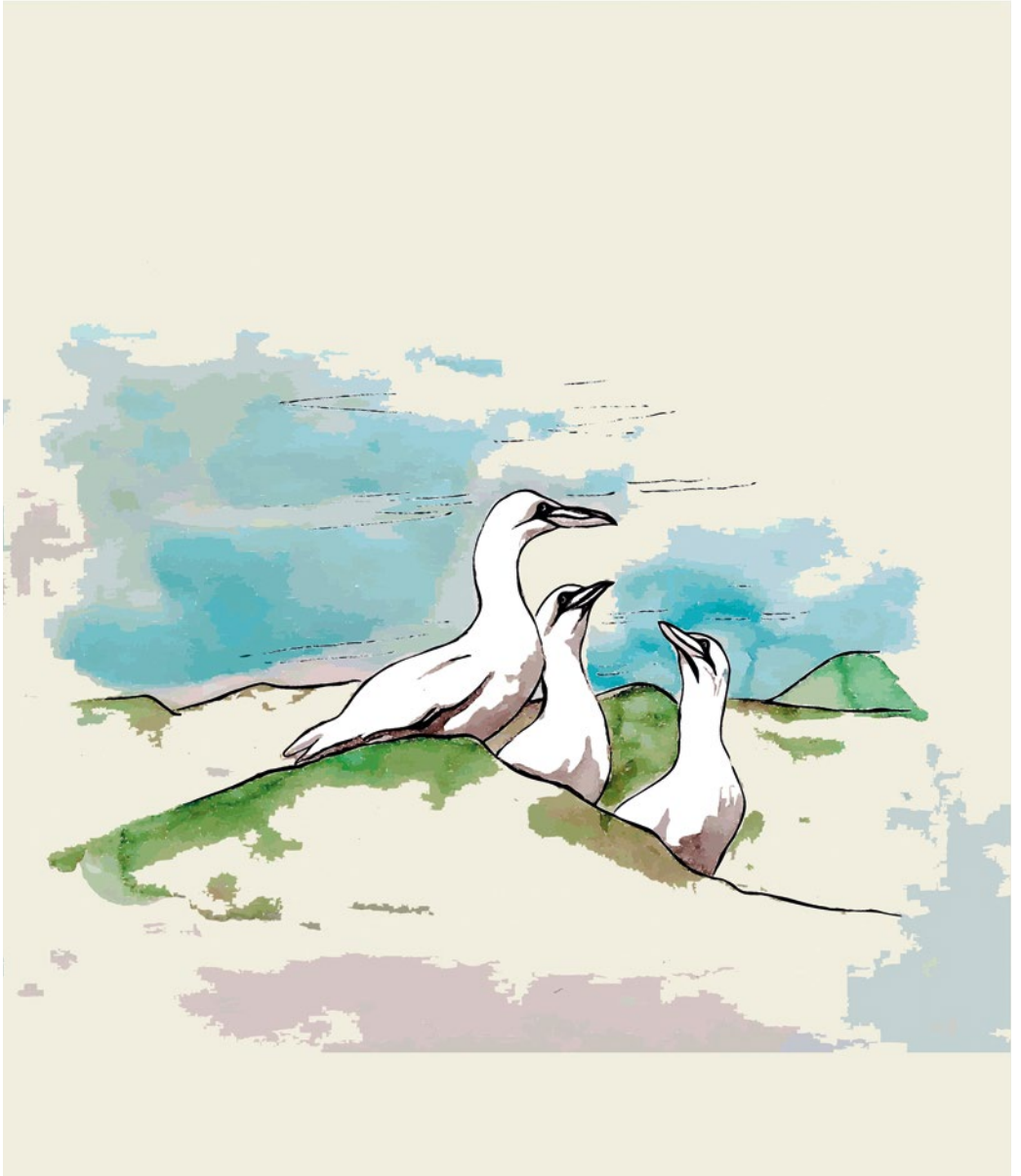
Esta historia recorrió el barrio. El único que no sabía era él, quien solo tenía algo de hambre y ganas de consumir droga, vender esa chaqueta rápido y llevar el encargo del revólver. ¿Qué culpa tenía de no enterarse de las cosas, de no saber que al tipo borracho le hubiera dado por fumar basuco, y entonces lo hubieran atracado y matado?

Lo cierto es que no tenía nada que ver. Además, ¿qué culpa tenía de ser un buen vendedor y de que los ladrones del sector lo buscaran para comprarle y para que les vendiera corotos robados?

¿Qué culpa tenía de no saber que el muerto era el dueño de esa chaqueta? ¿Qué culpa tenía de no haberse fijado bien en la manera como estaban vestidos los conocidos que llegaron a la tienda? ¿Qué culpa tenía de no haber leído en sus rostros el dolor? ¿Qué culpa tenía de no saber que justo a quienes les ofreció la chaqueta eran los hermanos del muerto? ¿Qué culpa

tenía de que al pobre se lo hubieran comido las ratas mientras agonizaba? ¿Qué culpa tenía de que, en ese momento, un hilo de sangre le saliera de la boca y le recorriera la mejilla? ¿Qué culpa tenía de estar revolcándose en un charco de sangre, sintiendo cada vez más lejanas las voces de los que lo rodeaban? ¿Qué culpa tenía de ser uno de los millones de jóvenes enajenados por la droga, sin oportunidades y perdidos en un sistema de mierda? ¡¿Qué culpa tenía él?!





# Melancolía



Sara Castellanos Herrera (13 años)

Línea Impulso

Crea San Pablo

Días, **M**eses y años pasan  
mar**E**s de tristezas  
**L**agos de llanto  
la mel**A**colía me llena  
no e**N**cuentro  
    **C**olor en un mundo  
sin **O**lor  
la a**L**egría se tornó  
lágr**I**mas para no volver  
a ver **A** los que más amo

# Lupescu

Antonio Osorio (40 años)

Línea Impulso

Colectivo Dato Escondido

Crea Villemar

## Capítulo 1

Pueblo de poca gente.

12 a. m.

Sin luna, la noche arrulla a los muertos. Un viento frío, en silencio, penetra en las bóvedas del cementerio, hasta que, de pronto, un alarido solapado por las tapas del ataúd, se escapa de debajo de la tierra algo húmeda.

El aire es cada vez más escaso. La estrechez del lugar causa desesperación, y los pensamientos... No, Pablito no puede pensar; solo quiere salir del hueco. Un fuerte hedor a basura podrida inunda el pequeño espacio. Entonces intenta taparse la nariz, pero apenas puede mover sus flacos brazos, que golpean contra el fondo del ataúd.

Aprieta con fuerza la textura blanda que lo recubre. En ese momento siente que algo caliente y lleno de pelos sube por su mano. Justamente abre los ojos como un par de huevos fritos y solo ve una oscuridad densa y horripilante.

Ese algo ahora camina por la piel de su barriga. Pablito choca los talones contra la tapa del ataúd, como queriendo buscar una salida. El olor se vuelve más asqueroso, tanto que intenta vomitar, pero su estómago está vacío: lleva una semana enterrado.

El sudor comienza a mojar sus carnes medio descompuestas. De pronto llama a su mamá, pero la respuesta es el chillido de una rata que le muerde el ombligo. Luego escucha las carcajadas de varias mujeres afuera y recuerda las palabras de su papá, que le decía: “Cuando oigas risas en el cementerio,

ten cuidado: son las brujas que se llevaban el alma de los niños”. Mientras esto sucedía, el miedo lo paralizó por unos segundos.

Fue entonces cuando las risas sonaron más fuerte, acompañadas de un canto lúgubre, como los aullidos de los perros cuando detectan la presencia de un ser maligno. Pablito no quiere morir, ¿o es que ya está muerto? Espanta con una mano a la rata de su vientre, pero percibe que no hay piel que recubre sus dedos, y, sin querer, los hunde en sus intestinos. Entonces descubre que aquella pestilencia proviene de sus tripas. Abre la boca, y en vez del grito sale un gusano lanudo, que serpentea por su labio inferior.

Mientras tanto, un ejército de diminutas arañas camina por su cabeza, depositando una sustancia pegajosa que le causa quemaduras. Pablito se sacude, golpeando la frente contra la parte superior del ataúd, pero solo consigue desprender una astilla de madera que se le incrusta en el cráneo. La sangre oscura y espesa baja por el entrecejo, formando un charco en los ojos, que le aprieta con tanta fuerza que termina por explotársele el ojo derecho.

El corazón le retumba como una manada de caballos salvajes y las piernas le tiemblan como los platillos de una batería. El oxígeno se escapa de sus pulmones. El pecho le aplasta las costillas. Pablito siente que afuera remueven la tierra, que aumentan las carcajadas, que los cantos de ultratumba son más fuertes, pero también escucha el llanto de una mujer que lo llama con voz tétrica, parecido al gemido de la Llorona.

—Mamá, ¿eres tú?... Aquí estoy. ¡Ayúdame!

— ¡Pabliitooo, vennn!

—Mamá, aquí estoy, es acá abajo.

Luego Pablito oye que unas cadenas pesadas se arrastran sobre la lápida, pisadas que destrozan las hojas secas. De pronto, alguien abre la puerta de la tumba. Lo que alcanza a ver por el ojo que le queda lo aterroriza aún más.

## Capítulo 2

La puerta del cuarto chirrió en medio de la penumbra, descubriendo la silueta de una mujer. Anita se tapó la cara con la

cobija, se acurrucó temblorosa y exhaló un grito que despertó a su perro sordo.

— Anita, soy yo, tu mamá —le dijo la mujer tratando de calmarla.

— Mami, es que... Lupescu me estaba contando historias, como todas las noches, pero hoy me relató una de miedo. Parecía muy real.

— Ya te dije que Lupescu no existe. Los amigos imaginarios son eso: imaginarios; solo viven en tu mente. Ya lo hemos hablado. Ahora quiero que te duermas, porque mañana tienes clases —le dijo su mamá sobándole un mechón de su cabellera rojiza, al tiempo que miraba sus ojos negros, para luego acariciarle el lunar en forma de luna sobre el ombligo.

— Di “Silencio, Lupescu”.

— Silencio, Lupescu —pronunció Anita con voz tibia.

— “Silencio, Lupescu”, más fuerte —le aconsejó su mamá.

— Silencio, Lupescu — Anita levantó la voz.

— ¿Lo escuchas ahora?

— No, ya no. Mami, ¿puedo dormir con la luz encendida?

— Está bien, mi amor. Intenta dormir —la mujer le dio un beso en la frente empapada de sudor y cerró la puerta tras de sí al salir del cuarto.

— ¿Quieres saber en qué termina el cuento?

— No, Lupescu, ya no. Tengo miedo. Déjame sola.

La habitación se llenó inexplicablemente de un humo pesado que se coló por las cobijas. La corriente eléctrica se interrumpió, toda la casa quedó a oscuras y un fuerte aguacero se desgajó, acompañado de muchos relámpagos que dejaban ver las sombras de las cosas. De pronto uno de los relámpagos se estrelló contra un árbol cerca de la ventana del cuarto, partiéndolo por la mitad.

— ¿Oíste eso? Parece que va a llover toda la noche...

— Me preocupa Anita. En especial lo de Lupescu, su amigo imaginario. A veces pienso que necesita un psiquiatra —comentó su mamá a Horacio, su novio. Creo que lo de la muerte de su papá la dejó afectada.

— No te preocupes, los niños suelen tener esa clase de amigos. Ya verás que cuando crezca ni se acordará.

—¿Y mientras tanto, qué? —preguntó Raquel, la mamá de Anita, acomodándose en la cama de su pieza. Luego continuó—: Una vez me contó que ese Lupescu era un niño de Rumania, que vivió en un castillo en 1450, que antes era un príncipe, pero que ahora dormía en el sótano. Y lo más impresionante fue cómo lo describió, todo desfigurado, con un ojo que le guindaba en medio de la cara, que le colgaba la carne y tenía el cuerpo lleno de cicatrices. Además, las venas se le querían salir de la piel, las uñas eran largas, negras y corrugadas, y los colmillos eran también largos, más de lo normal. Incluso me contó que su papá se llamaba Vlad Tepes y era el dueño del castillo. Si solo tiene cinco años, ¿cómo es que sabe de fechas y de un país tan lejano como Rumania?

—¿Ese Vlad Tepes no es el nombre de Drácula? ¿Será que lo escuchó en la escuela o en la televisión? Para que estés más tranquila, voy a revisar su cuarto.

—Llévale la lámpara de batería, para que no le dé miedo —respondió Raquel.

Horacio abandonó la cama, cogió una lámpara mediana del armario y caminó lento, haciendo crujir la madera bajo sus pasos. Se detuvo un metro antes de llegar al cuarto de Anita, porque escuchó unas voces que parecían discutir. Entonces se abalanzó hacia la puerta, forcejando con la manija, pero esta no giraba, así que la agarró con ambas manos y apretó con fuerza, después viró una, dos, tres, un número indeterminado de veces. La puerta no se abrió. En ese momento Anita dio un grito estremeedor, y Horacio vio el humo cubrir sus propios pies.

Finalmente, y luego de varios intentos, la manija cedió entre sus dedos helados. Entonces dirigió la luz de la lámpara por todo el cuarto, pero esta apenas logró traspasar el humo espeso. Caminó hacia la cama y palpó las cobijas... La cama estaba vacía.

Llamó desesperadamente a Anita. Recorrió con la lámpara los rincones de la habitación. De pronto, un quejido apagado que provenía de la mesita de noche lo hizo voltear bruscamente. Observó, con terror en su mirada, que Anita, envuelta en un halo rojo y con la boca rodeada por una mano esquelética, era tragada por un libro que reposaba sobre la mesita de noche.

Horacio, agarrotado, palideció sin poder socorrerla. Cuando por fin pudo moverse, tomó el libro y comenzó a hurgar entre las páginas, sin hallar más que dibujos macabros.

Salió del cuarto, enmudecido, a paso lento, creyendo que iba a toda marcha. Tropezó con la puerta del dormitorio de Raquel. Apenas tartamudeaba incoherencias. Sentía que la cara le hervía como la lava del Vesubio. Sus rodillas chocaban rótula con rótula. La mandíbula estaba casi desencajada y un diluvio de sudor le empapó las palmas de las manos, que sostenían el extraño libro. La expresión de su rostro, iluminada por la lámpara, semejaba un cuadro de Beksiński. Raquel miró medio dormida, medio atolondrada, la silueta de Horacio, que se derrumbó en una esquina de la cama, y le pareció que pesaba el doble que antes.

— Parece que viste un fantasma.

— Ani... Anita...

— ¿Ya se durmió?

— Está encerrada en este libro — atinó a decir.

Raquel pensó que era una de aquellas bromas que Horacio a veces le hacía. Pero Horacio arqueó el cuerpo, sin dejar de apretar el libro, clavando la mirada en la portada enmohecida de cuero. De un momento a otro, de sus labios brotó un susurro:

— Aquí está, aquí está, aquí está.

Raquel se inclinó hacia Horacio, más asustada que curiosa. En ese momento, un aire glacial la envolvió. Sus extremidades tiritaron como espigas de trigo agitadas por un huracán, su semblante se congeló en una mueca grotesca y fijó las pupilas en aquel libro, de donde salía una vocecilla aguda que decía:

— ¡Mami, mami, mami!

Raquel se desgonzó en ese momento sobre la madera del piso, descolorida, aterrada. Enrolló su cuerpo en posición fetal y recordó brevemente su paso por el hospital mental, mientras en su cabeza rebotaba constantemente la palabra “mami”.

### Capítulo 3

— Necesito sangre fresca. Después de mil lunas la carne se empieza a podrir y nuestra energía se desvanece. La profecía se cumple, Anita: aquella que posee cabellos de fuego, que porte en su vientre la luna creciente y tenga los ojos oscuros y profun-

dos como la noche, y la piel oliva, será la elegida —le explicaba Lupescu a la niña, quien no comprendía la gravedad del peligro, mientras era arrastrada por un pasadizo oscuro en donde se escuchaban lamentos.

En medio de los ladrillos que revestían el piso se escurría un líquido viscoso y turbio, en el cual flotaban porciones de carne de los que emanaba una mezcla con tufo a fango y buche de cerdo. Anita sentía no solo la fetidez, sino también la humedad de los ladrillos que tocaban sus pies desnudos.

—Esos que ves son pedazos de las personas que te necesitan, y flotan sobre eso negro, que es la grasa de sus cuerpos. Pero pronto estarán bien gracias a ti.

Anita, mientras veía todo esto, le rogaba que la devolviera a su mundo, pero las súplicas se perdían en ese ambiente tenebroso. Al final del túnel al cual era dirigida, Anita descubrió un grupo de personas de tez pálida, cuya piel colgaba, dejando a la vista el hueso roído.

En ese momento Anita recordó los zombis de una película de terror. Todos se abalanzaron sobre su cuello, tratando de succionarlo, pero Lupescu la encerró en una jaula, en la mitad de aquello que parecía una mazmorra.

—Aún no, debemos esperar una hora, hasta que la luna se encuentre en cuarto creciente. Después beberemos su sangre, y entonces el linaje de Vlad Tepes permanecerá por diez años más hasta que encontremos a otra voluntaria —pronunció Lupescu, controlando las ansias de clavarle los colmillos en la yugular y envolviéndole una tela alrededor del cuello.

Por su parte, Anita sollozaba, mientras sus tobillos eran atados con unas cadenas y luego suspendida de los barrotes de la jaula, dejando su cuerpo colgado cabeza abajo.

Lupescu se acercó y le susurró que permanecería así durante una hora, aproximadamente, para que la sangre se acumulara en la cabeza, pero que la primera gota saldría de la mitad de su cuerpo, llena de energía, y que sería ofrecida al gran espíritu de las tinieblas Baltapescu.

Por su parte, las personas de aspecto cadavérico se agitaban como un remolino alrededor de la jaula, agarrándose de los barrotes con sus manos podridas y balbuceando con voz tétrica:

—Sangre, sangre, sangre.

En ese momento Anita sintió unas uñas que se posaban en sus brazos, así como la pesadez de aliento a muerto que expelían esas bocas, unos helados labios que le besaban las mejillas y varios dedos que tiraban de su roja caballera, y, mientras temblaba, varias punzadas en los pies, que se le empezaron a adormecer.

Para evitarlo, Anita se sacudía como un pescado fuera del agua, lo que le causó laceraciones en los tobillos. La verdad es que no daba crédito a aquella pesadilla. Incluso pensaba: “¿Y si Lupescu no fuera real?”; sin embargo, lo estaba viviendo. Recordó a Raquel, su madre, y las palabras que tantas veces le había dicho: que todo era producto de su imaginación. Anita quiso aferrarse a esas palabras, pero la realidad era otra: estaba en medio de esa horda de seres de otro mundo sin saber qué hacer; pensaba que ya ni gritar era buena idea.

De pronto recordó que Lupescu, alguna vez, le había jurado que serían amigos inseparables y estarían unidos por siempre, y que una parte de ella estaría muy dentro de él. Entonces anheló ser traicionada por su amistad antes de entender las palabras de Lupescu, antes de comprender lo que él decía, antes de intuir a qué se refería, y que era nada menos que su sangre viviendo en él.

Lupescu dispersó la multitud de engendros deformes con tono autoritario. Luego, se quitó el chaleco negro, bordado con borlas rojas, descubriendo su huesuda anatomía. Hundió las manos en su pecho y extrajo una daga que levantó encima del vientre de Anita.

#### Capítulo 4

Pasados varios minutos, Raquel se recompuso. Algo atolondrada, observaba aquel libro que arrebató del regazo a Horacio, quien como un robot apenas podía ordenar sus movimientos. La vocecilla chillona que salía del libro seguía martillando su cabeza. Ella lo abrió, revolviendo desesperadamente las páginas. Lo sujetó por el lomo y sacudió, esperando que Anita saliese en cualquier momento. Presa de la angustia lo aventó contra un rincón del cuarto.

— ¡Mami, ayúdame, ayúdame, ayúdame...! —nuevamente se escuchó un llamado de auxilio proveniente del libro. Entonces Raquel, histérica, se tapó los oídos con ambas manos, agitando la cabeza en señal de negación.

Horacio caminó a la esquina donde había caído el libro, iluminándolo con la lámpara. La imagen que vio le puso la piel como si la tuviera llena de alfileres.

Había, además, un humo que procedía de la habitación de Anita y rodeaba ese espacio. Horacio caminó la distancia del pasillo e ingresó en las hojas del libro, hasta desvanecerse por completo, no sin antes dibujar en la pared un nombre en letras rojas que ambos leyeron espantados: Lupescu.

Raquel inclinó la vista hacia la portada, que se iluminó repentinamente. En ella se dibujaba la figura de Anita colgada cabeza abajo y con los ojos vendados, tras unos barrotes, atrapada en una especie de calabozo. La mujer llevó sus manos hacia la imagen y quiso arrancarla de allí, estrecharla contra su pecho, oír su corazoncito palpar, besar su frente y susurrarle que ya no la regañaría más, y decirle que para ese Halloween le regalaría el disfraz de princesa Helena, que otras veces le había prometido y que nunca le había comprado, y que además en diciembre irían a Disney World, sin importar si hubiese o no ganado el año escolar.

Mientras Raquel pensaba eso, Horacio asió el libro. Pasó la primera hoja y leyó a media voz, bajo la luz tibia de la lámpara:

Yo, Lupescu, hijo de Vlad Tepes, fiel servidor de Bal-tapescu, único dios de las tinieblas y la luz, y que he viajado siglos escondido entre las sombras, vivido muertes y traspasado dimensiones en busca de aquella, la de cabellera de fuego, la que porta en su vientre la luna creciente, la de ojos negros y profundos como la noche, la de piel oliva...

Horacio analizó cómo aquellas palabras, de extraña caligrafía, describían a la hija de su novia: Anita.

Mi misión ha sido cumplida. —Prosiguió luego de pasar a la segunda página—. Serás nuestra, y tu sangre

ha de devolver vida al remanente olvidado de Transilvania, y tu cuerpo será sacrificado al único dios de las tinieblas y la luz, Baltapescu.

Horacio continuó examinando las hojas. Allí apreció los retratos de seres maléficos en forma de cabras, dragones, serpientes y muertos deformes, que lo perturbaron. Cada uno tenía inscripciones en la parte inferior, en letras incomprensibles, a manera de garabatos. Todos aquellos entes compartían una característica similar: largos colmillos que sobresalían de su boca, y uñas negras y enormes.

Antes de cerrar el libro, y sin saber cómo reaccionar, sus ojos se posaron en la última página, donde había dibujada una escalera de concreto que se dirigía hacia abajo y se perdía en la oscuridad. Le pareció que era la entrada a algo que esperaba por él, por ella o ambos. Sospechó que esa ilustración lo llamaba. Entonces colocó un dedo sobre ella, y esta lo intentó absorber a un vacío tenebroso. Automáticamente, retiró el dedo, pero la curiosidad fue más fuerte. El brazo de Horacio fue devorado.

## Capítulo 5

Ella brincó por el frío del metal que rozó la piel de su abdomen. Lupescu hizo una pequeña incisión arriba del lunar con forma de luna creciente. Una solitaria gota de sangre se asomó. Lupescu la recogió en una antigua copa de plata, misma que levantó, invocando al único dios de las tinieblas y de la luz, Baltapescu.

De pronto, la tapa de un féretro, ubicado al final del sótano, se descorrió lentamente. De él emergió un espectro con forma de lagarto, con muchas jorobas a lo largo de la espalda; gruesas escamas lo recubrían. Estaba envuelto en una estela de llamas. Poco a poco se acercó a la copa, y terminó por engancharla con su descomunal lengua. Luego bebió su contenido ante la venia de todos. Y, como si quisiera continuar con un sueño eterno, se introdujo de nuevo al sarcófago, que se cerró pausadamente. Después del ritual, Lupescu desató a Anita y la empujó hasta el sarcófago de dónde había salido Baltapescu.

Anita se zarandeaba igual que un gusano insignificante cuando es chuzado con un palo. Exhausta, rogaba para que la liberaran, porque quería ver a su mamá. Además le decía que no volvería a matar lagartijas si la dejaban ir.

Sin importarle los ruegos, Lupescu la enclaustró en aquel féretro y le dijo que la historia que le había contado sobre Pablito se refería a ella misma.

—Te dejaré allí hasta que, como te dije, el cielo muestre la luna creciente. Además, no me respondiste cuando te pregunté si querías que te terminara de contar la historia del cementerio. Aunque creo que no hará falta: pronto sabrás el final.

A las afueras del castillo aullaban los lobescus, hijos malditos de Baltapescus, híbridos de demonio y lobo. Por su parte, las nubes se dispersaban, descubriendo la luna creciente, mientras las paredes del castillo se teñían de una estela roja y esparcían olor a azufre. En ese momento Anita experimentaba lo mismo que Pablito.

De pronto, del piso del sótano emergió una especie de lava hedionda, cuyo hedor, parecido a una procesión de ratas muertas, penetró por las ranuras del lugar, por las hendiduras del sarcófago y por las páginas del libro que permanecía en poder de Horacio. Ambos, Raquel y él, tuvieron que taparse la boca para no vomitar.

Lupescu concluyó que era el momento exacto para cumplir la profecía. Entonces destapó el sepulcro y extrajo a Anita, que apenas respiraba. La depositó sobre una mesa adecuada para la ocasión y extendió su magullado cuerpo como una frágil mariposa. Luego retiró el cabello que caía sobre su cuello, e hizo que girara la cabeza. Acto seguido, Lupescu se dirigió hacia otro ataúd, también colocado al fondo del sótano, descorrió la parte superior y observó cómo salía un hombre alto, amarillento y delgado en extremo, de cabellos azabache, nariz aguileña y semblante macabro, que vestía una capa negra encima de una vestimenta también negra.

—Padre Vlad, puedes proceder para que tu vida se perpetúe por dos lustros más —expresó Lupescu, ansioso.

Vlad se aproximó con movimiento zigzagueante pero decidido sobre Anita. Cuando estuvo cerca, acarició su nuca desnuda,

y con sus largas uñas palpó la yugular, ladeó la cabeza en esa dirección y enterró sus extensos colmillos para chuparle la sangre.

Sin demorarse, se retiró a su refugio, dejando el cuerpo de Anita dispuesto en aquel desfile de enfermos terminales, cediendo el lugar para que el resto de muertos vivientes también pudieran beber de aquella sangre virgen, tibia y fresca.

## Capítulo 6

La pestilencia que provenía del libro se extendió por el dormitorio. Raquel creyó que se le desprendían las tripas, y la acidez del reflujo proveniente del estómago le quemó el esófago. Entretanto, el brazo, el hombro, el otro brazo, el pecho, la pelvis y las piernas de Horacio eran devorados por el portal abierto en el libro. Raquel intentó detenerlo, pero la fuerza de la dimensión oscura era más poderosa, y por poco también la aspira.

La lámpara que sostenía Horacio cayó al piso y dejó de alumbrar. Raquel, bañada en sudor y con la voz ahogada, no coordinaba una sílaba. Por lo tanto, ni ella misma escuchaba sus rezos. En un impulso de ira, pateó el libro, que voló por la ventana, rompiendo el vidrio. En ese momento llegó la electricidad.

Pero la luz no le reveló nada anormal; tampoco el humo, ni el nombre de Lupescu escrito en la pared, ni los vidrios rotos; ya no se percibía la hediondez. De pronto oyó nítido el llamado de Anita, desde su cuarto. Pero no era un grito de miedo: más bien su tono transmitía paz. Raquel corrió veloz a la habitación de Anita.

Allí la encontró. Estaba bajo las cobijas, diciéndole: “Mami, mami, mami”. Raquel desarropó el rostro de la niña y la contempló serena, aunque un poco pálida; sin embargo, le restó importancia. Pero, al acomodar su cabeza sobre la almohada, notó dos puntos rojos en su cuello. Anita se giró casi en cámara lenta y sonrió, hecho que le produjo escalofrío a Raquel, al notar que sus colmillos habían crecido desproporcionadamente.

En ese momento Anita la señaló con unas uñas negras y enormes. Raquel, instintivamente, retrocedió de un salto y tropezó con el libro, que, inexplicablemente, había retornado al cuarto de Anita. Raquel se desplomó, golpeándose el occipital

contra la perilla de la puerta, que penetró hasta las primeras vértebras.

## Capítulo 7

El sol desmayaba dentro de la alcoba que, años antes, perteneciera a Anita. Estaba algo cambiada, al igual que el resto de la casa. De su interior provenía una risa inocente, la de una niña perteneciente a la familia de los nuevos propietarios, que al desempacar sus juguetes tomó entre sus manitas un objeto.

— ¿Y este libro tan raro?



## Instrucciones de alto vuelo en plena oscuridad

Con la imaginación, la fantasía, el lenguaje y el dominio de técnicas literarias propias de la poesía y la narrativa, los beneficiarios del Programa Crea en el área de Creación Literaria nos entregan un puñado de piezas estéticas y reflexiones que se preguntan, desde diversas sensibilidades, por el sentido de la vida, y nos regalan una multiplicidad de visiones del mundo, que, sin duda, constituyen de una manera fehaciente parte del imaginario colectivo de nuestra ciudad.



ISBN: 978-628-7531-33-8



9 786287 531338

**crea**  
Formación y creación artística



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

**BOGOTÁ**